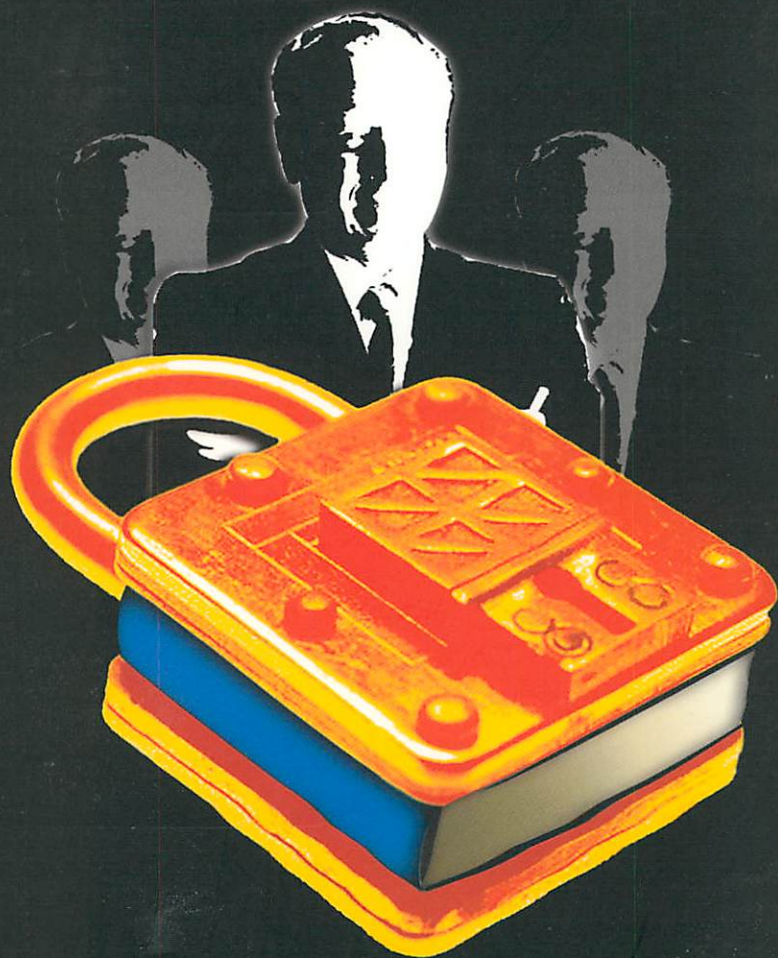


Guillermo PIÑA-CONTRERAS (editor)

# Los Intelectuales y el Poder

Coloquio UNAPEC

Rafael TORIBIO • Odalís G. PÉREZ • José Rafael LANTIGUA  
Mu-kien SANG BEN • Fidel MUNNIGH • José Antinoe FIALLO • Manuel NÚÑEZ







LOS INTELLECTUALES Y EL PODER  
EN REPÚBLICA DOMINICANA  
COLOQUIO

## COMITÉ DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD APEC (UNAPEC)

Dr. Luis HEREDIA BONETTI  
Presidente

Lic. Ramón MARTÍNEZ APONTE  
Vicepresidente

Lic. Julio ORTEGA TOUS  
Tesorero

Lic. Frederic EMAN-ZADÉ  
Secretario

Ing. Francisco HERNÁNDEZ  
Miembro

Lic. Lil Magali ESTEVA  
Miembro

Lic. Carmen Cristina ÁLVAREZ  
Miembro

Lic. Opinio ÁLVAREZ  
Presidente de APEC

Dr. Franklin HOLGUÍN HACHÉ  
Director Ejecutivo de APEC

Lic. Dennis R. SIMÓ  
Rector



GUILLERMO PIÑA-CONTRERAS  
EDITOR

*Los intelectuales y el poder  
en República Dominicana*  
COLOQUIO

Rafael TORIBIO, Odalis G. PÉREZ, José Rafael LANTIGUA,  
Mu-Kien Adriana SANG BEN, Fidel MUNNIGH,  
José Antinoe FIALLO, Manuel NÚÑEZ



UNIVERSIDAD APEC

2005



**UNAPEC**

© **UNIVERSIDAD APEC, 2005**

ISBN 99934-67-17-0

Diseño de portada  
Decanato de Arte y Comunicación de UNAPEC

Diseño y arte final  
Ninón León de Saleme

Impresión  
Amigo del Hogar

Santo Domingo, República Dominicana  
2005



# Contenido

Preliminar .....	9
<b>Dennis R. SIMÓ</b> Palabras del Rector de UNAPEC al dejar abierto el coloquio Los intelectuales y el poder .....	11
<b>Guillermo PIÑA-CONTRERAS</b> La situación de los intelectuales en República Dominicana .....	15
<b>Rafael TORIBIO</b> Los intelectuales y el poder: algunas reflexiones .....	21
<i>Debate</i> .....	33
<b>Odalís G. PÉREZ</b> Los intelectuales y el poder político en República Dominicana .....	43
<b>José Rafael LANTIGUA</b> De Wright Mills a Norberto Bobbio: la conducta intelectual .....	53
<b>Mu-Kien Adriana SANG BEN</b> Una elección sin dudas: la ética como única acción .....	63
<i>Debate</i> .....	75
<b>Fidel MUNNIGH</b> El necio de la crítica .....	89

**José Antinoe FIALLO**

Intelectuales y poder: elaboración desde la comunidad .....	99
--	----

**Manuel NÚÑEZ**

La supervivencia de la mentalidad totalitaria en los intelectuales dominicanos .....	111
---	-----

<i>Debate</i> .....	121
---------------------	-----

**Guillermo PIÑA-CONTRERAS**

Balance de un coloquio .....	139
------------------------------	-----

*Apéndice*

**Guillermo PIÑA-CONTRERAS**

A propósito de los intelectuales y el poder .....	151
---	-----



## Preliminar

Esta obra, que forma parte del programa de publicaciones de la Universidad APEC (UNAPEC), con motivo de su 40 aniversario, es la recopilación de las ponencias y las discusiones que tuvieron lugar durante el coloquio *Los intelectuales y el poder* organizado por UNAPEC, el sábado 29 de noviembre de 2003, en el Salón APEC de la Cultura José María Bonetti Burgos.

Durante la mañana, luego del discurso inaugural del Rector de UNAPEC, Dennis R. Simó, se inició la primera sesión del importante evento con las ponencias de Guillermo Piña-Contreras, director del Departamento de Español de UNAPEC y coordinador del Coloquio, y Rafael Toribio, al final de las cuales tuvo lugar el debate entre los expositores y el público presente; inmediatamente fue el turno de Odalís Pérez seguido de José Rafael Lantigua y Mu-Kien Adriana Sang Ben quienes, luego de escuchar los argumentos y opiniones de los asistentes, respondieron preguntas y defendieron sus trabajos.

La sesión de la tarde se inició con la comunicación de Fidel Munnigh seguida por las de José Antinoe Fiallo y Manuel Núñez, quienes, a su vez, respondieron a las inquietudes de los asistentes sobre los criterios expuestos en sus respectivas ponencias. Al término de los debates y del Coloquio, Guillermo Piña-Contreras, coordinador del evento, hizo un balance de las exposiciones de los participantes y de la intervención de los asistentes que manifestaron sus inquietudes y opiniones durante la jornada.

Aprovechamos la ocasión para precisar a los lectores de esta obra que las opiniones de los expositores así como las de los asistentes que hicieron uso de la palabra durante los debates fueron, para hacer más

claras su intervención, editadas. Sin embargo, es necesario aclarar que la edición se hizo respetando los conceptos expuestos durante las discusiones.

En apéndice, bajo el título "A propósito de los intelectuales y el poder", figura una serie de artículos de Guillermo Piña-Contreras, publicados en *El Caribe* entre 2002 y 2003, que podrían ser considerados como los textos que pusieron de nuevo sobre el tapete el debate sobre los intelectuales y el poder.

EL EDITOR



# Palabras del Rector de UNAPEC al dejar abierto el coloquio Los intelectuales y el poder

Dennis R. SIMÓ\*

*Intelectual* evoca siempre todo cuanto esté relacionado con el mundo de las ideas. Nos refiere a aquellos que son capaces de crear mundos fabulosos, sistemas y máquinas que superan nuestra imaginación. Intelectuales son pues los escritores, los científicos así como aquellos cuya creatividad nos lleva a considerarlos por encima del común de los mortales. Los intelectuales tienen, sin lugar a dudas, el don de la fascinación. El poder, en el sentido amplio de la palabra, también fascina y,

\*Santo Domingo, 1943. Economista. Fue profesor de los departamentos de Economía del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), de la Universidad Central del Este (UCE), de la Universidad Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), y del Proyecto Subregional de Capacitación en Promoción de Exportaciones del Centro de Comercio Internacional de las Naciones Unidas. Ha sido gerente, vicepresidente, administrador y asesor de importantes empresas, instituciones y bancos de República Dominicana.

Miembro del Consejo de Directores de Acción Pro Educación y Cultura, Inc. (APEC, 1977-1987), presidente de los Centros APEC de Educación a Distancia, Inc. (CENAPEC, 1987-1991), secretario, tesorero y vicepresidente de Acción Pro Educación y Cultura (APEC, 1991-1993), presidente de 1993 a 1997, y luego como presidente del Consejo de Pasados Presidentes, organismo superior de APEC, siendo de nuevo elegido presidente de APEC para el período 1999-2001. Es vicepresidente de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos Inc. y miembro de número del Instituto Dominicano de Genealogía, Inc.

Obras: *La situación del empleo en Samaná* (1983); *Manual de visitas a los clientes de un banco* (1985); *Tú, yo y el silencio* (poemas, 1989); *Crédito: investigación, análisis y seguimiento* (1994); *Crédito bancario* (en colaboración con su hijo Dennis Simó Álvarez, 1999); *Gobernantes del territorio nacional 1492-1999* (1999); *Mercado cambiario en la República Dominicana* (2000); *Estaba escrito* (2001); *Los estados financieros (para personas sin conocimiento de contabilidad)* (2001); *Huracán de la ignorancia* (2002), *Cancionero de vida* (poemas, 2003).

como el encantador de serpientes, significa para los intelectuales una suerte de trampa en la que, de una manera u otra, pueden caer. En ese sentido, algunos intelectuales, en momentos determinados de la historia, se han enfrentado sobre todo al poder político, el del Estado, mientras otros, como sucedió en la Alemania nazi de 1933-1945, para citar un ejemplo reciente, han sucumbido a la fascinación del poder.

En República Dominicana la relación entre los intelectuales y el poder, en tanto tema de discusión, de debate y de coloquio, es reciente. No va más allá de 1961 cuando fue derrocada la dictadura de Rafael L. Trujillo. Desde 1930 la libertad de expresión fue vedada a los dominicanos. Los intelectuales, que se beneficiaron sobremanera de la libre expresión, tuvieron entonces que colaborar, de grado o de fuerza, con el régimen, exilarse o simplemente collarse. La intolerancia no dejaba otra posibilidad. Expresarse libremente era colocarse a un paso de la cárcel, cuando no de la muerte. Después del 30 de mayo de 1961, la libertad de expresión, con altas y bajas, volvió a tener libre curso en República Dominicana. Sin embargo, los intelectuales, tanto los que permanecieron en el país como los que regresaron del exilio, mostraron cierta desconfianza frente al poder. Ni siquiera la elección de Juan Bosch, un intelectual de renombre y luchador antitrujillista, a la Presidencia de la República en diciembre de 1962, logró establecer un vínculo de confianza entre los intelectuales y el poder. El golpe de Estado contra Bosch, el 25 de septiembre de 1963, significó pues el arraigamiento de la desconfianza de los intelectuales, que había tomado fuerza durante los años de la dictadura, ante el poder político. Desde entonces, la participación de intelectuales en los diferentes gobiernos que se sucedieron desde 1963 hasta 1978, es insignificante.

La victoria de Antonio Guzmán en las elecciones presidenciales de mayo de 1978, hasta el triunfo de Hipólito Mejía en mayo de 2000, pasando por los diez años de Joaquín Balaguer (1986-1996) y los cuatro años de gobierno de Leonel Fernández de 1996 a 2000, la confianza ganó terreno en los medios intelectuales de República Dominicana y su participación en estos gobiernos se ha hecho notoria. Ante semejante cambio de actitud, cuando Guillermo Piña-Contreras, director

del Departamento de Español de UNAPEC, me propuso un coloquio sobre los intelectuales y el poder, me pareció oportuno que nuestra Universidad recibiera, para debatir sobre el tema, a Rafael Toribio, reconocido politólogo y ex rector de la Universidad INTEC, al escritor y poeta Odalís Pérez, al crítico, poeta y ensayista José Rafael Lantigua, a la historiadora Mu-Kien Adriana Sang Ben. También estarán con nosotros en esta interesante jornada el filósofo y ensayista Fidel Munnigh, el profesor y educador José Antinoe Fiallo Billini y el ensayista y poeta Manuel Núñez. A ellos corresponde pues exponer sobre la relación que existe entre los intelectuales y el poder. A nosotros escucharlos, reflexionar y preguntar. El día se anuncia interesante.

Muchas gracias.



# La situación de los intelectuales en República Dominicana

Guillermo PIÑA-CONTRERAS\*

El tema que vamos a debatir hoy, 29 de noviembre de 2003, en la Universidad APEC, "Los intelectuales y el poder", tiene, hay que admitirlo, todos los ingredientes de la provocación. En realidad, nuestra intención es la reflexión ante un debate que viene rodando desde finales del siglo XIX cuando Emile Zola, el conocido novelista, se lanzó en defensa de Alfred Dreyfus, un oficial francés de origen judío acusado, injustamente, de traición. Desde entonces, esa actitud frente a los desmanes del poder tomó fuerza de bola de nieve poco antes de la Primera Guerra Mundial, se intensificó en el período que va del Tratado de Versailles a la Segunda

\* Santo Domingo, 1952. Escritor, periodista y traductor. Embajador de la República Dominicana en Francia (1996-2000). Jefe de Edición de *Diario Libre* y *Rumbo* (2001-2002). Articulista de *El Caribe* (2002-2004). Desde abril 2002, director del Departamento de Español de la Universidad APEC (UNAPEC). Ha traducido, entre otras obras, al francés, *Vers le port d'origine*, de Juan Bosch, (Prix du meilleur recueil de nouvelles de la Fondation FNAC, Paris, 1988), y, al español, *Nazismo y cultura* de Lionel Richard (México, Editorial Diana, S.A., 1993) y *Crisis del signo, política del ritmo y teoría del lenguaje* de Henri Meschonnic (Santo Domingo, 2000).

Obras: *Doce en la literatura dominicana* (Santo Domingo, 1982), *Enriquillo: el texto y la historia* (ensayo, 1985), *Juan Bosch: un hombre de siempre* (Santo Domingo, 1989), *Juan Bosch: un hombre de su tiempo* (documental, Santo Domingo, 1986), *Fantasma de una lejana fantasía* (novela, Paris, 1995), *Le Revenant* (roman, Paris, 1995), *Cronología de Juan Bosch* (Santo Domingo, 1995), *Juan Bosch: el camino de la historia* (documental, Santo Domingo, 1999), *Un lugar de honor en el mundo, la visita oficial a Francia, Italia y el Vaticano del Dr. Leonel Fernández Reyna, Presidente de la República Dominicana* (Santo Domingo, 1999), *Juan Bosch: imagen, trayectoria y escritura* (2 tomos, Santo Domingo, 2000), *En primera persona, entrevistas con Juan Bosch* (Santo Domingo, 2000), *Huellas de amor* (Santo Domingo, 2004).

Guerra Mundial, y se mantuvo activa hasta poco más allá de la guerra de Vietnam pasando, entre muchas más, por las agresiones a Hungría y Checoslovaquia que protagonizaron Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), respectivamente, durante la Guerra Fría.

Pocos intelectuales han podido resistir al poder político. André Gide, por ejemplo, quien dominara el pensamiento literario francés por más de medio siglo xx en Francia y en el mundo Occidental, mostró cierta simpatía por la Unión Soviética y publicó incluso un opúsculo, *Retour de l'Urss*, en el que hacía la apología de la primera república socialista de la historia. Pero Gide, que, por sus posiciones, fue muy halagado por el Partido Comunista Francés (PCF), no se sentía comprometido ni con la URSS y mucho menos con los elogios del PCF. Ante la firma del pacto Germano-Soviético de 1939, se opuso a éste y se alejó definitivamente de la Unión Soviética y de los comunistas franceses. Su condición de *maître à penser* hubiera desaparecido si se hubiera convertido en un defensor incondicional del pacto entre Stalin y Hitler. Que Stalin, a la postre, tuviera razón, no viene a cuento.

El poder, el político, el del Estado, tiene momentos en la historia en que toma aspectos de un canto de sirena al que los intelectuales, a pesar de ser considerados como los más preclaros de una sociedad, sucumben con mayor facilidad. Es más seductor porque es el que tiene la memoria más corta que se sostiene en un principio aparentemente absurdo que los analistas suelen llamar, a pesar de su carácter absurdo, "razón de Estado". Este es el poder que administran, en el sistema democrático y alternativo, los partidos políticos. Por lo cual los partidos, en particular los de izquierda, siempre han hecho alardes de los poetas, novelistas y filósofos, entre otros, que militan en sus filas. Ellos les dan prestigio, pero no existen por encima de los principios de la organización. Se trata de una relación utilitaria. La obra de un escritor no puede rivalizar con los principios del partido. A partir de ese momento, el partido piensa por ellos. Sin embargo, en las formaciones políticas fuera del poder la exigencia es menos rigurosa que la que toman cuando les toca administrar el poder del Estado.

Un escritor que se desempeña como funcionario de un Estado cualquiera, de izquierda, derecha o centro, no puede convertirse en un líder de opinión. Sus trabajos y comparecencias públicas no pueden entrar en contradicción con la ideología del Estado que represente. El Estado tiene una razón que no hace concesiones. No le importa el prestigio ni la influencia que un filósofo, un poeta o un novelista, por ejemplo, pueda tener en las masas para deshacerse alegremente de sus servicios. Y es esta relación desigual, en la que el intelectual no tiene protección ni defensa frente a la razón de Estado, la que los aleja del poder para poder, valga la redundancia, preservar su libertad de pensar y de actuar.

Hoy día las relaciones entre los intelectuales y el poder parecen menos delimitadas. Son muy sutiles. El Estado ha ensanchado su radio de concesiones, pero mantiene un estricto control sobre aquellos que le sirven en un momento determinado. Muchos intelectuales se justifican con el argumento de que sus posiciones políticas coinciden con las del Estado al que les sirven. No hay duda de que sea cierto. El Estado busca recuperarlos, llevarlos al grado de justificar la censura artística y literaria que es el paso previo para permitir, aunque sea esporádicamente, que se coarte la libertad de expresión. En el poder, los intelectuales se exponen a una trampa permanente. Tal vez porque no tienen la habilidad de los políticos profesionales para burlar la seducción vertiginosa de ese poder.

Desde hace años los intelectuales se vienen interrogando a propósito de quién se sirve de quién: si los políticos de ellos o ellos de los políticos. Todo parece indicar, desde hace tiempo, que la autonomía del pensamiento no existe para el poder que reacciona según el momento y no toma en cuenta, para actuar, a los intelectuales cuyos principios de verdad son, en última instancia, otros.

La Era de Trujillo fue para los intelectuales que permanecieron en el país una tragedia. Se sometieron o guardaron silencio. Durante los años de Balaguer, los del "gobierno de los doce años", muy pocos fueron seducidos por el canto de sirena del poder y mantuvieron activas las cornetas de la denuncia. Durante esos años no dependían del poder. Eran críticos acerbos del régimen porque podían sostenerse en base al amor, las ideas y el agua fresca. Eran los años de la Guerra Fría en que



el intelectual, a pesar de su militancia en partidos políticos de izquierda, se sentía independiente.

La situación cambió a partir de 1978, cuando Antonio Guzmán, del Partido Revolucionario Dominicano, fue elegido Presidente de la República. Muchos intelectuales escucharon el canto de sirena del Estado y ocuparon diferentes cargos, cargos juzgados políticos, de la administración pública. Cosa que no es criticable, pues el intelectual tiene derecho a tomar posiciones políticas y, por qué no, partidistas. La incorporación de escritores e intelectuales en el Estado iniciada por el gobierno democrático de Guzmán recompuso el tablero político e intelectual de República Dominicana. No eran los mismos tiempos de la posguerra de abril de 1965. Pero la actitud ya no era la misma. Y la frontera entre la militancia política y el discurso independiente a la manera de Zola, Sartre o Gide se ha ido haciendo cada día más delgada.

"El escritor", escribe Sartre en su famosa presentación de la revista *Les Temps Modernes*, "está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones. Cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna, porque no escribieron una línea para impedirlo. Eso no les concernía, podría decirse. Pero el proceso contra Calas, ¿le concernía a Voltaire? La condena de Dreyfus, ¿le concernía a Zola? La administración del Congo, ¿le concernía a Gide?". En estas palabras queda definitivamente planteado el compromiso de los intelectuales con el ser social y, al mismo tiempo, su desconfianza ante el poder, sobre todo ante el Estado.

En República Dominicana el tema de los intelectuales tiene paradójicamente actualidad porque vivimos una época en que no existen las condiciones adversas de la tiranía de Trujillo ni las de los años de posguerra que administró con firmeza Joaquín Balaguer. Una época en que no hay aparentemente de qué desconfiar. Desde 1978, al sol de hoy, hay que reconocerlo pese a ciertos excesos del poder político, los intelectuales dominicanos, es decir poetas, novelistas, ensayistas y todos los que constituyen, como dicen los alemanes, la "intelligentsia" dominicana no le temen a cargos de importancia política en el Estado, a cargos que puedan atentar contra su independencia como individuos vigilantes ante los

excesos que pueda querer justificar el Estado haciendo valer una razón que el corazón no conoce. ¿Nos preguntamos entonces, ante semejante encrucijada, si al final de esta jornada que se inicia en estos momentos en este salón de UNAPEC, lograremos establecer cuál es la situación de los intelectuales dominicanos frente al poder? ¡Quede la incógnita!

Muchas gracias.

# Los intelectuales y el poder: algunas reflexiones

Rafael TORIBIO DOMÍNGUEZ\*

## Introducción

Debo, en primer lugar, felicitar al Rector de esta Alta Casa de Estudios y amigo, Lic. Dennis Simó, por la decisión de realizar este coloquio sobre un tema que a pesar de su permanencia polémica en el tiempo, no ha dejado de tener vigencia. Es mi parecer que el momento es pertinente para que se le aborde, y que sea desde la academia, porque desde hace algunos años hemos presenciado, a veces con asombro, la mutación o el silencio de personas cuando se les llama desde el poder para darle una oportunidad de colaborar, y que se asumían hasta entonces como intelectuales, con una posición muy crítica respecto al ámbito al que ahora decide integrarse. Además, el 16 de mayo de 2004 habrá

\*Santiago, 1945. Estudió Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid (1972). Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), Instituto Tecnológico de Santo Domingo, (INTEC), Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) y del Seminario Mayor Santo Tomás (1974-1983). Rector del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (1983-1990), miembro de la Comisión Nacional de Educación Superior conformada por el Presidente de la República para el estudio de la Educación Superior y recomendaciones para su regulación; (1983). Consultor en Planificación Educativa del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y coordinador nacional del Plan Decenal de Educación (1990). Primer director ejecutivo del Proyecto para el apoyo a iniciativas democráticas (1992). Miembro de la Comisión de Verificación de las Elecciones de 1994. Ex coordinador del movimiento Participación Ciudadana y miembro del Consejo Nacional del Grupo Acción por la Democracia (1997). Miembro de la Comisión Presidencial para la Reforma de la Constitución (2002). Miembro de la Comisión Centroamericana para la Reforma Educativa (2000) y de su Comité Coordinador (2003). Director del Centro de Gerencia social y gobernabilidad democrática (INTEC, 2003). Consultor Unión Europea (plan estratégico de desarrollo de la Educación dominicana, 2003).



elecciones que determinarán que un nuevo gobierno asuma el poder del Estado, posiblemente de un nuevo partido, y de seguro que frente a las oportunidades que brindará de nuevo el poder, volveremos a ver lo que ya hemos visto cuando los nuevos administradores llaman para la colaboración a quienes comparten sus ideas, bajo el entendido de que esa colaboración debe ir acompañada de una lealtad que imponga siempre la defensa o el silencio, nunca la crítica.

Con ambos temas, los intelectuales y el poder, nos sucede como con otros asuntos, muchos de ellos de gran importancia, sobre los cuales la carencia de una definición aceptada no impide que se tenga un conocimiento bastante aproximado de lo que son, implican o representan, así como de las consecuencias de sus actuaciones. Llegamos a saber lo que son por lo que hacen y por sus efectos. Sus manifestaciones nos permiten conocerlos. Por esta razón no intentaré iniciar esta intervención queriendo presentar una definición acabada sobre lo que es un intelectual, como tampoco sobre el poder. Me conformaré con intentar hacer una conceptualización, en vez de una definición, de ambos términos, amparado en la certeza de que todos sabemos de lo que estoy hablando porque tenemos conocimiento de ellos más por sus acciones y efectos, que por su especificidad ontológica. Podríamos pasar muchas horas tratando de responder a la pregunta de ¿qué es un intelectual? sin llegar a un consenso sobre la respuesta adecuada. Algo similar pasaría si la pretensión fuera definir el poder. Además del tiempo invertido en tales propósitos, al final es muy posible que tuviéramos más confusión que claridad, sobre todo si la discusión se desarrolla entre personas pretendidamente intelectuales. Por eso, lo que trataré de hacer serán, simplemente, unas reflexiones sobre los intelectuales y el poder, no desde la posición de un intelectual, que no me considero ser y que es poco probable que lo sea, sino desde la perspectiva de una persona que aspira más a sembrar dudas que a establecer certezas.

### **Primera reflexión: sobre los intelectuales y el poder**

En coherencia con lo ya indicado, más que intentar una definición, lo que trataré de hacer es una aproximación conceptual sobre lo que pudiera ser

un intelectual. Como bien lo indica Bobbio "los intelectuales, si bien con distintos nombres, han existido siempre, porque en toda sociedad, junto al poder económico y al político, ha existido siempre el poder ideológico... que se ejerce sobre las mentes a través de la producción y la transmisión de ideas, símbolos, de visiones del mundo y de las enseñanzas prácticas, mediante el uso de la palabra".

Una primera aproximación nos señala que las personas consideradas intelectuales se dedican a tareas que se relacionan con el desarrollo del conocimiento y las pautas de comportamiento del ser humano, individual y colectivo, a través del tiempo. Y lo hacen con tanta dedicación, a pesar de la remuneración y la consideración que puedan tener, que parecen hacerlo por vocación. Por dedicarse preferentemente a reflexionar sobre el ser humano, las instituciones en las que desarrolla su existencia, las decisiones, comportamientos y efecto de acciones tomadas por los que ejercen cualquier tipo de liderazgo en la sociedad, se dice que los intelectuales no hacen cosas, sino que reflexionan sobre lo que otros hacen. Con una intención clara de descalificarlos, se afirma que en vez de dedicarse a realizar cosas, lo que hacen es interpretar las cosas que otros hacen. Pero independientemente de la consideración que merezcan las tareas a las que se dedican preferentemente los intelectuales, hay una posible coincidencia en aceptar que su interés se orienta sobre asuntos de interés público, del desarrollo de la sociedad y de las personas, y de las manifestaciones del ser humano, que van desde lo artístico a lo filosófico, o de lo más sublime a lo más humano, que a veces no deja de ser también grotesco.

Además de lo anterior, se considera propio de quien quiera ser reconocido como un intelectual su independencia y su compromiso. El problema está en establecer con claridad qué significa cada cosa. La independencia, que no debe ser confundida nunca con la indiferencia, es considerada como la situación que le permite a una persona poder exteriorizar sus pareceres con libertad, no sujeta a limitaciones que la mediaticen o la silencien. Esta condición es cada vez más difícil de poder mantenerla cuando los detentadores del poder disponen también de las oportunidades para poder llevar una vida digna sobre la base de un trabajo remunerado. El compromiso, atribuido como característica



esencial del intelectual, tiene que ir acompañado de la responsabilidad, de conocer y aceptar las consecuencias de lo que se declara o se calla, para sí y para los demás. Pero abordaremos esta cuestión con algo más de profundidad en una reflexión posterior.

Contrario a lo que pudiera pensarse por el hecho de que quienes son considerados intelectuales realizan tareas similares, la condición de intelectual no está relacionada con una profesión determinada, aunque la mayoría de ellos provengan de las llamadas ciencias humanas. Muchos profesionales formados en las ciencias "puras y duras" se han desempeñado y se desempeñan, con el reconocimiento debido, como miembros de la intelectualidad. Parece entonces que se es intelectual por lo que se hace, no necesariamente por lo que se estudió, aunque hay que reconocer que las ciencias humanas ofrecen las mayores posibilidades para quienes quieran dedicarse a ese oficio.

Una característica esencial del intelectual es el uso de la palabra, verbal o escrita. Un intelectual que no pueda, de alguna manera, comunicarse, no permite saber que lo es. Por eso, gran parte de los intelectuales necesitan los medios de comunicación para hacer llegar a los demás sus pareceres, y por eso muchos de ellos merodean o desenvuelven su vida en el ámbito de instituciones dedicadas a la creación y difusión de conocimientos e ideas. Sin embargo, pienso que también son intelectuales quienes sus pareceres sobre temas tan diversos como la vida misma los expresan a través de la plástica o de la imagen.

Con el poder pasa algo parecido. Sin embargo, aunque muy escurridizo para ser claramente definido, es ampliamente conocido por la contundencia de sus efectos. Se sabe con suficiente claridad quienes lo detentan y se nota de inmediato su presencia por sus manifestaciones. Con el poder sucede, además, que normalmente siempre nos referimos a uno de los poderes, al más importante y evidente por cierto, olvidándonos de otros tipos de poderes, también presentes en la sociedad y que, de un tiempo a esta parte, representan oportunidades y amenazas como el poder político mismo. Con relación a los intelectuales, el punto de referencia es la capacidad detentada por quien administra en un momento determinado el Estado, que le permite, por persuasión o por presión, lograr



lealtades que se pueden manifestar en apoyos o silencios. Pero también hay poderes sociales, y sobre todo económicos, que cada vez con mayor incidencia representan ámbitos de actividades para los intelectuales relativamente independientes del poder político, sobre todo después de que el mercado le ha restado competencias al Estado y la iniciativa privada se ha transformado en el verdadero motor de la economía. Pero la connivencia que siempre ha existido entre estos distintos poderes dificulta que aún en éstos ámbitos no llegue la posible condicionalidad del poder político. Por esta razón, la relación entre los intelectuales y el poder, será referida, preferentemente, pero no de forma exclusiva, al poder político.

### **Segunda reflexión:**

#### **sobre las relaciones entre los intelectuales y el poder**

Es una relación muy antigua que se ha hecho permanente y fuente de polémicas a través de la historia. Siempre ha habido personas consideradas como intelectuales que han justificado, apoyado y defendido a los detentadores del poder y a sus acciones, poniendo sus conocimientos al servicio de ellos y de sus intereses. Los hay también, sin embargo, que asumen como vocación la crítica, por lo menos hasta que los suyos sean quienes lo detenten. La alternabilidad en el poder permite, por lo menos, que los comprometidos con el gobierno de turno sean diferentes a los anteriores. Tanto en el pasado como en el presente, hemos visto que el poder coopta, beneficia y protege a los suyos, pero que relega, ignora y ataca a quién lo cuestiona, haciendo cada vez más difícil la pretendida independencia de los intelectuales. Los márgenes de un oficio intelectual que permita guardar distancia de la persuasión o de la coacción del poder político, se estrechan en la medida en que se reducen los espacios donde se puede lograr el sustento cotidiano y la seguridad futura fuera de un puesto en el gobierno, o cuando la participación política no pueda realizarse en organizaciones distintas a los partidos políticos.

Pese a lo anteriormente indicado debemos reconocer que las relaciones entre los intelectuales y el poder están fuertemente influenciadas por las características del régimen político. La posición y las posibilidades del intelectual son necesariamente diferentes si el marco de su actuación es un

régimen donde la libertad hace que se tolere, y hasta que se acepte la disidencia o, por el contrario, la naturaleza del régimen considera proscrito todo cuestionamiento o parecer que pueda considerarse como tal. En una dictadura, o régimen autoritario, a los intelectuales se les obliga al apoyo, al silencio o a la crítica velada y clandestina. Por el contrario, en una democracia, aunque sea imperfecta, existe la tolerancia para la disidencia y la integración del intelectual al poder tiene una más aceptable justificación.

Según Coser<sup>1</sup> las relaciones entre los intelectuales y el poder pueden adoptar una de estas modalidades: a) los intelectuales están en el poder, ejerciéndolo; b) los intelectuales lo que hacen es influir, desde fuera, sobre quienes lo ejercen, proporcionando informaciones para la toma de decisiones o elaborando propuestas; c) los intelectuales desempeñan la función de legitimar el poder, normalmente desde fuera; d) los intelectuales mantienen una actitud permanente de crítica al poder, asumiéndose antagonistas por vocación; e) o los intelectuales entienden que nada tienen que ver con los asuntos de interés general, confundiendo la indiferencia con la independencia. En cualquier caso, cada una de estas formas de relacionarse con el poder es una decisión, una opción, que quien se considere intelectual debe tomar. Debe saber, sin embargo, que cualquier decisión que adopte tiene sus consecuencias en el contenido del oficio que ha decidido desempeñar, así como en la consideración de los demás, especialmente de quienes se consideran sus colegas. Como afirma Chomsky, "si quieres mantener tu integridad, generalmente serás crítico, porque muchas de las cosas que suceden merecen críticas. Pero es muy difícil ser crítico, si uno forma parte de los círculos de poder"<sup>2</sup>.

### **Tercera reflexión:**

#### **¿comprometido con quién?**

Como la independencia del intelectual no debe significar indiferencia se espera que sea, además, comprometido. Pero ¿comprometido con quién

<sup>1</sup> *Men of Ideas* (1965), citado por Norberto Bobbio en *La duda y la elección*, Barcelona, Paídos, 1998.

<sup>2</sup> *Los intelectuales críticos o servidores del poder*. Entrevista realizada por Heinz Dieterich Steffan.

o con qué? La naturaleza del compromiso de los intelectuales va a depender mucho de cómo se conteste la pregunta anterior. Normalmente se aspira a que el intelectual se comprometa con lo que uno defiende, no con lo que él entiende que es su deber defender. Aunque junto a la independencia se le reconoce al intelectual el corolario de la libertad para poder ejercerla, molesta, sobre todo a los que están en el poder, que la opción del intelectual haya sido la crítica y el cuestionamiento y no la integración, a cambio de los beneficios que proporciona pertenecer al círculo de los que mandan. Pero la crítica a la opción tomada por el intelectual proviene muchas veces, con mayor virulencia, de los propios colegas, que lo pueden catalogar de "traidor" si consideran que integrarse al poder es pasarse al bando contrario, o de "desertor" cuando lo que hace es abandonar el bando en que estaba. La intolerancia, sobre todo entre los propios intelectuales, hizo que durante mucho tiempo se considerara que el intelectual tenía que ser de izquierda, y siempre crítico, por lo menos hasta que llegaron al poder quienes eran de su misma posición política.

Sucede, sin embargo, que el intelectual, por su propia naturaleza, es portador de una serie de valores, principios y pareceres que defiende de manera individual, pero que pueden ser compartidos por otras personas o grupos humanos, dentro de los cuales están los políticos. Cuando estos grupos llegan al poder esos principios y valores compartidos proporcionan aproximación que puede terminar en una integración colaborativa. Y entonces vendrán las críticas. Pero ante ellas cabe preguntarse si frente a un poder que no observa principios compartidos la crítica y el cuestionamiento se estiman válidos, ¿cuál debe ser la actitud del intelectual cuando llegan al poder quienes comparten los valores que antes defendiera?

Quizás el compromiso del intelectual pudiera ser mejor comprendido, sin dar lugar a tantas controversias, si su posición esencial fuera a favor de, en vez de ser en contra de. Si es en contra de cuando llegan los suyos al poder se le hace difícil no estar con ellos y defender lo que hacen. Si, por el contrario, la actitud sostenida es de estar a favor de principios, valores y creencias, se daría más fácilmente cuenta cuando los suyos no los respetan y podría tomar distancia y mantener una posición crítica. Estar a favor



permite con menor desgarramiento tomar distancia, sobre todo cuando quienes no observan desde el poder fueron compañeros de ideales y de compromisos.

### **Cuarta reflexión: condicionamientos a la independencia**

Las funciones de análisis, crítica y formulación de propuestas que se les atribuyen a los intelectuales suponen, además de compromiso, independencia. Atado a algunas formas de condicionamientos externos la labor del intelectual se le hace difícil porque, por lo menos, tendrá que callar a veces, y otras justificar en lo que no necesariamente está total o parcialmente de acuerdo. Y esto sucede porque también para el intelectual se aplica aquello de que los niveles de conciencia están determinados por las formas de la existencia. Dicho en otras palabras, dime de donde provienen tus ingresos y podré saber las razones de lo que dices, y de lo que callas. En la mayoría de los casos las fuentes de los ingresos condicionan o determinan las críticas contra unos y el silencio a favor de otros, así como el compromiso con ciertos hechos y comportamientos, o la independencia frente a ellos.

Toda sociedad dispone en su estructura de espacios y valores que pueden facilitar la independencia del intelectual. El grado de desarrollo de cada país y la asunción de esos valores por los grupos más significativos hacen posible que estos espacios sean más amplios e institucionalizados y esos valores más respetados. Colaboran con la independencia del intelectual las universidades, la libertad de expresión, el respeto a la disidencia, la remuneración al trabajo intelectual, la existencia de una carrera administrativa que proporcione estabilidad al funcionario del Estado, como también la aceptación de que la colaboración no tiene que estar acompañada de lealtad incondicional.

Cuando el sustento tiene que procurarse en gobiernos donde no está institucionalizada la carrera administrativa y las autoridades reclaman colaboración sin cuestionamientos, o cuando ha de hacerse en grupos económicos donde la disidencia no es tolerada y están estrechamente vinculados al poder político, la independencia del intelectual puede estar seriamente afectada.

### **Quinta reflexión: responsabilidades esenciales**

Muchas son las responsabilidades que se estiman deben ser asumidas por los intelectuales, casi todas referidas al poder político. Ya lo hemos dicho, y la reiteramos de nuevo, que existen otros poderes respecto a los cuales el intelectual también tiene responsabilidad. Pero además de responsabilidades frente a los poderes, el intelectual tiene una primera responsabilidad, que es consigo mismo y su conciencia.

En relación a las responsabilidades de los intelectuales quizás sea conveniente recordar que a veces se espera, y se les exige, actitudes, posiciones y acciones, pensando que lo que haga, o deje de hacer el intelectual, puede ser determinante para la modificación de una situación dada, cuando realmente, sus posibilidades de influir o determinar es mucho menor que las que se les atribuyen. En ocasiones son los propios intelectuales los que piensan que tienen más influencia que las que realmente se les reconoce. A fin de cuentas, su poder de influencia está determinado por la contundencia y pertinencia de las ideas en que fundamenta sus elaboraciones intelectuales, y por la receptividad de las personas a quienes son dirigidas. La posible capacidad de influencia de los intelectuales, cuando no están entre los que ejercen el poder, no hay que verla sólo a corto plazo. La receptividad de la opinión pública a los análisis y propuestas de los intelectuales, y de manera específica de los grupos que toman las decisiones, puede dar lugar que sea en el mediano o largo plazo, cuando se pueda producir la modificación de una situación determinada.

Dicho lo anterior, me gustaría compartir con ustedes algunas responsabilidades que considero esenciales, y que deben ser asumidas y desempeñadas por todo el que se considere intelectual, o que quiera así ser considerado.

Coherencia permanente entre lo que dice y lo que hace. Para que tenga posibilidad de que sus aportes, en la forma que sean, desde la crítica a la propuesta, puedan ser aceptados por las personas a las que lleguen, el intelectual, por esa característica no siempre reconocida de ser una especie de "monitor social", no puede decir unas cosas y hacer otras. Y tiene que hacerlo de forma permanente porque la incoherencia

conduce de inmediato al descrédito. Tiene que testimoniar con su conducta lo que predica o defiende, y no sólo cuando no puede hacer otra cosa, por carecer de la oportunidad, sino, sobre todo, cuando las circunstancias se lo permiten hacer.

Compromiso sólo con principios. Hay una estrecha relación entre compromiso e independencia en la que el primero puede afectar seriamente a la segunda. Todo compromiso, el que sea y con lo que sea, determina una visión particular. Si el compromiso es con una causa, con un partido político o con una ideología, la independencia para analizar sin deformaciones puede verse afectada, y estar en grave peligro si quienes detentan el poder comparten la causa del intelectual, pertenecen al mismo partido o defienden la misma ideología. Para tratar de evitar esta situación, que puede presentar al intelectual como un sectario, lo recomendable es que su compromiso sea con principios: si es con principios, las coincidencias o las contradicciones sólo serán posibles en la medida en que se compartan o se lesionen esos principios.

No callar cuando se debe hablar. La prudencia es una cualidad apreciada en toda persona, sobre todo si ésta, por vocación o por oficio, está llamada a desempeñar una función de liderazgo, o simplemente contribuir a la formación de la opinión pública. En algunos momentos la prudencia recomienda buscar la oportunidad para decir las cosas y la mejor manera de decirla. Puede, incluso, recomendar el silencio, no para que su posición no sea conocida, sino para hacerla de conocimiento en el momento adecuado. Lo que no puede hacer el intelectual es callar frente a una situación que considera contraria a los principios en los que cree, por temor o por no discrepar de compañeros o de quienes les permiten desempeñar una función pública o privada. El silencio es, a veces, una de las formas de la complicidad.

Cuando no sea posible la crítica, hay que mantener, al menos, el pudor. Cuando el intelectual colabora desde el poder, o los apoya desde un ámbito externo, y se producen decisiones o acciones que contravienen los principios en los que se cree, lo que nunca debiera producirse es la defensa o la justificación, como tampoco el aplauso. Ante un desprecio o ataque a los principios, si la prudencia recomienda no hacer la crítica por



el momento, debe mantenerse, por lo menos, el pudor, como recomienda Guillermo Piña Contreras en uno de sus artículos recientes. Pero el pudor, que es una forma de respeto por sí mismo y por lo que se ha defendido, aunque recomienda prudencia no debe significar nunca complicidad.

Protesta con propuesta. La imagen normal del intelectual es la de ser crítico y contestario. Pulverizar con sólidos argumentos posiciones contrarias a las que se sostienen; hacer pocas concesiones y reconocimientos, sobre todo a quienes piensan de manera diferente, aunque tengan razón. Algunos intelectuales entienden que su vocación es la crítica sistemática, y dedicados a esa labor tienen pocas realizaciones propias que presentar, en la producción intelectual o en el ámbito profesional que han escogido, dando la razón a quienes, con una intención de descalificación, señalan que los intelectuales lo que hacen es reflexionar y criticar lo que otros hacen. Hacen poco y critican todo, se dice. Por eso, el intelectual, además de poder presentar algunas realizaciones, debe acompañar la crítica con propuestas. Pero no con cualquier propuesta, sino con aquellas que sean viables, para no dar lugar a la acusación de "dilettantismo intelectual".

Contribuir a impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio de la verdad. Quien tiene el poder, político o económico, piensa que también tiene la razón, y que puede hacer que los demás la acepten, primero recurriendo a la persuasión y si ésta no da resultado, a la fuerza, sobre todo cuando se trata del poder político, pues al Estado se le confiere, jurídicamente, el monopolio de la fuerza. Pues bien, ese intento debe ser contrarrestado por todo aquel que se considere intelectual, pues el monopolio de la fuerza, aunque sea asignado constitucionalmente, no puede pretender, sin oposición, imponerse como verdad. Mucho menos cuando la pretensión de imponerse como verdad proviene de sectores económicos que siempre andan en busca de sus intereses particulares.

Mantener la esperanza en medio del desaliento. El intelectual, aunque muchas veces tiene que recurrir a conocimientos o experiencias del pasado para interpretar y recomendar cursos de acción en el presente, es una persona de su tiempo a la que le afectan las situaciones que padece

la sociedad y sus gentes, donde a veces no hay solución a la vista y las salidas se hacen difíciles. Le preocupa, además, el futuro que vislumbra desde el presente cargado de pesares. Padece el despropósito de quienes ejercen el liderazgo social y político, empeñados con un tesón enviable, en decidir y hacer, no lo que le conviene a la nación, sino a sus particulares intereses, a costa de desdecirse o violar normas elementales de la ética, utilizando para lograrlo el poder político o del dinero, bajo la presunción de que al final, logre o no sus objetivos, terminará por imponerse la inmunidad o la impunidad. Cuando parece que no hay nada que hacer, que todo conspira y se opone a que las cosas sean como deben hacer, y se hallan incluso perdido algunas batallas, el intelectual debe contribuir a impedir que el desaliento haga que desaparezca la esperanza. Les corresponde en medio de la adversidad del momento hacer la crítica obligada, pero también señalar posibles caminos. Los intelectuales deben ser "capaces de convencerse a sí mismos y de tratar de convencer a otros, aún en medio de la peor de las derrotas, que las cosas son posibles, que hay que ponerse en pie, recomponer los huesos, sacudirse el polvo y seguir adelante"<sup>3</sup>.

Finalmente, considero que todo intelectual, además de sentirse con la obligación de no renunciar nunca a expresar sus pareceres, debe asumir también ser, en cierta manera, voz de los que no tienen voz y expresión de quienes necesitan expresarse, pero no pueden hacerlo, para solicitar, recomendar, demandar y hasta exigir. Pero debe hacerlo siempre en defensa de principios centrados en la defensa de las personas y en el derecho que les asiste de una vida digna.

Para el desempeño de todas estas responsabilidades el intelectual necesita de libertad e independencia. Y difícilmente podrá disponer de ellas si no hace suyas las palabras de Machado que recomienda permanecer siempre "ligero de equipaje", pues con pocas ataduras será difícil que le puedan obligar a renunciar a la palabra.

Muchas gracias.

<sup>3</sup> VILAS, Carlos M., "Sobre cierta interpretación de la intelectualidad latinoamericana", en *Nueva Sociedad*, No.107.

## Debates

### **Frank D'OLEO**

En el marco de las nuevas relaciones y cambios que experimenta la sociedad global, la realización de este evento es de suma importancia a los fines de estimular la reflexión y el análisis que, en torno a la vinculación de los intelectuales con la política, UNAPEC abre un espacio que tenderá a dimensionar el rol de los intelectuales en el país. Por tal razón, merece felicitar a UNAPEC y a Guillermo Piña Contreras por tan loable iniciativa.

Tanto la exposición de Piña Contreras, como la de Rafael Toribio, han analizado la temática de lugar, enfocando de manera coherente una diversidad de elementos que tipifican la racionalidad de los intelectuales en su praxis política, especialmente, en las sociedades subdesarrolladas.

Algunos de esos elementos están relacionados con la temporalidad, la circunstancialidad, la neutralidad, la independencia, la ideología, la libertad, lo salarial, etc., los cuales, en algunos momentos históricos colocan a los intelectuales frente a dilemas coyunturales, que tienden a desnaturalizar la esencia del rol de los intelectuales.

En una sociedad como la nuestra, que carece de claras políticas y de espacios colectivos que propicien el estudio, la investigación, el análisis sobre las principales problemáticas nacionales, la relación de los intelectuales con la política, el poder, el Estado, en la mayoría de los casos, está mediatizada por el inmediateísmo, el clientelismo y el fundamentalismo ideológico, llegando a producirse una negación dialéctica de su capacidad de crítica, objetividad e independencia con lo cual se subsumen formalmente a las mieles del poder.



En ambas exposiciones se advierten estos peligros, temores, dilemas y aprehensiones que afrontan los intelectuales que de manera coyuntural participan en el ejercicio del poder.

En lo que respecta al rol de los intelectuales, centraré mi comentario final en llamar la atención sobre dos aspectos que en los actuales momentos demandan que los intelectuales asuman una posición de vanguardia y no de conciliación; me refiero, a la democracia y a la corrupción.

La corrupción, en la mayoría de los países de América Latina y en particular en el nuestro, está alcanzando niveles alarmantes, provocando la desarticulación e infuncionalidad de las instituciones, debilitando, por ende, al sistema democrático hasta llegar a perder su grado de legitimidad.

Frente a la aparente infuncionalidad del sistema democrático y los elevados niveles de corrupción, los intelectuales, desde fuera y dentro del poder político, deben asumir una clara postura de crítica, denuncia, frente a estos males y estructurar propuestas orientadas a alcanzar el bien común, la equidad social, aunque contravengan la supuesta "razón de Estado".

Finalmente, en este sentido, las universidades y especialmente UNAPEC deben propiciar de manera permanente espacios de discusión, análisis y reflexión sobre los agobiantes problemas que gravitan en la sociedad dominicana frente a la mayoría de los cuales los intelectuales apenas emiten opiniones parciales.

### **Simón GUERRERO**

Tal vez este debate debió comenzar enumerando los rasgos que definen a un intelectual. ¿Debemos suponer que son intelectuales los organizadores y participantes de este Coloquio? Yo por mi parte me considero intelectual porque me acojo a la definición que diera una vez Mark Twain: "Persona capaz de entrar a una biblioteca aunque no esté lloviendo". Sin embargo, algo me preocupa: no sé en que medida atente contra mi condición de intelectual el hecho de ser un lector ocasional, pero entusiasta, de la revista *Selecciones de Reader's Digest*.

De todos modos, creo que es crucial, para entender el conflicto entre los intelectuales y el poder político. La distinción que hace Max Weber entre lo que él llama la ética de la convicción y la ética de la

responsabilidad. Cuando estamos fuera del poder, nos podemos dar el lujo de actuar atendiendo exclusivamente nuestras convicciones éticas; decimos o hacemos lo que nos parece correcto sin tomar en cuenta las consecuencias. Cuando se ocupa una posición pública, por el contrario, la responsabilidad del cargo nos impone sopesar cuidadosamente las consecuencias que tendrán nuestros actos. Por ejemplo, es muy fácil reclamar, exigir que bajen inmediatamente el precio de los combustibles. ¿Cómo? No sé, pero que lo bajen, porque es injusto. Ese no sería nunca el discurso de un secretario de Industria. No es lo mismo el discurso del Che Guevara que el discurso de Fidel Castro. Es evidente que el Che hacía y decía cosas que Fidel Castro no puede hacer ni decir. El problema es que siempre se corre el riesgo de que la ética de la responsabilidad se convierta en una coartada permanente para justificar toda clase de inconductas, arguyendo siempre "razones de Estado". Si nos descuidamos, podemos terminar vendiendo cocaína para combatir el narcotráfico.

### **Julio César VARGAS**

Me gustaría escuchar a Rafael Toribio en su reflexión, pues quien me antecedió en la palabra hablaba de la ética y de la responsabilidad del intelectual. Pienso en la ética del hacer y el ser. ¿Hasta qué punto los intelectuales han dejado de ser para hacer? En América Latina, por ejemplo, los escritores, los intelectuales eran creadores de utopías, de sueños. ¿Hasta qué punto, señor Toribio, se ha dejado de ser? En República Dominicana, y gracias a Dios que tenemos aquí a Mu-Kien Sang Ben, quien ha sido, por ejemplo, intelectualmente, la que ha dado un perfil del liderazgo político nacional muy a pesar del encono con que se ha encontrado al describir valientemente cuál es la posición del intelectual. ¿Hasta qué punto, a su entender, hemos dejado de soñar, los que recibimos las obras, los que recibimos la palabra? ¿Hasta qué punto son ahora los intelectuales los encadenados al poder?

### **Pedro CABRERA**

Rafael Toribio, en su ponencia, sitúa el problema de la independencia del intelectual como un problema fundamentalmente de naturaleza individual.

Y me pregunto: ¿Hasta dónde, nosotros como sociedad, como colectivo, somos también responsables de crear las condiciones para que pueda existir realmente una intelectualidad independiente? Guillermo Piña Contreras hablaba en un momento de su presentación de una época idílica en que los intelectuales podían vivir del amor, de las flores, del agua fresca. No sé hasta dónde esto sea cierto, pero sí estoy seguro de que en este momento no es posible que los intelectuales puedan vivir del amor, del agua fresca y de las flores.

### **Guillermo Piña Contreras**

Pensaba que me iba a escapar del debate. No lo logré. Voy a comenzar por la alusión a eso del "amor y agua fresca". Eso es, como todo el mundo debe haberse dado cuenta, una ironía. Una ironía que los intelectuales realmente han creído, que se podía vivir de amor y agua fresca. Recuerdo una anécdota de uno de los compañeros que está aquí, cuyo padre le preguntó una vez por qué en los anuncios clasificados no aparecía uno que dijera: "Se busca un poeta". Eso da más o menos una idea de lo que decía en mi presentación. En realidad, y eso ya se encadena con lo que comentaba Simón Guerrero al citar a Weber sobre la convicción y la responsabilidad. Hay una cuestión de convicción, como la hay también en la pregunta que hizo alguien hace un momento, si los intelectuales son útiles solamente en la dictadura o en la democracia. Hay una confusión propiciada por la izquierda. La izquierda del siglo xx, digamos la izquierda comunista, y es que el intelectual tiene que ser de izquierda, el intelectual no puede ser de derecha. ¿No puede haber entonces un intelectual que esté convencido de que un régimen como el de Hitler u otro como el de Trujillo sea válido, defendible y que hasta ocupe un cargo importante en ese régimen? Eso se puede criticar porque en los regímenes totalitarios todo el mundo sabe que está en juego la integridad del individuo. No es solamente que haya orden, que haya paz. No. Es que el individuo forma parte de un engranaje y si estorba ese sistema desaparece.

La experiencia nos lleva incluso a la dictadura de Trujillo. Cuando planteaba, y Rafael Toribio lo citó en su ponencia, aquello de "los intelectuales,



el poder y el pudor", iba un poco en lo que decía Simón Guerrero a propósito de Weber sobre la convicción y la responsabilidad. Estamos en una época de crisis y en la crisis los principios a veces son muy difíciles de mantenerlos a flote. Entonces vamos a ver cómo se reacciona. Los intelectuales, contrariamente a los políticos y contrariamente a los empresarios, no tienen *esprit de corps*, como se dice en francés. No es un cuerpo que se defienda. Los intelectuales, por la naturaleza de su trabajo, son individualistas aunque piensen para el colectivo social. De manera que no hay ese espíritu de cuerpo tan frecuente en otras profesiones. Ante esa situación, el intelectual tiene que estar en estado de alerta siempre. Pero esto no quiere decir tampoco que le reclamemos al intelectual que siga viviendo, o pretenda vivir, de amor y agua fresca para preservar su libertad como pensador. Tenemos que ver, y situarnos, en la posición de que en República Dominicana, desde 1844, cuando se fundó la República, los intelectuales que fueron fusilados, los que fueron expulsados del país, no lo fueron porque eran intelectuales. Fueron fusilados y expulsados porque eran militantes políticos opositores al régimen de turno. Cuando a Manuel Rodríguez Objío lo fusiló Báez no fue por las obras que escribió. En la República Dominicana había muy poca gente que sabía leer y escribir. Lo fusilaron porque era un político. Un político que tenía quizás, y la historia ya lo sabe, razón frente a un régimen como el de Báez. En la época actual, y me escandalizo cuando dicen que uno de los padres de nuestra democracia moderna es Joaquín Balaguer, porque entre estos podría figurar más Antonio Guzmán que Balaguer. Guzmán fue quien desmilitarizó el país en 1978 y nos sacó de ese régimen, de esa conducta trujillista, militar, que lamentablemente ha vuelto desde el 2000. De modo que Antonio Guzmán abrió las puertas y le quitó al intelectual ese temor, como yo decía en mi exposición, de participar en el Estado. Luego vino Balaguer, ocho años después volvió Balaguer, pero no es el mismo Balaguer de la posguerra, es un Balaguer con otra mentalidad, con otra actitud, aunque la manera como se mantuvo en el poder siempre estará acompañada de la sombra de una duda, pero Balaguer dejó esa posibilidad abierta y los intelectuales tampoco tenían ese temor que se tuvo durante el gobierno de los doce años de Balaguer (1966-1978),

que era un pecado participar en el gobierno, participaron algunos, pero de manera tímida. Aceptaban cargos en el servicio exterior, una suerte de conciencia desgraciada como decía Hegel, porque el servicio exterior no era la República Dominicana.

No he querido en ningún momento personalizar este debate ni hablar de mi situación como intelectual ni como ex funcionario de un gobierno, como el de Leonel Fernández, del que fui embajador de República Dominicana en Francia. Sin embargo, entiendo que el Estado tiene, cosa que muchos intelectuales no entienden, algo que se llama razón de Estado y esa razón de Estado se impone ante cualquier acontecimiento. De manera que los intelectuales tienen que asumir las consecuencias del Estado que representan. En República Dominicana no existe la función pública como carrera. De manera que los intelectuales que laboran en la administración pública deben pensar en lo que dicen antes de hacerlo, so pena de perder el empleo.

En República Dominicana ha habido, en los últimos años, algunos atropellos, hasta el mismo tema de la reelección, que se ha convertido en un problema ideológico y en el principal problema del país cuando hay otros temas más importantes. ¿Qué hacen los intelectuales funcionarios de hoy? Guardar silencio o sumarse a la reelección. Visto así es una muestra de fragilidad de los intelectuales frente al poder. Estar a favor o en contra de la reelección es una toma de posición. Ese sería otro tema para un coloquio dentro del marco de los intelectuales el poder y el pudor. Rafael Toribio, como dije antes, tuvo la amabilidad de citar uno de mis artículos cuyo título es por sí solo evocador: era sobre "Los intelectuales, el poder y el pudor". De manera que debemos comprender y hay que admitir a cualquier intelectual que diga: "Estoy de acuerdo con lo que dice Hipólito Mejía; estoy de acuerdo con tal o cual atropello de tal régimen; estoy de acuerdo con tal o cual cosa..." Se le puede reprochar que se haya equivocado, que esté viendo las cosas de modo diferente. Pero los intelectuales que consideramos y creemos que tenemos poder estamos también equivocados. El poder lo tiene el Estado, el poder lo tiene el sector económico. Nosotros tenemos el poder de la palabra y dependemos demasiado de otros poderes. El poder político y el económico



saben cómo manejar esa situación. Creo que hay que estar vigilante y, como a cualquier ciudadano, se nos puede exigir más que a un simple ciudadano porque nosotros, en principio, somos los que tenemos el dominio de las ideas. Sin embargo, fueron también los que pensaban quienes ayudaron a Hitler a matar 54 millones de seres humanos, fueron ellos igualmente los que ayudaron a Trujillo a que aquí tuviéramos 31 años de dictadura. De manera que hay que saber la posición que uno toma y tratar de ser honesto consigo mismo.

### **Rafael TORIBIO**

Creo que Guillermo Piña Contreras expresó con sus palabras gran parte de lo que quería decir. Sólo leí un resumen de la ponencia. En la ponencia hay mayor extensión, pues Piña Contreras era muy preciso: en la intervención leída no podía haber más de dos mil quinientas palabras. Y el texto para ser publicado debía tener un máximo de cinco mil. Realmente lo que leí fue un resumen y con esto les quiero decir que hay algunas ampliaciones, pero a fin de cuentas me gustaría centrar mi comentario en algunos puntos. El primero es que no podemos hablar de la labor del intelectual referido a una situación idílica, sino hay que verlo en un aquí y ahora. Entonces, ser intelectual en República Dominicana con la escasa institucionalidad que tiene el Estado dominicano. Voy pues a presentar algunas reflexiones, ya lo dijo Guillermo, es decir, aquí no hay estabilidad en la administración pública, aquí no hay ni profesionalización ni estabilidad en la administración pública. En Francia, en Italia, en España, un intelectual que va a un cargo en la administración pública con una oposición que le da estabilidad, sabe que no está al margen de que lo puedan despedir porque alguien del gobierno piense que lo que dijo o lo que no dijo es suficiente para que sea sacado de la administración. Entonces el intelectual que asume una posición dentro del gobierno tiene que saber que las condiciones son esas. Me parece que hay que matizar que no podemos hablar de una relación del intelectual frente al poder independientemente de cuáles sean las condiciones. Además de eso, nosotros tenemos que ver como una condición a la colaboración del intelectual con el poder, la lógica en que se maneja la política. La lógica



de la política es la de atar sin limitaciones. Es decir, en la política se exige el que tú muestres la lealtad en cualquier momento, sobre todo en los momentos difíciles. Mantenerse callado incluso, que puede ser una forma de mantener en cierta medida el pudor que reclama Guillermo, puede ser interpretado también como deslealtad. ¿Con esto qué quiero decir? Que juzgar, emitir juicios sobre el desempeño, el compromiso de los intelectuales frente al poder político, hay que verlo en el contexto institucional en que se desempeña.

Hay en la sociedad, como decía, espacios, valores que permiten el desempeño más o menos que uno quisiera que fueran permitidos, en otros no. Y yo creo que aquí en República Dominicana hay pocos espacios. Algunos intelectuales han renunciado a la colaboración con el poder político del Estado y se han refugiado en otros ámbitos. En la exposición que aparece en esta obra digo que hay intelectuales a tiempo parcial, pues para ser intelectual tiene que dedicarse a alguna actividad y regularmente eso es en grupos económicos, pero se recurre ahí pensando que en esos grupos económicos hay menos condicionamiento que en el poder político, y resulta que no. Resulta que el grupo económico tiene también unas reglas de juego, pero es que la convivencia entre poder político y poder económico hacen que hasta las manos del poder político lleguen ahí. Entonces, insisto, no es fácil.

Quería tocar lo de la ética, la convicción y responsabilidad porque creo que ahí está el meollo de la situación. La ética de la convicción, a fin de cuenta, lo que quiere significar es que el intelectual tiene que ser coherente consigo mismo. En lo que él cree que tiene que externarlo. No puede, como decía, callar cuando tiene que hablar, desdecirse con los hechos de lo que está defendiendo. Tiene que haber una correspondencia entre lo que usted piensa y lo que usted hace. Pero está también la ética de la responsabilidad. Tal vez en dos dimensiones. Usted tiene que saber las consecuencias, las consecuencias de lo que usted hace y de lo que no hace y de las repercusiones que tiene sobre los demás.

La ética de la responsabilidad muchas veces se refiere a una parte de la intelectualidad que se conoce como experto, los que están en sumo para las toma de decisiones. Y ahí hay una responsabilidad no sólo

consigo mismo sino con los efectos que puedan tomar, es decir, no vamos a poner de ejemplo a los que hicieron la bomba atómica y dónde apareció, sino a los intelectuales que recomiendan, en una situación determinada, medidas económicas, sociales o políticas en un gobierno que tiene graves repercusiones para el país. En esto hay una ética de la responsabilidad, que el intelectual que asume la función de experto debería tener muy presente lo que eso significa. Creo que la sociedad debe conocer también que hay una ética de la responsabilidad, que no es que "yo no estaba ahí y no sé lo que pasó." No. Usted estaba ahí y usted sabe lo que pasó. Y quizás lo que pasó depende mucho de lo que usted presentó y defendió.

Concuerdo con Guillermo con que en los intelectuales no hay "un espíritu de cuerpo". Le decía a José Antinore, antes de empezar, que los intelectuales no es que sean orgánicos sino que son desorganizados. Los intelectuales son desorganizados. No hay un espíritu corporativo, sino que hay diferente maneras. Y finalmente, alguien decía de los sueños, y si no es el fin de las ideologías, por lo menos están marchitas, vamos a decirlo así. Es una limitación a los sueños. Por ejemplo, antes cada partido político representaba un proyecto de nación. Ahora resulta que no hay diferencias ideológicas sino hay diferencias programáticas y cuando lleguen al poder también en la ejecución se parecen, entonces hay poco espacio para pensar cualitativamente diferente, porque no hay diferencias cualitativas. Entonces el hecho de que las ideologías se hayan marchitado reduce. Pero siempre hay espacio, porque ahí está el ser humano con todas sus necesidades. Creo que si centramos la discusión en el ser humano siempre vamos a tener espacio para perforar lo que lo impide.

### **Guillermo PIÑA CONTRERAS**

A partir de ahora, para que nos alcance el tiempo, los expositores van a anotar las preguntas, comentarios y argumentaciones del público y luego responderán los que les conciernan. Antes de iniciar su intervención les recordamos que se identifiquen para que sus nombres figuren en la transcripción de los debates.

# Los intelectuales y el poder político en República Dominicana

Odalís G. PÉREZ\*

"Como en el moderno periodismo, también aquí se da por sentado que el papel de los intelectuales no debe ser otro que el de ayudar a una comunidad nacional a experimentar mejor el sentido de una identidad común, y más en concreto de una identidad verdaderamente elevada".

Edward W. Said: *Representaciones del intelectual* Barcelona, Ed. Paidós, 1996, p.45.

"El intelectual siempre tiene la posibilidad de escoger, o bien poniéndose de parte de los más débiles, los peor representados, los olvidados o ignorados, o bien alineándose con el más poderoso" (p.47).

"Como dijo en cierta ocasión el gran escritor de nuestro siglo Jean Genet, desde el momento mismo en que publicas ensayos en una sociedad has entrado a formar parte de la vida política; por eso, si no quieres ser político, no escribas ensayos o pronuncies conferencias" (p.115).

"Las representaciones del intelectual —las ideas que él /ella representa y la forma de representárselas a una audiencia— están vinculadas siempre, y así deben permanecer, a una experiencia permanente en la sociedad, experiencia de la cual forman parte orgánica: del pobre, del marginado, de quien no tiene voz, del que no está representado, del impotente. Estas experiencias son igualmente concretas y permanentes, y no pueden sobrevivir si se las transfigura y después congela en credos, declaraciones religiosas o métodos profesionales" (p.117).

"En una situación tan candente, lo más difícil para un intelectual es mantener el sentido crítico, negarse a adoptar un estilo retórico que sea

\*San Cristóbal, 1952. Investigador y profesor universitario. Dr. en Filología y Semiótica por la Universidad de Bucarest (Rumania). Se ha dedicado a la enseñanza de las ideas, el arte y las letras dominicanas (Colegio Calasanz), al tiempo que se desempeña como profesor de la Facultad de Humanidades y la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha trabajado en programas de Maestría en la UASD, en INTEC en los Departamentos de Comunicación, Letras y Filosofía. Como estudioso y animador de la cultura dominicana ha mantenido colaboraciones en algunos diarios y revistas del país con más de cien publicaciones sobre aspectos de historia intelectual y cultural de la República Dominicana, el Caribe y Latinoamérica. Ha publicado: *Habitácula* (poemas, 1987), *La pirámide en el hombro del dios* (poemas, 1988), *Papeles del eterno* (poemas, 1999), *Las ideas literarias en la República Dominicana* (1993), *Semiótica de la prensa* (1999), *La ideología rota* (2002), *Nacionalismo y cultura en República Dominicana* (2003), *La identidad negada* (2003), *República Dominicana, el mito político de las palabras* (2004).



el equivalente verbal del bombardeo en alfombra, y en cambio centrarse en temas como el apoyo norteamericano a regímenes clientelares impopulares, que para una persona que escribe en los Estados Unidos son tal vez más sensibles a la discusión crítica". (p. 122).

"Hoy en día, el intelectual busca las razones de su sumisión, y tal vez de su renuncia, en sí mismo. La idea universal no volverá a ser su horizonte, como se creía que lo era en el siglo de las Luces. Lo mismo que después de la Gran Guerra Spengler anunció con júbilo la decadencia de Occidente, así mismo parece anunciarse, como una idea nueva, el final, la ruina de una razón válida para todos y respetada por todos, mientras que todo el siglo XX ha tratado, de formas sutiles o solapadas, de sustituirla por una Sinrazón que no la derribaría, sino que, por el contrario, la afirmaría como su fundamento [su ruina]".

Maurice Blanchot: *Los intelectuales en cuestión*, Madrid, Ed. Tecnos, 2001, pp.50-51.

"¿El intelectual no sería entonces más que un simple ciudadano? Eso sería ya mucho. Un ciudadano que no se contenta con votar de acuerdo con sus necesidades y sus ideas, sino que, habiendo votado, se interesa por el resultado de ese acto único y, guardando siempre las distancias con la acción necesaria, reflexiona sobre el sentido de esta acción, y unas veces habla y otras se calla. El intelectual no es, por tanto, un especialista de la inteligencia: ¿especialista de la no-especialidad?". (pp.56-57)

¿Qué pinta entonces un intelectual que, contradiciendo su nombre, a menudo no sabe gran cosa, pero que al menos se atiene a una idea simple según la cual hay una exigencia que hay que mantener siempre a toda costa? Esta simplicidad es lo que hace su fuerza, una fuerza que resulta al mismo tiempo exasperante pues es tan grande que hace caso omiso de las circunstancias. Llega a la extrema pretensión de querer convertirse en juez de jueces y de investir de una autoridad suprema a aquellos mismos que reconocen no tener ninguna". (pp.86-87).

"Mi proyecto era estudiar un particular sistema de ideas y, en ningún caso, reemplazarlo por otro nuevo. Además, he intentado plantear una serie de preguntas siempre relevantes cuando se tratan problemas de la experiencia humana: ¿Cómo se representan otras culturas? ¿Qué es otra cultura? El concepto de una cultura distinta (raza, religión o civilización) ¿es útil o siempre implica una autosatisfacción (cuando se habla de la propia cultura) o una hostilidad y una agresividad (cuando se trata de la "otra")? ¿Qué cuenta más, las diferencias culturales, religiosas y raciales o las categorías socioeconómicas y político-históricas? ¿Cómo adquieren las ideas autoridad, "normalidad" e incluso la categoría de verdades "naturales"? ¿Cuál es el papel del intelectual? ¿Será el de dar validez a la cultura y al Estado del que forma parte? ¿Qué importancia debe él dar a una conciencia crítica e independiente, a una conciencia crítica de oposición?".

Edward W. Said: *Orientalismo*, Madrid, Ed. Libertarias, 1990, pp.381-382.

Quien habla de la nación debe comprender las políticas que ha dañado, articulado y justificado todo juego oportunista sobre la nación. Debe entender que su crítica siempre será una crítica política sobre todos sus principios y discursos. Discutir en este caso su fundación y desarrollo

significa reconocer que el discurso de la historia de dicha nación es un tramado, una huella donde la verdad y la mentira han peleado para sobrevivir al orden, a la democracia de la mentira y a la mentira de la democracia.

Hemos sostenido muy a menudo que el discurso de los políticos sobre la nación-República Dominicana, ha sido el *speculum* de una mentira y una historia tergiversada en sus narraciones ideológicas. En este sentido la mentira de la historia y la historia política de la mentira se han encontrado en las voces de gran parte de la intelectualidad dominicana.

Lo que precisamente se le ha negado a la República Dominicana es su propia y verdadera identidad plural, su diversidad cultural. Hemos visto cómo en nuestro caso la nación no ha sido más que el pretexto de los políticos para adecuar compromisos y estrategias, no precisamente a favor de la República, sino más bien, a favor de la mentira de la historia sobre la República. Al lado del político encontramos al intelectual y su caterva débil de sumisos. Se trata de un interés: escuchar y bailar con el que puede, tiene y debe. Se trata de una pragmática de acceso al poder que se precisa y que se quiere constituir como estrategia y productividad.

Las críticas al discurso sobre la nación se han apoyado, hasta ahora, en una historia constituida por enunciados, documentos, presencias poderosas, retratos, biografías, tablas estadísticas, contables y otras "cajas de ahorro" de los historiadores. Sin embargo la República está ahí, en su mismo sitio, estado, orden irreal y amago ¿Cuál ha sido entonces su verdadera crisis? La crisis de su pensamiento. La crisis de su sentido social y cultural. La crisis de su intelectualidad.

Si por un acto fallido o involuntario asociamos crisis a crítica, el uso de esta interpretación sería costoso en el discurso de la historia crítica y en la crítica de la ideas. Pues en la República Dominicana el "ejercicio del criterio" ha sido atravesado por "la miseria de la razón cínica". Normalmente el intelectual liberal o neoliberal dominicano, ha creído, en su arrogancia, que toda la crítica al poder ha sido y debe ser la crítica a un gobierno de turno. Participa gran parte de nuestra intelectualidad de esta falsa creencia, no sabiendo que la razón política no surge de un acuerdo, sino de la diferencia. Pues sabemos que en el mundo de ayer y en el

mundo de hoy existen hombres que tienen poder y hombres sin ninguna posibilidad de poder.

Pero precisamente esa es la ventaja del político y del intelectual denominado político. Mediante algunas estrategias sociales y de vida, la "novela" de un Estado o un gobierno quiere ser siempre una narrativa única justificada en una arquitectura de perplejidades sociales y equívocas del lenguaje. El rol instruido de una dualidad obliga a una salida eficiente de autoridad y respeto.

Y es justamente allí donde aparece el "pensador", el que quiere organizarle al poder su trama de verdad y de mentira. Si la razón en el caso de un espacio vulnerado se vuelve también vulnerable, ello obliga a la llamada ética, a la "decencia" de la tortura y el chantaje. Todo lo que la llamada crítica ha querido decir en el país, ha quedado muerto entre los bastidores de un teatro de la mezquindad y el abolengo de una falsa razón histórica.

Sin embargo no ha sido la crítica la única irresponsable. La misma inscripción ética, política y social del narrador, el poeta, el ensayista, el cronista, dramaturgo y otras especies intelectuales del país, han desinstituido el levantamiento estratégico equivocando de tiempo y de lugar sus narrativas. Se trata, pues, de una ausencia y un obstáculo aún más profundo. Lo que ha querido decir la literatura, la escritura y la política es su desanclaje cultural, su no-decir-desde el lenguaje. ¿En cuál sentido se puede hablar de una intelectualidad dominicana?

El término *intelectual* ¿Es una impostura, un artificio aristocrático? ¿Es una trampa ideológica de tipo oficial u oficiosa? ¿Por qué en la República Dominicana el intelectual se cree diferente como sujeto social? ¿Cuál es el origen de dicho obstáculo o prejuicio?

Responder estas preguntas implica responder a toda la historia de la erudición política, económica, literaria, cultural e institucional del país. Pero además implica desmontar todo el andamiaje y la construcción de una retórica de la autoridad amparada en los recursos del discurso de Estado.

Lo que el escritor ha querido revelar desde su historia individual en el país es su visibilidad "invisible" a la mirada social. Los cuerpos conductores



del sentido no han sabido reconocer el tiempo de la historia y la escritura. Y sucede entonces que la misma narración ideológica desvinculada produce su adherencia al poder.

En nuestro caso, no se trata solamente del poder, sino de los poderosos. De aquellos que facilitan a cierto intelectual o intelectuales su sentido de oportunidad y "crecimiento". Se trata de aquel que le escribe a los poderosos para que le autoricen su sentido social y burdamente ético. Al "morir" la escritura crítica en la República Dominicana de hoy, podemos observar que asistimos al derrumbe de un cuerpo intelectual y a la ascensión de otro más poderoso: el del político dominicano.

Desde una travesía cada vez más oportuna para la relación entre política y literatura y política y cultura, encontramos que el tema de los intelectuales y el poder es un tema para algunos, manido y para otros, verdaderamente crítico y significativo. Sin embargo esa ha sido la *contradictio* que ha generado toda la historia (¿articulada o desarticulada?) del saber de lo político y el saber del político en el bajo y en el alto occidente, en el oriente continental, en el oriente subcontinental y en el oriente medio.

En el mundo de hoy los caminos del intelectual y del político quieren encontrarse en un solo impulso: el de la complicidad. Se trata de entender cuál es más perverso de los dos; cuál es la responsabilidad de ambos en ese mismo impulso. Se trata de interpretar cuál es el complemento, cuál es la línea que los ata y a veces los desata para volver a su atadura necesaria. Se trata de entender la miseria de la razón política en sus discursos predominantes.

Desde ese contubernio se ha creado una cardinal del sentido político y cultural que no termina de definirse como campo de figuras sociales, dictaduras de procedimientos, manipulación de relatos, ocultamientos implícitos o explícitos, retóricas políticas y toda una pintura de elementos atípicos y discordantes reveladores de una evidente y ya advertida crisis de la conciencia dominicana.

En la República Dominicana se observa desde 1961 cierto caos en las interpretaciones sobre el concepto de nación. La aventura de lo nacional ha hecho equivocar proyectos y producciones culturales que han creído

defender artistas, escritores e intelectuales, defensores de ideas que, en sus diferentes registros, han querido defender un modo de construcción político, económico y cultural.

La República Dominicana, la nación dominicana, no es lo que las dictaduras y neo-dictaduras dominicanas han aprovechado para sus proyectos "estables" y gubernamentales circunstanciales. Lo que se ha hecho con el juramento trinitario, históricamente utilizado en sus ejes patrióticos, culturales y filosóficos, es manipular su sentido teleológico y político. A lo largo de toda la producción de ideas patrióticas y discursos históricos, se ha observado la manipulación como figura y tópico principal del discurso político y cultural de raigambre oportunista.

De ahí que la crítica practicada en la República Dominicana no haya tenido un lugar feliz en el escenario de la modernidad y la transmodernidad.

¿Cómo se han valorado los archivos culturales, los intertextos políticos, los documentos de barbarie de la política dominicana desde los primeros años de fundación de la nación?

¿Cómo ha hablado y desde cual *positio* se ha pronunciado la intelectualidad dominicana de los últimos 30 años?

¿Quién ha criticado lo político desde la política o la política desde lo político?

No hay en este contexto de preguntas un discurso, o una narrativa teórica que no esté dañada por la miseria misma de su base monodialógica. Las advertencias de una ceguera de las estructuras confirman el espacio dudoso y malintencionado del productor de sentido. Se trata entonces de un camino de fracturas y de un espacio cultural averiado por estrategias difundidas para "controlar" la cultura-movimiento en su arraigo histórico y nacional.

Revisar ese discurso es un asunto de estado de derecho. Destruir los ejes y fórmulas de esa travesía es transformar la superficie y profundidad de un pacto violado históricamente por las funciones de autoridad creadas por el yo del político.

Existe una tendencia a la disfuncionalidad de las prácticas y los discursos políticos que han sido utilizados a todo lo largo de la travesía cultural del país. Precisamente cuando se pretende instalar la maquinaria

gubernamental mediante la estructura jerárquica usada como nombre, puesto o función, asistimos al desfundamento y la desinversión de medios, estrategias de producción y acción en el conjunto sociocultural.

Ciertamente, quien ha dominado y predominado en toda la travesía política del país es el político y su sentido de oportunidad o penetración en el orden del poder. En este contexto, el intelectual ha sido y es el emisario, el consejero, el numerario, el de las viejas y actuales promesas de desarrollo, en fin, el modelo de "intelligentsia" conformado para decidir por la nación.

Así las cosas, lo que surge de dicho modelo es la negación del *ethos* cultural; la manipulación de un escenario y una arquitectura social que en la tardomodernidad se convierte en destrucción de la razón política. La miseria del discurso intelectual dominicano está en su fundamento teórico y en aquella casuística amparada en una falsa comprensión del documento y la llamada verdad histórico-cultural.

No se puede decir que la crítica literaria y cultural no existen en la República Dominicana. Lo cierto es que una afirmación como ésta carece de fundamento empírico. Lo que sí se puede afirmar es la precariedad conceptual, epistémica y ética de la misma, habida cuenta de la pobreza y el raquitismo existente en la explicación histórica, política y cultural. Gran parte de la llamada crítica dominicana obedece a los pedimentos de una intelectualidad canalla y de un "Estado canalla" (Chomsky, 2001), ambos protegidos por las diversas y conocidas máscaras del cinismo ilustrado y la visión político-cultural tardomoderna y postilustrada.

Al hablar de la crisis de la intelectualidad dominicana, debemos entender que gran parte de la misma se afianza en una inconducta epistemológica, justificada en un crescendo cada vez más avasallante de esa política del pensamiento que, en el caso dominicano, avanza en direcciones desarticuladas de lo político, lo económico y lo cultural. Se trata entonces de la cardinal que une la intelectualidad al poder y el poder a la intelectualidad.

La República Dominicana ha sido removida, cuarteada, fragmentada, desconstituida, contrarrelatada, desinvertida, negociada, repartida por su intelectualidad conformada por el político y el escriba. La nación



ha sido burlada, sometida por construcciones discursivas que se han pronunciado y se pronuncian en los momentos más críticos de su desarrollo. El foco de unidad de nuestro pensamiento ha sido la disfuncionalidad de las diversas técnicas de la interpretación y los diferentes mundos de relación de un marco de trabajo, donde la conocida *intelligentsia* dominicana ha logrado imponer y configurar los registros y modos de dominación del país. El mismo ha sido utilizado como imagen y muestra de lo inviable y lo pasivo.

La pareja constituida por el político y el intelectual, ha ganado mucho terreno en el orden sociocultural y socioeconómico. Las tensiones, asincronías burocráticas y defecciones que ha producido en muchos casos la función intelectual en la República Dominicana, conlleva a una pérdida de la defensa cultural y política de la democracia, de los derechos de la sociedad constituida por sus miembros o sujetos de derecho.

Lo cierto es que no existe sociedad en el momento actual que no produzca el discurso de la resistencia cultural. No hay sociedad que no se estime en sus derechos inalienables. Lo que construye el discurso alienizador de gran parte de nuestros políticos e intelectuales desde su vía negativa y hasta contradictoria, es la ética de la disidencia y la poética de la cultura-movimiento.

Cabe destacar que los diversos contextos, universos narrativos, poéticos, culturales, expresivos y textuales, pronuncian desde el texto literario, político o cultural, una contradicción que ha atravesado todo el orden jurídico, social e ideológico de la República: la mentira de la interpretación histórica y cultural.

De ahí que lo que se dice sobre la nación no es justamente lo que es la nación. Quien representa el poder de la nación no es la nación. Quien negocia las políticas de la nación no es la "verdad" ni la "representación" de dicha nación. Lo que se ha constituido como nivel tutelar de la República no es la República. El contrarrelato de una crítica en movimiento es lo que aspira a constituirse en discurso democrático en la visión dialógica o polilógica de la nación.

La contaminación de una política de la cultura y una cultura de la política o de lo político ha permitido que nuestro concepto de nación

haya sido vapuleado, negado, manipulado y pervertido por el enunciado-función, por la voz artificiosa del discurso político dominante. Decir en este contexto del desarrollo institucional público y privado que la "palabra política" sobre la nación no tiene su pleno derecho y su plena significación histórica, implica leer lo social, lo político y lo moral como mediaciones del mundo histórico dominicano.

La crítica, en este sentido, debe nacer como resistencia y transformación, como diálogo, dia-logos, como logos que busca y se busca en la travesía del silencio y la palabra. En este sentido, el intelectual y el político, el intelectual político y el Estado político que apoya o rechaza la dialéctica de lo social, son las figuras de un orden que se inscribe y se busca en la autoridad, en el cuerpo y la función explícita del poder y el Estado autoritario.

# De Wright Mills a Norberto Bobbio: la conducta intelectual

José Rafael LANTIGUA \*

El rol del intelectual frente al poder es un tema que siempre regresa a las mesas de trabajo de escritores, filósofos y científicos sociales, sobre todo cuando urge aclarar vaivenes y apostasías, y, cuando al examinar los vericuetos de la movilidad social y cultural en cualquier sociedad, advertimos la necesidad de originar algún tipo de reflexión sobre el tema.

Eso intentaré hacer esta mañana de manera breve, puesto que se trata de un tema que origina y provoca hondas y largas reflexiones.

\*Moca, 1949. Poeta, ensayista, crítico literario y publicista. Dirigió de 1983 a 2003 el suplemento literario *Biblioteca*, (*El Nuevo Diario*, *Ultima Hora* y *Listín Diario*). Director de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo (1997-2000). Director de la Colección Cultural Codetel. Director del Centro de Estudios de la Cultura de la Fundación Global Democracia y Desarrollo. Ha recibido distintos galardones: Premio Nacional de Ensayo con motivo del Centenario de Duarte, en 1976; Escritor Distinguido, Ateneo Dominicano, 1977; Joven Sobresaliente de República Dominicana, Jaycee's, 1980; Círculo de Plata de los Jóvenes Sobresalientes, 1990; Mocano Distinguido, 1980; Premio Nacional de Periodismo, categoría Patrimonio Cultural, Club de Prensa Extranjera, 1980; Caonabo de Oro, Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores, 2000; Premio de la Academia, de la Academia Dominicana de la Lengua, en su primera edición, 2003; Medalla Pro Cultura, Ateneo Amantes de la Luz, 2003; y, Premio Narciso González 2003 al Intelectual del Año del Taller Literario Virgilio Díaz Grullón, Santiago, 2003. Ha publicado: *Domingo Moreno Jimenes, biografía de un poeta* (1976), *Sobre un tiempo de esperanza*, poemas (1982), *Hacia una revalorización del ideal duartiano*, Premio Nacional de Ensayo Concurso Centenario de Duarte, 1976 (1985), *Semblanzas del corazón* (1985), *La conjura del tiempo* (1994), *El oficio de la palabra, entrevistas literarias* (1995), *Duarte en el ideal* (1999), *Islas en el sol, antología del cuento cubano y dominicano* (en colaboración con Francisco López Sacha, 1999), *Buscando tiempo para leer, los 10 derechos del posible lector* (2000), *Miroir de la Caraïbe, douze poètes de Saint-Domingue* (Ed. Les temps de Cérises, Paris, 2000), *Semblanzas del corazón, memorias y nostalgias* (2001), *Los júbilos íntimos* (2003).



Quizá sea el italiano Norberto Bobbio uno de los intelectuales que mayor interés ha puesto sobre este tema, ciertamente espinoso, urticante y muchas veces muy difícil de aclarar del todo. El más importante sociólogo norteamericano de todos los tiempos, Wright Mills definía a los intelectuales como aquellos "que se ocupan de ideas, de reminiscencias del pasado, de definiciones del presente y de imágenes de posibles futuros". Mills entendía que los intelectuales "por su mismo trabajo de pensar en dimensiones históricas pueden a veces ver más allá del común de la gente".

En esta dimensión, estamos obligados a establecer cinco fundamentales premisas: quiénes son y qué hacen los intelectuales; evaluar las diferentes interpretaciones sobre la función política de los intelectuales; cuál es el tipo de actividad política que deben desarrollar los hombres de cultura; cuáles son los instrumentos de acción política que tienen que ver con la cultura; y cuáles son, dentro de este último contexto, las razones que distinguen la función política de los intelectuales de la acción política de los políticos.

El examen de estas premisas nos llevará necesariamente al conocimiento exhaustivo de la relación entre política y cultura. Digamos de entrada que el intelectual no puede ser enmarcado al margen de su propia naturaleza como hombre y como ente social, en consecuencia, como cree Bobbio, no puede ser nunca entendido y explicado como una figura metahistórica, sino como un ser que nace, se desarrolla y se transforma en un determinado contexto histórico. De aquí que no podamos ofrecer una respuesta imperativa, de carácter absoluto sobre los intelectuales. Lo importante, lo clave, es discutir sobre cuál intelectual sirve en relación con qué política. De este modo nos encontramos de frente con la célebre antinomia weberiana: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Y nos coloca frente a los criterios tipológicos sobre los diferentes poderes: el económico, el ideológico y el político, es decir, el poder que deriva de la riqueza, del saber y de la fuerza, tipología que como explica Laura Baca Olamendi debe considerarse como un elemento constante en las teorías sociales contemporáneas y por tanto nos permite tener presente que a diferencia del poder económico y del poder político, el poder

ideológico tiene una importancia social por el hecho de que ha sido ejercido por los más diversos sujetos: por los sacerdotes en las sociedades tradicionales, por los literatos, los científicos, los técnicos y por los llamados "intelectuales" en las modernas sociedades secularizadas.

Los intelectuales son expresión de la sociedad en la cual viven y, en este sentido, es posible verificar un vínculo estrecho entre el intelectual y su tiempo. La relación pues, entre política y cultura, obliga a identificar diversas figuras del intelectual, cada una de las cuales reflejará una específica relación con el poder político. Norberto Bobbio divide a los intelectuales en cuatro grupos: el intelectual puro o apolítico, el intelectual educador, el intelectual revolucionario, y el filósofo militante.

*El intelectual puro* tiene como norte el no-compromiso, o sea adopta una actitud de rechazo absoluto en su relación con el poder, proclamando un desinterés total por participar en la política. Los más importantes representantes de este grupo son Julien Benda y Romain Rolland, pero también se insertan en el mismo Benedetto Croce y Max Weber. Recordemos el famoso libro de Benda, *La traición de los clérigos*, donde condena a los intelectuales fascinados por la política.

Como ejemplos de *intelectuales educadores* podemos citar al alemán Karl Mannheim y al español José Ortega y Gasset. El primero inauguró, hacia 1929, la reflexión sobre la sociología del conocimiento, donde consideraba que la función política de los intelectuales era a su vez teórica y práctica. Ortega funda la concepción que distingue entre las elites intelectuales, a las cuales corresponde la dirección de la sociedad, y las masas, cuyo destino es hacerse conducir por lo que él denominaba "una minoría de espíritus visionarios".

*El intelectual revolucionario* por excelencia es Antonio Gramsci, que es su teórico más relevante y que privilegia la figura del intelectual participante en el poder político, estableciendo una identificación absoluta entre cultura y política. Esta corriente tiene como característica básica el compromiso total del intelectual con la política. Gramsci crea el concepto del *intelectual comprometido*, que tuvo tanta vigencia durante los años de la Guerra Fría y que ha caído en desuso en los últimos años.



Como ejemplo de *filósofo militante* debemos hablar del italiano Carlo Cattaneo. Este tipo de intelectual se caracteriza por considerar oportuna y lícita su participación política en cuanto hombre de cultura, pero que considera, a diferencia de los demás, que tal ejercicio político es diferente del que llevan a cabo los políticos. Son antagonistas naturales del poder, partiendo de la tesis de que existe una separación entre teoría y práctica. Bobbio los califica de ser intelectuales que quieren ser protagonistas y construir una historia diferente, persuasores, esencialmente provocadores del disenso.

Como podemos ver, el cuadrante tipológico del intelectual nos ofrece una perspectiva definitoria bastante compleja, pues los hombres de ideas, los hombres de pensamiento, los hombres de cultura, construyen un universo de haberes disímiles que apenas nos permiten situar pareceres y distinguir razonamientos dentro de una amalgama difusa y contradictoria.

Ahora bien, cuando nos vamos al otro lado de la esfera, encontraremos que históricamente el poder establecido siempre ha sentido temor de los intelectuales a pesar de que todas las sociedades y sistemas necesitan de la crítica y del análisis de ellos. Empero, hay que tomar en cuenta un aspecto concreto de esta realidad. Cuando el poder está legitimado, cuando se parte de un poder nacido del consenso y la decisión mayoritaria de la sociedad, ese poder se constituye necesariamente en la posibilidad que tienen hombres y mujeres en un contexto histórico-social de decidir en qué tipo de sociedad quieren vivir, bajo qué aparato político, bajo qué organización económica han de desarrollar sus potencialidades.

El poder en sí no es bueno ni malo, como afirma Gabriel Careaga. Sólo adquiere sentido por la decisión de quien lo utiliza. Ni siquiera es por sí mismo, constructivo o destructivo, tan sólo ofrece todas estas posibilidades, al estar regido esencialmente por la libertad.

Podemos interpretar pues que el poder puede ser, en determinadas circunstancias y mediante condiciones y estrategias que no vulneren las esencialidades del quehacer intelectual, una forma de moldear la realidad para rescatar la identidad propia y colectiva y conducir, en libertad,



un proceso de mejoramiento de las instancias sociales y políticas. En este sentido, el intelectual puede perfectamente abrirse al diálogo con el poder como forma de reconquistar espacios perdidos y reorientar la conducta pública, el hecho social, la mira ética de los valores que entran en juego en la esfera del poder político.

Naturalmente, ha de tenerse presente que hay ciertas condiciones que resultan inherentes al ser intelectual y que no deberían ser modificadas en el proceso de diálogo, interacción o inserción del intelectual con las estructuras de poder. Afirma Walter Mauro que "ni siquiera los atentados contra la propia dignidad humana llegan a convertir a los escritores en adultos y circunspectos, sobre todo a los poetas; existe en estos cierta condición de carácter virginal que les deja completamente indefensos frente al potencial de prevaricación del poder... Es la literatura, la fantasía poética, el rescate de la imaginación. El 'precio de la palabra' se yergue en defensa de la propia precariedad 'política', como alternativa de la honradez frente al engaño, como antídoto de la propia recuperación ante el universo disoluto".

Los intelectuales ciertamente, y debemos dejar clara constancia de ello, pueden contribuir a enrarecer las miras intelectivas de un proceso político al manejarse con torpeza o con acomodamiento a circunstancias específicas. Pero, frente a esa enajenada forma de desprendimiento del rol intelectual, desde su óptica orientadora, se levanta otra ola de intelectuales que ennoblecen, a veces hasta con el sacrificio, esta honradora y edificante tarea. Las situaciones históricas nunca son estáticas, y por eso cuando a causa de una desorientación o acomodamiento intelectual se produce el desgaste de las instituciones y la conciencia humana sufre un severo deterioro, se hace urgente una transformación en los individuos que ejercen como escritores, pensadores, poetas o filósofos, para, a tono con el espíritu gramsciano, inyectar un sentido de compromiso, o de acuerdo con las reflexiones orteguianas pasar de la teoría a la práctica, utilizando la imaginación para racionalizar el uso del poder y modificar las instituciones sociales.

En los peores años del stalinismo, la voz y la letra de Solzenitzin salva la entonces endeble intelectualidad rusa del colapso, denunciando en sus

obras la 'lógica de la arbitrariedad'. En plena ortodoxia en la Checoslovaquia de finales de los sesenta, se levanta la voz del poeta comunista Nazim Hikmet sentenciando en el Congreso de la Unión de Escritores que "el escritor puede y debe decir al político algo que aún no ha nacido, algo que ha llegado a intuir y a cosechar en el transcurso del tiempo, y que por tanto, su tarea no debe limitarse a ilustrar tesis ya conocidas". Ciertamente es que poetas de la talla del norteamericano Ezra Pound se colocan abiertamente al lado del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, pero al frente se encuentran voces de una intelectualidad que emprende el vuelo de la esperanza contra los totalitarismos de todo tipo: Carlo Levi, Neruda, Alberti, Ilia Ehrenburg, James Baldwin, Alberto Moravia, Eugenio Montale. (Neruda erró el tiro cuando compuso su famosa 'Oda a Stalin', pero sin dudas fue un abanderado de la represión totalitaria).

Desde luego, los intelectuales yerran a causa de imperativos históricos. En una Europa sacudida por el nazismo, los intelectuales buscan refugio en lo que consideraban el universo liberador del marxismo, para encontrarse entonces con la dura represión stalinista que abrió heridas casi incurables. Cuando los escritores sufren el sobresalto de conciencia que provoca el torpor ideológico, y el artista ve frenada su creatividad, amenazada su libertad creadora, invadida su intimidad, se abre esa intelectualidad frenada en las voces de Paul Eluard, Aragon, Alberti, Neruda, Quasimodo. Los intelectuales dominicanos, hartos de las luchas monotonas y de la infértil realidad de sus días, se acogen a las proclamas del Brigadier y rubrican su cruenta dictadura. Algunos los hacen de principio a fin, otros van alejándose en el proceso, alguno más, como Peña Batlle, se ve obligado a abandonar su postura opositora para plegarse a la nueva realidad. Pero, al frente, está la intelectualidad incólume de Américo Lugo que pasa a la historia como ejemplo de dignidad y decoro.

Consideremos brevemente la situación de los intelectuales en Europa, que atraviesa hoy por un momento crítico. No es la primera vez que esta situación ocurre. A lo largo de la historia europea ha habido períodos en que las crisis del pensamiento político han acarreado dificultades en el

comportamiento general. Las persecuciones antisemíticas de la Edad Media, debidas a causas diversas, coincidieron también con perturbaciones en el pensamiento europeo acerca de la relación entre el poder eclesiástico y secular, entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre.

La emancipación de los judíos en los siglos XVIII y XIX, coincidió con el viraje del absolutismo a las teorías del republicanismo y la democracia.

Hoy en día, los europeos atraviesan por lo que algunos intelectuales llaman un 'período de estribo': superada la Guerra Fría se inicia —según las afirmaciones de algunos— una nueva edad de las tinieblas.

La Guerra Fría dio lugar a la omnipresencia de las ideologías y las pasiones políticas, y la relativa ausencia de un pensamiento político serio, entendido como la reflexión disciplinada e imparcial acerca de una experiencia claramente política.

¿Qué fue lo que sobrevivió a esa 'decadencia intelectual'? Nombres específicos: Isaiah Berlin, en Inglaterra; Raymond Aron, en Francia; y, Norberto Bobbio (llamado el "Papa del pensamiento democrático liberal" por Francisco Umbral), en Italia. Y tal vez, algunos más.

Estos intelectuales asumieron una actitud reflexiva independiente y alejada de pasiones políticas o ideológicas y, aunque debido al entonces irresistible atractivo del marxismo y el estructuralismo con todas sus variantes, la irreverencia de estos pensadores en el debate intelectual se vio muy limitada, al final, pasada la contienda ideológica, fueron los únicos que sobrevivieron.

El alejamiento intelectual que se produce hoy en Europa, respecto de la reflexión política, parece un reflujo de lo ocurrido durante la Guerra Fría. Los intelectuales europeos occidentales de hoy dejaron morir muy rápida y silenciosamente la debatida propuesta del Estado-Nación.

La Unión Europea todavía es vista con recelo por importantes sectores intelectuales. El foco de la reflexión intelectual sobre la política europea es hoy, pues, muy ambiguo. Refiero la sentencia de un intelectual 'maldito', poco conocido entre nosotros, Joseph de Maistre, quien afirma lo siguiente:

"Todavía no he conocido a un intelectual europeo: conozco intelectuales franceses, italianos, alemanes; hasta he escuchado rumores de que existen intelectuales ingleses, pero intelectuales europeos, no existen".



De manera que, a pesar de que los intelectuales actúan desde sus capillas nacionales y adoptan posturas típicamente nacionalistas, la idea del Estado-Nación como forma concreta de vida política, no constituye un tema importante para los pensadores de Europa Occidental hoy día. Ellos han dejado de pensar en serio sobre la función política de los Estado-Nación, pero también hace rato que abandonaron la posibilidad de responder a la premisa renaniana de qué es una nación.

Tal vez, la debacle de los Balcanes a fines de los noventa, y la respuesta penosamente lenta de Europa Occidental a las amenazas de desplome y hasta de genocidio político en la zona, han tenido que ver con esta parálisis intelectual.

Hemos querido mostrar muy brevemente este escenario de la intelectualidad europea para que comprobemos cómo funciona el aparato de las ideas en esa parte importante y señalizadora del mundo contemporáneo.

Decía James Baldwin que "la tarea de un escritor está implicada en el problema de la conciencia del pueblo. El pueblo lo engendra: él proviene del pueblo, el pueblo puede incluso no reconocerle, pero tiene necesidad de él". Los tiempos actuales exigen nuevos compromisos y nuevas revisiones del rol del intelectual frente al poder. Hay que vertebrar un sistema de acopio intelectual que una la realidad con el discurso de deseo, que construya el plasma de la fantasía y el hecho social, esa zona donde el arte se confunde con la vida y se hace la vida misma. Cree Witold Gombrowicz que la poesía hoy "exige la ingenuidad del niño, pero también la astucia y la listeza de quien debe conocer los límites de la vida y de la historia, o sea que lo más importante es ser hombre antes que poeta". Sin embargo, como afirma Jean-Paul Sartre, hay que evaluar hasta qué punto la literatura puede salvar la distancia que la separa de la vida. Esto quiere decir que para cambiar la vida del hombre es necesaria una reelaboración, una reestructuración de la sociedad que fatalmente deja a la literatura en segundo plano. Y entonces es tarea del escritor tratar de reducir la distancia que le aleja de la vida.

La política es una realidad concreta, contraria a la realidad de la imaginación. El escritor debe plantearse, desde su mira crítica, cómo insertarse en los tiempos actuales en los intersticios del poder para producir en ese terreno las modificaciones esenciales a la realidad que lacera la vida, los haberes y las esperanzas de las mayorías. El rol del intelectual es sin dudas de elite, pero su misión es de masas, es orientadora, edificadora y, debe ser, ¿por qué no?, constructiva, concretamente aportadora. Un buen intelectual y un buen político comparten objetivos comunes, el principal, la autorreflexión de la sociedad sobre sí misma. Cuanto mayor sea la densidad de la comunicación y de la reflexión en una sociedad, tanto mayor será su capacidad de autodeterminación colectiva.

Yerran los intelectuales cuando abrazan, en pos de intereses personales, el discurso de la codicia política. Cuando el intelectual se suma a derroteros que niegan el progreso social o retrasan la mejoría institucional, o buscan justificar desvaríos partidarios o de liderazgos políticos, colocando su letra al servicio de estrategias falsificadas, reñidas con la ética, no sólo niega su condición sino que deshace su propio discurso intelectual o literario. El intelectual, en cualquier época, está obligado a decir la verdad ante el autoritarismo, la exclusión o la intolerancia, sea ésta política o ideológica. Julia Kristeva tal vez haya pasado de moda, pero en uno de sus libros afirma una verdad tan contundente como la siguiente: "La cultura en tanto rebelión crítica, nacida en la Grecia antigua y desarrollada hasta los años sesenta, ha desaparecido. Los intelectuales debemos volver a crear una cultura de la rebelión. Hemos de conservar la realidad psíquica, cultivando la memoria y la subjetividad... Si no deseamos convertirnos todos en robots o ser reducidos a una técnica de *zapping*, tenemos que guardar esa memoria, leerla, interpretarla, analizarla a la luz de nuestras experiencias presentes, dándoles continuidad a través de la creación".

"Toda vez —decía el ya citado Wright Mills— que se presenta a los intelectuales la oportunidad de hablar y no lo hacen, engruesan a las fuerzas que adiestran a los hombres para no pensar, imaginar ni sentir en forma moral y políticamente adecuada". En este pensamiento se

condensa probablemente el aspecto crucial de la relación del intelectual con el poder, que no debe ser otra que la defensa de la verdad y la orientación firme sobre la realidad concreta.

### Bibliografía consultada

1. Norberto BOBBIO:  
*Diálogo en torno a la república*", Barcelona, Tusquets, 2002,  
*Igualdad y libertad*, Barcelona, Paidós, 1993,  
*Teoría general de la política*, Editorial Trotta, 2003,  
*Autobiografía*, Madrid, Taurus, 1998,  
*Crisis de la democracia*, Barcelona, Ariel, 1985,  
*Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus, 1995
2. Gabriel CAREAGA: *Los intelectuales y el poder*, México, Sep/Setentas, 1972,
3. Walter MAURO/ Elena CLEMENTELLI: *Los escritores frente al poder*, Barcelona, Biblioteca Universal Caralt, 1975,
4. Laura BACA OLAMENDI: *Bobbio, los intelectuales y el poder*, México, Editorial Océano, 1998,
5. Laura BACA Olamendi/Isidro H. CISNEROS: *Los intelectuales y los dilemas políticos en el Siglo XX*, Tomo I, FIACSO/Triana Editores, 1997.
6. Revista *Letras Libres*, No. 52, México.



# Una elección sin dudas: la ética como única acción

Mu-Kien Adriana SANG-BEN\*

## 1. Un poco de historia para no olvidar

"...Usted ha contemplado con el interés del amigo el estado de mi alma y la ha visto enferma; ha examinado mi corazón, y ha descubierto en él una herida profunda que jamás podrá cicatrizarse; ha comprendido, ha adivinado, todas mis decepciones, y se ha conmovido; ha querido proporcionar un alivio a los sufrimientos de mi espíritu y sin quererlo, ha levantado un extremo de la lápida que cubría todas mis ilusiones..."

Ulises Francisco ESPAILLAT

Estas palabras fueron escritas por Ulises Francisco Espaillat en 1876 a su amigo Gregorio Luperón, una vez volvió a Santiago, su ciudad natal,

\*Santiago de los Caballeros, 1955. Licenciada en Educación (UCMM, 1978). y doctora en Historia de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París (1985). Fue Directora Ejecutiva de la Oficina de Desarrollo del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), así como oficial de Comunicación e Información del Programa de Naciones para el Desarrollo (PNUD) en República Dominicana, directora ejecutiva del Proyecto para el Apoyo a Iniciativas Democráticas, financiado por la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID), con el respaldo y la orientación de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), donde actualmente labora como funcionaria y profesora. Ha publicado: *Ulises Heureaux: biografía de un dictador* (INTEC, 1987); *Buenaventura Báez: el caudillo del sur (1844-1879)* (INTEC, 1992); *Una utopía inconclusa. Espaillat y el liberalismo dominicano del siglo XIX* (INTEC, 1997, Premio Nacional de Historia 1998), *Historia dominicana ayer y hoy* (Susaeta, 1999, Premio Nacional de Didáctica, 1999). Coautora, junto a Juan Daniel Balcácer, Frank Moya Pons y Soledad Álvarez, de *El siglo XX dominicano* (CODETEL, 1999), *La política exterior dominicana (1844-1961): Tomo I Caminos transitados. Un panorama histórico*, II *La política exterior del dictador Trujillo (1930-1961)*, y III *Disposiciones legales en política exterior (1900-1930)* (SEREX, 2000, Premio Nacional de Historia, 2000), *La política exterior Dominicana (1961-1974): 13 Años de política exterior. Apuntes para un nuevo enfoque* (I) (SEREX 1999), *La política exterior dominicana: del caos al abandono (1961- 1974)* (II) (SEREX, 2002), *¡Yo soy Minerva! Confesiones más allá de la vida y la muerte* (2003). Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.

cuando se vio en la necesidad de renunciar al poder, producto de los múltiples movimientos armados y de protestas. El hombre inteligente, que tenía propuestas para todos los males del país, regresó frustrado, herido y profundamente triste a su casa. Guardó en el más lejano rincón de su vivienda y su memoria sus cientos de fórmulas salvadoras de la calamitosa situación económica, social y política que vivía su República Dominicana de entonces.

Este hombre singular vivió su vida entera intentando contribuir al desarrollo de su país como intelectual y como político primero. Espaillat fue un activo militante en las filas liberales. Por eso no dudó en participar de forma activa en los aprestos de su grupo de crear un nuevo marco jurídico nacional. Una nueva Constitución, para que fuese más acorde con la necesidad de transformar la realidad nacional. En agosto de 1857 fue designado miembro de la comisión redactora del decreto de convocatoria de la Constituyente y para diciembre de ese año fue electo diputado por Santiago en el Congreso Constituyente de Moca. El resultado de este proceso, ya lo sabemos, fue la creación de la Ley Fundamental dominicana más avanzada y liberal del siglo XIX. Los conservadores lucharon ardientemente por sustituirla, y por eso, Espaillat, alineado con sus partidarios fue firme en su defensa de la validez de esa Constitución liberal, asumiendo la dirección de la Junta Constitucional creada en Santiago con el firme propósito de defender la llamada Constitución de Moca. El movimiento fracasó, los adversarios eran más poderosos. La pieza fue sustituida por un documento esencialmente conservador y radicalmente diferente.

Las incorrectas decisiones del Gobierno de Anexión, provocaron el descrédito de sus dirigentes. La caída del Gobierno Español estaba anunciada. El movimiento restaurador que se inició formalmente en agosto de 1863, abrió de nuevo las puertas para que Espaillat se reiniciara activamente en sus afanes políticos. Participó como revolucionario destacado de la guerra restauradora, siendo uno de los firmantes del Acta de la Restauración en septiembre de 1863 y ocupando puestos relevantes en el Gobierno Revolucionario, como la vicepresidencia. Triunfó la revolución, no así los liberales y el proyecto liberal. Buenaventura Báez aprovechó la confusión para capitalizar el escenario político. Ulises Francisco Espaillat enfrentó al líder rojo con todos

sus bríos. Combatió los proyectos anexionistas de los conservadores. Fue uno de los principales opositores del proyecto anexionista a los Estados Unidos de Báez. En 1876, aceptó, luego de rechazarla una y otra vez, la nominación presidencial. Ganó arrolladoramente. Prestó juramento el 29 de abril del 1876. En sus pocos meses de gestión abogó por el respeto a la Ley, única garantía, decía, de que la ciudadanía sintiera las verdaderas garantías de la convivencia mutua. Pero la algarabía duró poco. El pensamiento y la acción de Espaillet estaban muy adelantados para una sociedad dominicana con una cultura política tan atrasada. El 15 de julio de 1876, a menos de tres meses de haber asumido la Presidencia de la República tuvo que declarar el estado de sitio en varias provincias, entre ellas, su natal y amado Santiago. En octubre de 1876, después de fuertes enfrentamientos armados, y en procura de que no corriera más sangre, Espaillet decidió renunciar y asilarse en el Consulado de Francia. Con la renuncia de Espaillet, las rapiñas de la política criolla se encargaron del resto. Ignacio María González, Cesáreo Guillermo y Buenaventura Báez se dieron cita para subir, bajar, enfrentarse, derrocar y atacarse mutuamente. Como antes, y como siempre, los ascensos y derrotas, los juegos de culpas y disculpas estuvieron, una vez más, a la orden del día en la política dominicana.

Las huellas de esta terrible experiencia fueron tan grandes y profundas, que no pudo volver a ser el de antes. Decidió apartarse para siempre de la política. Se sumergió en el olvido de su ciudad natal. Las grandes propuestas para solucionar todos y cada uno de los males de la sociedad se convirtieron en pesadillas y lamentos que golpeaban sistemática y duramente su adolorida alma. Murió en 1878 de difteria. La muerte de Espaillet dejó profundas huellas en la intelectualidad liberal de la época. Había fracasado una esperanza.

## 2. Entonces ¿para qué sirven los intelectuales?

Después de reencontrarme con el ejemplo de Espaillet y de analizar la realidad actual, me surgen tantas y tantas preguntas ¿Cuál es el deber del intelectual? ¿Justificar? ¿Criticar? ¿Reconocer las verdades por encima de las preferencias personales? ¿Servilismo con el poder? ¿Distancia?".

Busqué caminos y reflexiones de otros:



Vargas Llosa por ejemplo señala lo siguiente: "Sí me parece una fórmula absolutamente exacta. Albert Camus decía una frase que ahora comparto absolutamente: cuando un problema pasa del plano político al plano moral es cuando realmente el problema puede empezar a resolverse. Yo creo que es absolutamente exacto. Los problemas políticos me interesan en cuanto plantean problemas de tipo ético..." Y agrega: "Un escritor puede ser siempre intelectualmente íntegro, y no recurrir en el estereotipo, en el cliché o en la pura mentira retórica para conseguir el aplauso de un auditorio..."

Humberto Eco, por su parte plantea que: "Sócrates desempeña su papel criticando a la ciudad en la que vive y, después, acepta ser condenado a muerte para enseñar a la gente a respetar las leyes. El intelectual en el que pienso tiene también ese deber: no debe hablar contra los enemigos de su grupo, sino contra su grupo. Debe ser la conciencia crítica de su grupo. Romper las convenciones... No creo que todos los intelectuales deseen llegar hasta ese punto, pero deben aceptar la idea de que el grupo, al que han decidido pertenecer, no les ame demasiado. Si les ama demasiado y les da palmaditas en la espalda, entonces es que son peores que los intelectuales orgánicos: son intelectuales del régimen..." Humberto Eco, ¿Deben los intelectuales meterse en política?

Pero fue Norberto Bobbio el que me ofreció mayores caminos. Desde que leí por primera vez a Norberto Bobbio, quedé marcada por su sabiduría, su formación profunda y su pluma inclemente, me envolvieron y me convirtieron en una seguidora suya. Hace un tiempo leí una entrevista que le hicieron. Me sorprendió la lucidez que mostró, a pesar de sus muy entrados noventa y tantos años que tenía en ese momento. Me parece que falleció en estos días, pero lo cierto es que Norberto Bobbio es y seguirá siendo un baluarte de la intelectualidad universal.

*La duda y la elección. Intelectualidad y poder en la sociedad contemporánea*, una de sus últimas obras, fue escrita en 1993 en italiano, su idioma materno, y cinco años después fue traducida al español. Me llamó poderosamente la atención uno de sus capítulos: "Intelectuales y Poder", en el cual plantea que el tema de la intelectualidad, más que

sociológico o político, es ético. En sus palabras "es un discurso no sobre lo que los intelectuales son y hacen, sino sobre lo que deberían ser y hacer..." Bobbio establece una gran diferencia entre las personas que tienen una función técnica y las que pueden ser consideradas intelectuales. A las primeras, afirma, proporcionan "medios", mientras que las otras proporcionan "principios". Los primeros, afirma, son científicos, manipuladores de datos; los segundos son "sobre todo, humanistas, manipuladores de ideas". Los primeros ofrecen la información, los segundos, advierten sobre las consecuencias. Bobbio asume el principio weberiano de la ética de la responsabilidad.

Bobbio asume como suya, la clasificación que hizo Coser en su libro *Men of Ideas* de 1965. En esta obra, Coser agrupa en 4 las posibles relaciones de los intelectuales y el poder político, a saber:

1. Los intelectuales mismos están en el poder. Ejemplifica con hechos históricos como fue el caso de los Bolcheviques y los Jacobinos.
2. Los intelectuales ejercen su influencia sobre el poder manteniéndose fuera, mediante la elaboración de propuestas que podrían o no aceptarse, o como decía Gramsci, "son los nuevos mandarines".
3. Los intelectuales asumen la función de legitimar el poder constituido. Este fue el caso de la intelectualidad trujillista, que puso su saber al servicio del dictador.
4. Los intelectuales asumen una posición de crítica permanente al poder, pues por vocación, son los antagonistas del poder.

Bobbio agrega una quinta tipología, los que se sienten dioses, y no tienen nada que ver con el poder. Su sabiduría está por encima del bien y del mal, y tienen su labor creativa de espaldas a la sociedad. En sus propias palabras:

"Los hombres de cultura no deben tener pretensión de compartir con los políticos. Las últimas cuestiones que he sacado a la luz son cuestiones que sólo pueden tener una respuesta política. El deber del hombre de cultura, que no quiera permanecer indiferente al drama de

su tiempo, es el de hacer que las contradicciones estallen, el de desvelar las paradojas que nos ponen ante problemas aparentemente sin solución, el de indicar los caminos sin salida. El campo en el que se ejerce la acción política es la lucha, en última instancia siempre violenta y cruenta. Nuestro método es el diálogo... La antítesis entre violencia y diálogo corresponde al enfrenamiento histórico entre dos voluntades, la voluntad del poder y la buena voluntad. Si miramos la historia pasada no podemos dudar de que haya estado dominado por la voluntad del poder. Debemos, sin embargo, mirar con confianza la historia futura, ahora que tenemos la certeza —lo digo con fuerza: la certeza—, de que continuar en el camino hasta ahora seguido significa llegar a la catástrofe universal" (Norberto Bobbio, *La duda y la elección*).

Parafraseando una expresión célebre, el poder tiene sus razones, que la Razón (con r mayúscula) rechaza. De este disenso podría citar mil testimonios. Baste, sin embargo, con este párrafo de Plutarco sobre la vida de Pericles: "a mi juicio, la vida de un filósofo dedicado a la especulación y la de un político, no son lo mismo. El filósofo dirige su mente hacia fines nobles... el político debe poner la propia virtud en contacto con las bajas exigencias del hombre común."...El problema no es nuevo..." (Norberto Bobbio, *La duda y la elección*).

Lo cierto es que el debate del papel de los intelectuales viene desde los griegos. Sócrates afirmaba que el poder debía ser utilizado para el bien común (*Timos*). Platón, desde lo más profundo de sus convicciones, fue crítico de la democracia y la tiranía, y abogó por un gobierno de sabios. La estructura del Estado Occidental, dividido en poderes, fue producto de las brillantes mentes de Locke y Rousseau. La historia está plagada de ejemplos. Intelectuales que se han unido a movimientos revolucionarios para impulsarlos y darles coherencia, como fue el caso de Sieyes, quien después fue puesto a un lado y enviado al cruel olvido. O Arthur Koestler, que por ser crítico con el poder establecido, el mismo que él ayudó a levantar, fue enviado a la cárcel.

Escribo estas palabras sin saber exactamente dónde me llevarán. He defendido otras veces que la vida ofrece muchas alternativas para que la



gente haga productivos sus días. Unos nacieron con la habilidad de trabajar con las manos, otros con las palabras y la mente, a este grupo se le llaman intelectuales. En mi caso particular elegí el camino de las palabras. Utilizo la palabra hablada para conversar con mis alumnos en las aulas universitarias y trabajar con ellos en el redescubrimiento de su propia historia.

Lo que cuestiono y cuestionaré siempre es, y aquí asumo la posición de Weber sobre los conceptos de ética de la convicción y ética de la responsabilidad, si es correcto poner nuestros conocimientos al servicio del poder de forma servil. La primera, la ética de la convicción, indica, establece que el comportamiento público de un individuo, y ya no sólo el privado, debe adecuarse a las convicciones morales que mantiene; mientras que la ética de la responsabilidad establece que el comportamiento debe ponderar esas consecuencias antes de ser emprendido. Ambos conceptos no se rechazan, sino que se complementan.

Libertad y responsabilidad son, necesariamente, dos caras de una misma moneda. Asumir la ética de la responsabilidad, es ser capaz de responder libremente a algo ante alguien y querer hacerlo, porque la libertad y la responsabilidad son dos condiciones inseparables.

Al escribir todo esto me asaltan de nuevo muchas interrogantes. Me pregunto cómo es posible que hombres de ciencia hayan podido crear la atrocidad de la guerra atómica. O que otros seres llamados también científicos hayan podido diseñar las armas químicas. Es decir, creamos para auto destruirnos. Investigamos para matar y dominar. Me cuestiono constantemente, cómo la humanidad ha permitido, hemos permitido, que habiendo tantos conocimientos y siendo nuestro mundo tan rico no hayamos sido capaces de resolver el problema del hambre.

He visto también mentes brillantes que se han puesto al servicio del dinero. Pienso en el grupo de abogados que defiende al principal responsable del grupo empresarial que defalcó el país. Ellos, hoy defensores, fueron los mismos que hace unos años afirmaron y reafirmaron que este grupo estaba constituido por verdaderos malhechores. ¡Cuántas cosas hace el poder del dinero!

Unas reflexiones finales. Me valdré de Azorín, el intelectual español nacido en las postrimerías del siglo XIX (1873 –1967). José Martínez Ruiz, mejor conocido por el seudónimo de Azorín, fue uno de esos hombres de pensamiento que marcó su época. Su sagacidad y verbo explícitamente crítico lo hizo constituirse en un referente obligado, tanto de sus partidarios como de sus adversarios en su España natal. Fue también el creador del movimiento literario conocido como la “Generación del 98” que permitió la renovación de la literatura española de su tiempo. *El político*, su obra más conocida, fue escrita en 1908, es uno de sus grandes legados. Un pequeño libro lleno de verdades y reflexiones, escrito en un estilo “breve, preciso y claro”, como él mismo lo definió. La pequeña obra termina con un “Epílogo futurista”, que resume la conversación entre un alumno y su maestro. El maestro le dijo a su discípulo que hablar de la historia y los grandes problemas de la humanidad es mucho más fácil que hablar del honor. “Le he explicado a usted, decía el maestro, lo que eran las ciudades, los pobres, las fábricas, el jornal, las monedas, la cárcel y los fusiles, pero no puedo explicarle a usted lo que era el honor”. El alumno escuchó con atención y luego dijo: “Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres”. Es posible respondió el maestro.

Las verdades de *El político* de Azorín tienen vigencia casi 100 años después de haber salido a la luz. Como antes, la fuerza, y no la razón ni el amor a la humanidad, es lo que se ha impuesto al mundo. El honor continúa siendo un espejismo, pero más que todo una mentira.

Y vuelvo de nuevo con Espaillet para concluir. Es posible que hoy, después que el marxismo entró en crisis conceptual y práctica, una vez finalizada la Guerra Fría, iniciada la globalización, la nueva Guerra Santa contra el terrorismo mundial, no tengan mucho sentido los postulados de Espaillet. Es también casi una certeza que sus propuestas políticas, nacidas al calor de las luchas políticas del momento y producto de una República Dominicana de hace casi dos siglos, carezcan de validez en una actualidad convulsionada y en una realidad sometida al rigor y las exigencias de un mundo altamente tecnificado. La vida evoluciona, el pensamiento también. Sin embargo, el Espaillet ético, propositivo y crítico de

su herencia es intemporal. Y ahí, afirmo convencida, es que está la clave del papel intelectual: ser un referente crítico-ético de la sociedad. Y es justamente en este ejemplo de virtud humana y política donde radica la riqueza del ejemplo de Espaillat. Desapareció hace más de un siglo, pero aún sigue vivo hoy, como seguirá viviendo por siempre. La defensa de la ética, de la institucionalidad democrática, el progreso económico y social y la justicia y la paz son y seguirán siendo valores y principios, hitos e ideales imperecederos. La esperanza es un ejercicio cotidiano que nace a partir de sus opciones complementarias: la opción crítica con el presente y la soñadora del futuro. Realismo soñador es la clave para seguir adelante. ¡A soñar sin deslumbrarnos! ¡A mantener la esperanza sin dejar de ser críticos! ¡A decir lo que pensamos, sin dejar de ser respetuoso con el poder, ni de ser serviles con él!



## Debates

### **Participante no identificado**

Es interesante ver como nos movemos entre el asunto de poder y política. Por ratos como que se mezcla la cosa y uno no sabe si es lo mismo o no. Ojalá que al final de la tarde uno pueda saber algo. Por suerte Rafael Toribio trató de establecer una diferencia. Según Odalís Pérez, para ser intelectual hay que ser político y en consecuencia tener una ideología de partido o de lo que sea. El asunto es que la relación entre intelectual y política es la crítica. Contrariamente a lo que dice José Rafael Lantigua cuando habla de un intelectual apolítico, aunque habría que ver si ese intelectual apolítico está ligado al poder o no. Mi pregunta es a Odalís Pérez. En lo que usted plantea sobre la verdad histórico-cultural entiendo que no hay un intelectual dominicano. Y si no tenemos un intelectual dominicano no hay ninguna relación con el poder. Si no entendí mal, me parece que usted plantea, en su evaluación histórico-cultural, que no hay ningún intelectual dominicano por la falta de compromiso que ha tenido y por lo tanto no tiene ninguna relación con el poder. Existe, según entendí, un grupo de gente que se ha agachado cerca del poder para estar cerca de esos poderosos que usted mencionó en un momento de su ponencia.

### **Héctor PEREYRA ARIZA**

Voy a referirme al concepto brevemente expuesto por Odalís Pérez cuando habla de la mentira, a Lantigua que citó el concepto verdad y Mu-Kien Adriana Sang quien habló de la ética. Pues bien, León XIII señalaba que la primera ley de la historia es no decir mentira y la segunda atreverse a decir la verdad. Esta es una expresión muy feliz de León XIII. Cicerón,

en cambio, ya había hablado de eso y decía textualmente: "No decir mentiras y en cambio atreverse a decir toda la verdad". Un filósofo francés señala que de todas las cosas que mueven al mundo, la más poderosa es la mentira. El ser humano necesita los mitos y los mitos ayudan al ser humano a vivir. Aristóteles señala que el fin supremo del hombre es la búsqueda de la felicidad, pero esa felicidad cruza por el cultivo de una virtud: la templanza. Platón, que ha sido citado por Mu-Kien, habla de las cuatro virtudes fundamentales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Kant, por su parte, apunta que la ética es filosofía plástica. Sólo quería felicitar a los expositores, brillantes los tres, y sencillamente argumentar sobre esos temas. Más nada.

### **Samuel Matos**

Sólo quiero hacer dos preguntas, una a Odalís Pérez para que pueda abundar un poco más sobre la división: intelectuales útiles y no útiles o inútiles y el rechazo en ese sentido. Y a José Rafael Lantigua a propósito de la tipología descrita por Norberto Bobbio, pues me gustaría que me dijese si es válido podernos identificar con una de las mismas, y hasta encasillarnos un poco en ese sentido. En ese mismo orden simplemente, ¿qué cree del planteamiento de Ortega y Gasset del elitismo y las masas?

### **Simón GUERRERO**

Quiero hacer una pequeña, creo que oportuna, digresión sobre el comentario que hizo Mu-Kien Sang-Ben cuando hablaba de la tragedia de Espailat al referirse a los buitres de la política. Entiendo la intención inocentemente metafórica de la expresión, pero quiero aprovechar este ambiente de multiplicadores excelentes de intelectuales para decir algo sobre los buitres. En nuestro país tenemos un solo representante de la familia de los buitres, al que nuestra gente llama maura, aura, laura o aura tiñosa, que es el mismo presente en la literatura hispanoamericana contemporánea, el gallinazo que aparece en Vargas Llosa y en García Márquez. La ética es una valoración exclusivamente humana y no tiene ningún sentido en el mundo animal. Los animales no son ni buenos ni malos.

Y los buitres, en particular, son tan útiles que el nombre de la familia a la que pertenecen los buitres americanos, la familia Cathartidae, significa purificación. Esa palabra griega es de la misma raíz de la palabra catarsis, tan utilizada por los griegos y luego mancillada por los psicoanalistas. Sólo quería hacer ese comentario. A los políticos dominicanos, ¡por favor! que dejen de comparar a los animales con los políticos. Que dejen de decir que en el Congreso lo que hay es una manada de hienas. Las hienas no hacen las cosas que hace nuestro Congreso, ¡por favor! Deberían decir: "¡Humano, demasiado humano!" ya que es una conducta exclusiva de nuestra especie.

### Ángela HERNÁNDEZ

Este es un tema que me parece bien interesante. En la revista *Xinesquem* tuvimos la misma discusión hace cierto tiempo. Recuerdo que mucha gente consideraba que era un tema manido cuando se trata de un tema que siempre será de actualidad. Quiero comentar rápidamente tres puntos. En primer lugar aquello de los intelectuales como una clase. Creo que eso carece de sentido, pues se trata de personas con personalidades individuales, con educaciones individuales, con procedencia de clase también individuales. Algunos científicos, por ejemplo, trabajaban en el perfeccionamiento del virus de la viruela para que fuera más mortífero y, al mismo tiempo, había otro grupo que trabajaba para erradicar la viruela. La inteligencia, como podemos ver, puede ser muy perversa y a la vez muy decente, muy ética. La inteligencia puede ser muy fría o muy cálida, en ella entran diferentes factores. En ese orden hablar de una clase intelectual carece de sentido.

En segundo lugar quiero plantear la actualidad del tema. Creo que toda la reflexión teórica, desde los griegos, es muy interesante, pero creo que lo que le da vigencia al tema es discutir el presente. ¿Por qué no hay una reacción de nosotros ante el hecho de que el Estado dominicano mande trescientos militares a Irak, cuando muchísima gente aquí sabe lo que eso significa? ¿Por qué no hay una reacción de la gente pensante, que escribe, que crea opinión, sobre la conducción absolutamente errática de este país en este momento, que está poniendo al país



al borde de una catástrofe y con visos claros de dictadura? ¿Por qué no hay una reacción de la inteligencia, del pensamiento a eso, independientemente de los partidos? A mí me tiene sin cuidado el asunto de los partidos. Estoy hablando de la gente que piensa. No creo que un intelectual sea ético, sea bueno, porque esté o no en el Estado, porque sea o no funcionario. Creo en lo que hace.

En tercer lugar el concepto de poder en sí. Si vemos el poder como verbo, el poder puede ser creativo: el poder hacer, el poder de estímulo, el de educación, el de la creación. También negativo: de manipulación, de destrucción, de mentira. Igualmente el poder de búsqueda de verdad, porque nadie la posee. Tenemos el poder de buscar, de perseguir y de intuir elementos de verdad. Entonces, creo que en la discusión actual tiene sentido plantearla también no solamente sobre el poder del Estado sino también sobre las redes de relaciones de poder que existen en una sociedad. Existe un poder que es el del Estado, que es un poder, vamos a decir, más en bruto, más visible, pero ¿y el poder basado en la diferencia de sexo, de género, en las diferencias raciales, en las diferencias de conocimientos, por ejemplo? Las relaciones de poder que se dan entre letrados e iletrados, entre gente de la ciudad y gente del campo, entre nacionales de un país y de otro, entre creyentes de esto o lo otro. Hay todo un sistema de relaciones de poder, interdependientes, porque el Balaguer que tuvo la mentalidad de los doce años y de cuando Trujillo no es distinto al Balaguer de 1978, es el mismo tipo, tiene la misma mentalidad, aunque cambie en la manera de operar el poder obligado por las circunstancias. Entonces, una persona como Einstein, con una inteligencia brillantísima, incuestionable, genial, pudo ser un tipo totalmente autoritario y arbitrario en su casa, pudo tener una relación totalmente bochornosa con sus hijos y con su mujer, una doctora en física, y al mismo tiempo ser un brillante intelectual. Hay una red de relaciones de poder y hay una mentalidad autoritaria o una mentalidad democrática. Me parece que es interesante hablar, discutir, sobre el poder en función no sólo en la relación con el Estado o con el Gobierno sino en relación con el sistema de relaciones de poder y del poder como elemento de construcción, porque poder hacer algo, poder estar

en un puesto desde el cual puedes hacer algo, podría ser bueno. El poder tiene esas dos dimensiones. Como construcción, si eres maestra puedes construir, pero también puedes aniquilar. Si trabajas con un grupo, puedes crear, puedes estimular y también castrar. Entonces tenemos el poder como creación y como destrucción. El poder del Estado, pero también la red de relaciones de poder que no son ajenas a lo que acabamos de decir. En la actualidad ésa es una coordenada importante para discutir lo del poder, porque es frecuente que algunos críticos o críticas del poder hagan lo mismo cuando les toque ejercerlo. El problema es complejo, no se trata sólo de los mecanismos sino de la psiquis, de la condición humana y de esa red de relaciones de poder en la que o trabajamos con la mentalidad democrática, de tolerancia y de respeto, o, lo contrario, destructiva, autoritaria y totalitaria basando nuestra seguridad individual en la posibilidad de ejercer esa función autoritaria frente a los demás. El problema de la responsabilidad está dentro de cada uno de nosotros. Perdón, por esta intervención, pero fue en honor a las mujeres que no estamos, Mu-Kien.

### **Avelino STANLEY**

El común denominador de las tres últimas ponencias es que los intelectuales deben mantener su ética, su coherencia. Odalís Pérez, al inicio, argumentaba que los intelectuales representativos, para mí entre comillas, no estaban aquí. Entonces, ¿señor Pérez, esos intelectuales, de nuevo entre comillas, no están aquí por eso, por creerse que son los representativos, porque minimizan este tipo de actividad, o porque ante el gobierno del que forman parte hay un fracaso tan rotundo, tan evidente, que sienten vergüenza de presentarse a lugares como este?

### **Miguel DECAMPS**

Creo que los intelectuales representativos se encuentran aquí. Mi pregunta va dirigida principalmente a Odalís Pérez. En todas las ponencias de esta mañana, he podido observar que se trata el tema de los intelectuales y el poder pero nadie ha enfocado el de los intelectuales en el poder y me gustaría que él me hablara al respecto.

### **Armando ALMÁNzar BOTELLO**

Quiero ante todo felicitar a los expositores por sus respectivos enfoques que me parecen muy acertados desde sus metodologías particulares y perspectivas específicas. Mi pregunta, va dirigida a José Rafael Lantigua para que me esclarezca los parámetros que le permiten considerar que el pensamiento de una escritora con Julia Kristeva está pasada de moda, desfasada. Usó, si mal no recuerdo, esa expresión. También me gustaría que me explicara qué diferencia existiría entre la vigencia que se le podría atribuir a un pensamiento como el de Peter Druker, como el de Francis Fukuyama, de Samuel Huntington y el pensamiento de Kristeva, que ha analizado problemas como el de la alteridad, el de la otredad, el de la discriminación racial, el de las nuevas enfermedades del alma ligadas a la post modernidad del sistema capitalista. ¿En qué sentido utiliza usted el criterio "de fuera de moda" para aplicarlo a Julia Kristeva? ¿Es histórico, en tanto estuvo ligada al grupo Tel Quel y ya no tiene vigencia ese grupo, no existe, o su pensamiento ha experimentado una evolución que la coloca en el debate más candente de la actualidad? Gracias.

### **Juan Freddy ARMANDO**

Mis preguntas son al mismo tiempo una opinión. Todas las exposiciones trataron al intelectual como sinónimo de escritor, de escritor de ficción. Prácticamente se confundió al intelectual con el creador. Pero tenemos también a los científicos, que también son intelectuales, así como hombres y mujeres que no escriben. ¿Quién le puede negar, por ejemplo, a Picasso, o a Dalí la condición intelectual? Tampoco se le puede negar a Miguel Ángel u otros grandes pensadores que no se dedicaban a escribir. En ese sentido, me gustaría la opinión de los expositores sobre el tema. Otra inquietud es que se ve la relación del intelectual con el poder solamente en dos vertientes: como crítico y como colaborador. Recordemos a los que se opusieron al fascismo, pero también a los que lo apoyaron como es el caso de Ezra Pound. Pienso que el intelectual debe verse en función de su aporte al poder, a la educación, al desarrollo del pensamiento crítico que está estrechamente relacionado al poder. No se trata únicamente de apoyar o criticar. Y, finalmente, me pregunto si todo cuanto



se ha planteado con gran complejidad, con grandes citas, sobre la relación entre el intelectual y el poder no es algo tan simple como la relación de cualquier ser humano con el poder desde el punto de vista ético. Para mí, no hay diferencia entre la relación del intelectual y la de cualquier ciudadano, ya sea médico, sociólogo, ingeniero o agrónomo, o sin profesión, con el poder. Esta es una manera simple de enfocar el problema. ¿Hay diferencia entre un escritor, que consideramos intelectual, y un médico, por ejemplo, en su relación con el poder? Gracias.

### **Bridian Rafael Díaz**

Es un señalamiento sobre una digresión. La hizo mi profesor Simón Guerrero sobre un señalamiento y el comportamiento de un juicio. Lo que quiero señalarle a mi profesor es que así como él nos dice que acusamos injustamente a los buitres, me gustaría que tenga también cierto respeto por los sicoanalistas.

### **Padre Santiago De La Fuente**

Creo que el tema del coloquio debió haber sido: "el intelectual y la democracia". Alguien dijo que cuando a una persona se le da absoluto poder sobre otra u otras, lo primero que piensa es en la tortura y eso se aplica también a los intelectuales. La experiencia histórica de este país fue que tuvimos como cuarenta años a Balaguer, un intelectual, en el poder. ¡Qué mejor laboratorio de lo que es esa tensión y de lo que es el intelectual y el poder! Creo que el problema hoy día, y creo que algunos de los ponentes tocaron lateralmente la función del intelectual en la democratización del poder, que es la negación del poder personalizado que ha sido la tradición en República Dominicana. Sólo hay que observar que los intelectuales, comentaristas de televisión, los de la prensa, siempre hablan del poder no en términos institucionales sino en términos personalizados: que Hipólito Mejía esto, que Mejía aquello y el aspecto de la democratización del poder como un proceso, valga la redundancia, progresista de desarrollo no lo abordan. ¿Por qué piensan que este no ha sido el aspecto fundamental de la agenda, el intelectual y la democracia?

## Guillermo Piña Contreras

Vamos a proceder a las respuestas en el orden de los expositores. Odalís Pérez responderá las que le conciernen, luego José Rafael Lantigua y, finalmente, Mu-Kien Adriana Sang Ben.

## Odalís Pérez

Me refiero indudablemente a los intelectuales duales. A los intelectuales irresponsables, al intelectual "non engagé", como dicen los franceses, a los intelectuales distantes de su comunidad histórica y cultural. Me refiero al intelectual solapado, que por un lado presenta su rol y por otro lado lo desautoriza; al intelectual que realmente ha llevado una vida pública de crecimiento personal distante de los problemas de su comunidad. Creo que el intelectual no debe ser un politiquero. Debe tener una concepción política y democrática, pero no una concepción politiquera de la vida intelectual, de la vida civil ni de la vida cultural y en ese sentido me refería a los falsos intelectuales porque, además, no viven de su producción intelectual. Viven de su producción de áulicos, de mensajeros, de escribas o de cualquier otro tipo de función que tiende a ser tangencial a la misma profesión o a la misma visión o a la misma formación intelectual que debe tener un intelectual en el sentido, diría, etimológico de la palabra.

¿Sobre la mentira? No le exijo a un intelectual que sea sincero, pero le exijo que sea franco. No creo en aquello de la sinceridad porque todavía sobre esa sinceridad hay toda una teoría y una práctica de la mentira. Precisamente, un intelectual francés, Jacques Derrida, tiene un libro que se titula *Historia de la mentira*, en donde habla de la problemática de la mentira tratada por Kant, y tratada por todo lo que se llama la intelectualidad del Alto Occidente, tanto en Europa como en las demás regiones del mediterráneo. Sobre la mentira, no puedo ver la problemática intelectual como un asunto de mentira o de verdad. Eso, tomado *latus sensus*, sería algo no solamente de metafísica sino algo que carece incluso hasta de consistencia a la hora de elaborar un discurso intelectual. La problemática del intelectual no es solamente la problemática de la verdad y la mentira, sino de la verdad y la mentira de la interpretación; de la

verdad y la mentira de lo que es su funcionamiento en una sociedad de estado de derecho y a partir de lo que Saavedra y Fajardo, como ustedes saben, llamaba la razón de Estado. Esa razón de Estado que podía ser razón de poder, razón de influencia, razón de incidencia o razón de disidencia. Así que desde ese punto de vista el término mentira o verdad, o términos mentira o verdad deben ser puestos sobre la base de observación. Prefiero, en este caso, como les dije ser más franco que sincero al respecto de una explicación del estatuto del intelectual en el marco de la producción de sentido y de la producción intelectual del país.

A propósito de esa tipología de intelectuales útiles e inútiles, que no tiene tradición de entrada en el registro de las ideas en República Dominicana, sé que se ha utilizado esa terminología y la han usado unos intelectuales que les he llamado "prototalitarios", para decir, por ejemplo, que el intelectual protestatario o que se ocupa de comunidades populares, que hace su trabajo vinculado a la educación social o a la que está vinculada al sujeto, se ha dicho que ese tipo de intelectual no puede trabajar en el Estado, porque no conoce mecanismos burocráticos ni mecanismos de incidencia a nivel de relaciones intra o extraburocráticas es un intelectual inútil. Lo que quiere decir que en República Dominicana no hay intelectuales útiles. ¿Por qué? Porque no han demostrado capacidad y no han demostrado realmente destreza para trabajar en el Estado. Por eso rechazo esa tipología, porque además carece de fundamento y se considera como intelectual útil solamente a aquél que puede trabajar en el Estado, lo cual es falso.

En cuanto a la pregunta, muy provocadora, por cierto, de Avelino Stanley debo decirle algo muy importante al respecto. Los intelectuales representativos no son los que trabajan en el gobierno. Hay muchos intelectuales representativos que no trabajan en el gobierno. Hay muchos de los que trabajan en el gobierno que no están aquí, porque creen que, precisamente, eso de "los intelectuales y el poder" es un tema manido. En realidad nos les interesa o se han aterrorizado porque creen que los pueden cancelar. Yo trabajo en el gobierno. Desde el comienzo trabajo en el gobierno, y he protestado dentro del gobierno, y escribí un libro contra intelectuales que están anclados en el gobierno y que tienen más poder



que yo. Los critiqué y no me han cancelado, hasta ahora. No sé mañana, pero no me han cancelado todavía. He criticado al Estado dominicano, al Gobierno dominicano, porque creo que el intelectual debe ser un orientador de su gobierno y de su Estado; debe ser un orientador de su sociedad. Debe decirle al Estado, cuando digo al Estado me refiero también a los poderosos, lo que deben hacer. ¿Qué ha pasado, Avelino? Que nuestros intelectuales en lugar de decirle a los poderosos, no al poder, porque es que eso del poder es demasiado abstracto, prefiero decir a los poderosos, a los que manejan capitales, a los que dicen qué es lo que debe ser el país, a los que entregan el país. Esos intelectuales no le han dicho a esos poderosos lo que deben hacer por temor a perder el trabajo o su autoridad o su incidencia y sobre todo por temor a dejar de percibir un cheque. En eso soy claro. Entonces, esos intelectuales que, realmente, usan la función intelectual sin ser intelectuales, deben pensar su función.

Ahora bien, esos intelectuales no están en el gobierno nada más, pues hay los que no están en el gobierno y son opositores y están en el poder, porque están con los poderosos. Y eso es importante decirlo aquí, porque hay que desmitificar ese significante de la cultura. Desde el punto de vista de lo que se llama "los intelectuales", que creo que es lo que Avelino quiere que yo critique, o sea, la Secretaría de Cultura, déjame decirte lo siguiente: en la Secretaría de Cultura hay intelectuales que son protestatarios, y hay muchos que son sumisos, cosa que tú sabes y conoces. Sin embargo, estoy hablando así, y sabes bien que no tengo protección en el gobierno y que no tengo que tener protección en el gobierno ni tengo que tener protección en el gobierno para decirlo. Lo digo porque soy un necio de la razón, y tú sabes bien que desde ese punto de vista he escrito lo que he escrito. Si el arribismo no me caracteriza, me caracteriza la franqueza. De cada lado hay oportunistas. Y eso es lo peor, que nuestra estructura ideológica, nuestra estructura intelectual está averiada por esos problemas. Entonces, creo que realmente hay que ver que es lo que se ha hecho. He criticado intelectuales integrados, desde el punto de vista de la terminología de Eco, de "entre apocalípticos e integrados", y los he criticado, realmente porque en integración han dañado a la cultura, le han quitado su peso específico, se han aprovechado, son *ad litteram*,

oportunistas. Déjame decirte también, que no todo lo que se hace en las instituciones del Estado está mal. Algo ha tenido que hacerse bien. Algo se ha hecho. Hay que criticar, porque de la crítica nace la transformación, y desde la resistencia nace el hecho de transformación. Ahora, no todo lo que han hecho esos intelectuales que andan por ahí, que están integrados al gobierno, al Estado, es negativo, no ha aportado nada, no han hecho nada, pero tampoco es negativo. Hay que ver la cuestión con cierta racionalidad. Sobre eso Avelino sabe que tenemos noches para discutir.

Quiero contestarle a Miguel Decamps, al que me une más la contradicción que la amistad, lo siguiente a propósito de los intelectuales y el poder y los intelectuales en el poder. Le digo lo mismo que en cierto modo le dije a Avelino. Creo que el intelectual en el poder debe ser más responsable que cualquier tipo de intelectual. ¿Por qué razón? Porque de su actitud, entre comillas, hegemónica o antihegemónica puede desarrollar más bien la transformación intelectual que hacer de esa función una función protocolar, burocrática, totalmente aséptica y estática. Hay una confusión, porque de hecho no se trata del intelectual en el poder, pues hay muchos intelectuales en el Gobierno dominicano que no están en el poder, que no gozan ni siquiera del apoyo del poder. Puede ser que gocen del apoyo del gobierno, pero no del poder ni de los poderosos. Hay también muchos intelectuales que no están en el poder ni gozan de la primacía de los poderosos y no nos invitan a sus cenas y almuerzos ni a las puestas en circulación de sus obras. Nos excluyen totalmente de esas actividades sociales, porque somos necios. Una prueba de ello es el escándalo que estoy provocando aquí con lo que acabo de decir. No nos invitan por eso. Los intelectuales, según se refiere Decamps, no están en el poder en República Dominicana. Hay algunos intelectuales que sí disfrutan del poder porque pueden ganar y recibir ganancias no del poder sino de los poderosos de este país. Porque hay que hablar no sólo de los que gobiernan, sino de los dueños de riquezas, de instituciones que cambian cuando quieren el dólar o suben un producto y hacen que esta comunidad se vea no solamente explotada sino expulsada de sus derechos cada día. En ese sentido creo que merece la pena seguir debatiendo, no

me quiero extender para no abusar, a propósito de los intelectuales en el poder, pues son pocos los que están en el poder. Pueden estar en el gobierno, pero no en el poder, porque el poder no acepta muchos mosquitos dentro de su conformación.

### **Guillermo Piña Contreras**

Por suerte la Universidad APEC podría acoger a Odalís Pérez en su cuerpo docente.

### **José Rafael Lantigua**

Samuel Matos me preguntaba sobre los distintos tipos de intelectuales según enumera Bobbio y dónde debemos ubicarnos. El intelectual no tiene que encasillarse en un sitio. Bobbio hace esa clasificación, esa tipología un poco para explicarse y para explicar el proceso de formación y de proyección, diría yo, del intelectual. Creo que se debe hablar del intelectual como un ente único, y en ese sentido comparto el criterio de Ángela Hernández. Creo que hay muchos intelectuales bien formados que arrastran prejuicios, problemas de condición de clase, educación, etc. Hay una serie de condicionamientos que se dan individualmente como se da en cualquier otro profesional liberal o en otros oficios de la vida. De manera que por eso nunca creo en la condición del intelectual en sentido absoluto. Obviamente Bobbio hace la explicación del intelectual educador, como era Ortega y Gasset, también con sus lagunas, a nuestro juicio, o el intelectual gramsciano, el intelectual comprometido, que como Julia Kristeva también ha pasado de moda, porque pasó esa etapa del compromiso político que signó las vidas de toda una generación, de los años sesenta, y prácticamente hasta los años ochenta, noventa cuando vino el fin de las ideologías y con lo que vino todo lo que ustedes ya saben. No he señalado que Julia Kristeva esté ya pasada de moda por un simple decir, aunque ella ha dicho, hace ya casi un decenio, que ha abandonado todas sus ideas anteriores y se dedica, desde hace rato, a cosas muy distintas de las que hacía antes. No creo que ni siquiera en Francia Julia Kristeva pueda ser hoy lo que fue antes: una persona que sacudía. Sin embargo, con este comentario tampoco he



querido descartarla. Cuando digo que pasó de moda no digo que ya no pueda estudiarse, que ya no pueda evaluarse su pensamiento anterior, que de una manera u otra muchas de sus ideas quedan y nos marcaron cuando era una lectura obligada. Pasa de moda cualquier autor cuando su pensamiento es suplantado por la dinámica natural del tiempo y vienen otros y, por utilizar un lenguaje entendible, se ponen de moda y son los que hay que leer. En el caso de Fukuyama, realmente, nunca llegó a ser un autor como la Kristeva ni como otros tantos de moda. De manera que el anuncio de *El fin de la historia* de Fukuyama fue rápidamente combatido y no adquirió el realce, la notoriedad, que otros pensadores en su tiempo alcanzaron. De modo que si Armando Almánzar Botello sigue leyendo a Kristeva, es completamente permitido, es una cuestión de ritmo histórico, del ritmo del tiempo.

Quiero hacer un pequeño comentario con respecto a la interesante exposición de Ángela Hernández y a las observaciones que hacía Juan Freddy Armando. Me parece que definitivamente tenemos que establecer limitantes y hacer realmente divisiones en el quehacer intelectual, aunque, afirmo y creo rotundamente, no podemos hablar de intelectualidad en sentido absoluto. Bueno, el intelectual debe hacer, pero ¿cuál intelectual y de frente a cual hecho? Eso ya lo anotaba en mi exposición. Tampoco podemos colocar al intelectual, aún admitida su individualidad, sus problemas, sus traumas, sus complejos individualmente hablando, en el mismo saco en que pueda meterse cualquier otro ser humano. Parece como si olvidáramos que la dinámica histórica ha estado marcada, en todas las épocas, en todas las edades de la historia del hombre, por el pensamiento. Por eso decía Wright Mills que, al definir al intelectual, es el que se ocupa de ideas, de reminiscencias, del pasado, de imágenes de posibles futuros. Al fin y al cabo el republicanismo, la democracia, el socialismo, todo cuanto conocemos en la historia de las ideas lo marcaron los intelectuales. Han sido los intelectuales, como creadores de pensamiento, como pensadores, los que han forjado los sistemas políticos, los sistemas socio-políticos. ¿Cuándo se le pide al intelectual su intervención, ante un hecho importante? Se critica, por ejemplo, el envío de los soldados dominicanos a Irak. Pues bien, los intelectuales dominicanos nos hemos reunido,

hemos hecho un conciliábulo con la finalidad de analizar la guerra santa contra el terrorismo, como decía Mu-Kien, la postura de Bush frente a la guerra contra Irak, así como todas las derribantes del conflicto, entre las que figuran, por aspectos geopolíticos y razones tal vez muy particulares que no se puedan ver ni aparezcan en los diarios con claridad, el envío de los soldados nuestros a Irak. Lo que se busca es que el intelectual opine, que se manifieste frente a la realidad política y frente a la realidad social, frente a la realidad económica dominicana haciendo acopio del pasado para poder establecer en las premisas del presente cual es el futuro del país. Ahí es donde podríamos decir que hay cierta apatía en la intelectualidad dominicana de hoy, y quizás, o sin el quizás, deberíamos tomar en cuenta que algunos intelectuales muy específicos que fueron, en cierto modo, la voz del país en años pasados hoy día han caído en un silencio absoluto. He querido traer a colación en mi exposición lo que está sucediendo en Europa donde también se sentía cierta apatía intelectual frente a los acontecimientos que sacuden al mundo así como a los pocos cambios que se han producido en la geopolítica europea. El intelectual puede ser, debe ser y va a seguir siendo una persona individual, con ideas propias. Podrá ser un gran intelectual, pero eso no lo exonera de tener ideas racistas, o de de cualquier otro de estos prejuicios absurdos y descabellados que asumen en el mundo personas comunes y corrientes. Cuántos médicos, si lo acoplamos a un ejemplo que tal vez no sea el más feliz, cuántos médicos hacen de su ejercicio una mala práctica y confunden su deber como tales, lo confunden y realmente hacen todo lo contrario de lo que deberían hacer. Lo mismo ocurre también con los intelectuales, pero no debemos meterlos a todos en el mismo saco.

Ahora bien, ni Dalí ni Miró ni Bidó, reclamando su uniforme de coronel del Ejército, son intelectuales. No. No confundamos el rol de los artistas, que es importante, la vida cultural y el desarrollo y la evolución de la cultura. El pensador, el intelectual, no puede tampoco ser llevado a compararse con otro tipo de haber dentro del marco de la cultura. Hay que ver lo que ha significado el haber intelectual en la conformación obvia del mundo de las ideas y de la conformación de todo lo que ha normado la vida de los pueblos a través de toda su historia. Cuando se le



reclama al intelectual, ahora o antes, una participación clara o su opinión sobre la situación concreta del país simplemente se le está reclamando orientación, que nos diga cuál es su verdad y cuál es su orientación frente a un país que está desgastándose en la desesperanza, en la desilusión, que ha caído en un abatimiento realmente ético de todo tipo a causa de la situación económica, etc. El país necesita nutrirse de la voz del intelectual para saber, no dentro del marco político partidario, pero sí dentro del marco macro de la política y del pensamiento, cuál es la orientación que necesita nuestra realidad de cara al futuro inmediato.

### **Mu-Kien Adriana SANG BEN**

No me hicieron muchas preguntas solamente se refirieron a los buitres. Quiero hacer tres reflexiones a partir de las cosas que se dijeron. Una afirmación de Odalís Pérez cuando dice que hay muchos intelectuales que no viven de su trabajo intelectual. ¿Quién vive aquí de su trabajo intelectual? Me gustaría escribir y poder vivir de mis libros; pero aquí, lamentablemente, no se puede. Uno tiene que compartir el trabajo intelectual, de producción de ideas, de investigación o vender su fuerza de trabajo intelectual en otra parte. Eso es una realidad. Entonces, ojalá que pudiéramos vivir, como Vargas Llosa que vive de sus novelas, de nuestros libros, y eso no se puede en nuestro país. Es muy difícil vivir estrictamente del trabajo intelectual.

Cuando se preguntaba si el intelectual es un político, debo decir que todo intelectual es necesariamente político cuando asume una posición. En eso estoy de acuerdo con lo que dicen Odalís Pérez y Lantigua, cuando señalaron que uno asume una posición en torno a un discurso, en torno a una noticia, en torno a un acontecimiento, que uno asume una posición y ésa es una posición política. Es decir, siempre vamos a tener una posición política. Por ejemplo, en algunos artículos he criticado abiertamente la política guerrerista de Bush. Bueno, pero esa es una posición política en contra de un poder establecido en los Estados Unidos. Así como he expresado mis opiniones en torno a cosas que se han hecho en República Dominicana. La función del intelectual comporta una opción política. Es una posición política si lo hace para defender sus propios



intereses o porque considera, desde la óptica de su conciencia y de su ética, que debe asumir una posición. En ese sentido creo que hay que establecer una diferencia. Por ejemplo, son opciones que se toman. Se pueden tomar desde una posición política como sociedad civil o como militante de un partido político. Ahora bien, a mí me gusta mucho la cita de Umberto Eco a propósito de los intelectuales integrados a la cual hacía alusión Odalís Pérez, se pueden hacer esas opciones, pero hay que guardar esa distancia para poder mantener esa actitud crítica frente a las cosas que se están haciendo. Critico las posiciones de algunos de justificar lo injustificable por intereses personales a sabiendas de que se está violentando un código ético muy profundo. En ese sentido me parece que siempre habrá una posición política. Es imposible ser neutral, aunque puede ser que mi posición esté equivocada y no me importe decir mañana: "Mire, me equivoqué, tuve una percepción errada". El problema es ser ético en esa opción y en la posición que uno quiera defender.

Por último, debo decir algo sobre los intelectuales representativos. ¿Representativos de qué? ¿De cuáles intereses? ¿Son más representativos los que están en el Estado? ¿Son más representativos los que están fuera del Estado? El problema es la creación, como dice Lantigua, de pensamiento, y a partir de ahí entonces qué influencia y desde qué perspectiva estás planteando tu posición. Lo que veo incorrecto es que según mi colocación en una posición de poder o no mi discurso varíe, contradiciendo, en la práctica, lo que siempre he dicho. Este es el punto esencial. Es cierto también, como decía Lantigua, que todo el mundo tiene que trabajar con una ética, no importa su posición en la sociedad ni sus precariedades económicas. El intelectual tiene una función de responsabilidad por la capacidad que tiene para influir en el curso de los acontecimientos. Ahí es donde está la cosa. Considero que la responsabilidad es mucho mayor. No es lo mismo justificar a Robespierre, que hizo lo que hizo, o justificar a Stalin por la razón de Estado, cuando se sabe que tanto Stalin como Robespierre y también Mao Tse Dong cometieron crímenes de lesa humanidad. En ese sentido la posición del intelectual tiene mucho mayor responsabilidad por su influencia en el curso de los acontecimientos.

## El necio de la crítica

Fidel MUNNIGH EUSEBIO\*

Un personaje de Sartre afirma que un intelectual nunca es un revolucionario. Piensa, conoce, duda, pero no actúa para transformar el mundo. Y, sin embargo, durante décadas marcadas por la cultura marxista, tan cercana a Sartre, el prototipo del intelectual fue el revolucionario progresista, que creía en ideas como la Revolución, el Progreso, el Futuro, la Historia. Ser revolucionario era considerado el "eslabón más alto de la especie humana", la más alta condición que podía alcanzar el hombre. Los tiempos han cambiado. Hoy tenemos intelectuales rebeldes, contestatarios, incluso radicales y nihilistas, pero no "revolucionarios". ¿Quién, en su sano juicio, se llamaría hoy "revolucionarios"? Para ello habría que ser

\*Ensayista, traductor y profesor universitario. Nació en Santo Domingo el 19 de mayo de 1962. A principios de los años 80 ejerció la crítica de cine en el vespertino *El Nacional* y la revista *¡Ahora!*. En 1984 se graduó de licenciado en Filosofía, Summa Cum Laude, en la Universidad Católica Madre y Maestra (UCMM), con la tesis *Marx-Engels y la crítica de la religión en la Ideología alemana* (inédita). En 1987 viajó a la antigua Checoslovaquia, hoy República Checa, con una beca de postgrado. Su prolongada estancia como becario en Praga coincidió con los procesos de cambios históricos en Europa Central y Oriental (la caída del Muro de Berlín y la Revolución de Terciopelo en noviembre de 1989, la transición post-comunista, la división de Checoslovaquia en dos Estados independientes). En la capital checa se desempeñó como traductor y profesor de idioma español. En 1995 obtuvo su doctorado en filosofía por la Universidad Carolina de Praga, con una tesis sobre estética estructuralista titulada *Estructuralismos checo y francés: similitudes y diferencias (un estudio comparativo en estética)* (inédita). A finales de 1995 retornó a Santo Domingo. Desde entonces es catedrático de Estética y de Filosofía en las Facultades de Artes y de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha publicado ensayos filosóficos y literarios en diversos medios nacionales. De 1996 a 2002 fue colaborador del periódico *Listín Diario*, en donde mantuvo una columna de opinión titulada «La Edad de la Razón». A finales de 2002 publicó *Huellas del errante*.

demasiado iluso o demasiado tonto. Además, tampoco tendría mucho sentido luego del desprestigio de todas las revoluciones del siglo xx. El adjetivo parece haber sido sacado del vocabulario público.

Un intelectual se define en primer término por su relación con el conocimiento y luego con la realidad, y esta última relación no puede ser sino problemática, conflictiva. La realidad no es lo que él quiere que sea: es demasiado injusta y desigual, o demasiado hostil, o demasiado excesiva, o demasiado vulgar. No satisface sus expectativas, ni coincide con su idea de lo que ella debe ser. No le gusta, ni la entiende. La realidad niega sus deseos y aspiraciones. Entonces entra el intelectual en conflicto con la realidad. Este conflicto le desgarra, como desgarra también al artista. Frente a esa realidad, el intelectual asume la crítica, pero también la acción y el compromiso político. Oscila entonces entre la crítica y la praxis política, o las combina. De ahí que represente o deba representar la conciencia crítica de su sociedad y de su tiempo.

Sin embargo, esta idea del intelectual teórico como sujeto, como conciencia representante o representativa, que habla por y en nombre de los otros, ha sido refutada. Foucault y Deleuze, en una lúcida entrevista-conversación sobre los intelectuales y el poder<sup>1</sup>, han señalado una idea fundamental: el intelectual ha dejado de ser el portavoz de la sociedad, el sujeto que se arroga el derecho de ser su conciencia y que cree saber lo que se tiene que hacer. Los que actúan y los que luchan han dejado de ser representados, ya sea por un partido, por un sindicato o por un grupo de intelectuales. La gente, las masas no tienen necesidad de los intelectuales para saber; ellas saben clara y perfectamente mejor que nadie, mucho mejor que el pretencioso intelectual, lo que quieren y lo que tienen que hacer, y lo saben expresar muy bien. Ya no existe ninguna conciencia privilegiada. El sujeto que habla y actúa ya no es el intelectual, sino un sujeto múltiple y diverso. El intelectual no tiene derecho a arrogarse prerrogativas que ya no le corresponden. No representa a nadie, salvo a sí mismo.

<sup>1</sup> Véase entrevista a Michel Foucault por Gilles Deleuze, en *Michel Foucault, microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Epiqueta, pp. 77-86.



Pero he aquí una diferencia: en la periferia tercermundista, en donde la conciencia como saber aún no ha sido adquirida por las masas y tampoco la conciencia como sujeto ha sido tomada por la burguesía, es sensato pensar que el intelectual (ciudadano privilegiado en estas sociedades atrasadas y aquejadas por males seculares como la ignorancia y la incultura) debe asumir la esperanza de un pueblo o una comunidad en un porvenir mejor, más justo y digno. De ahí la crítica a este presente miserable, injusto e indigno. En todo caso, si el intelectual ha dejado de ser una conciencia que habla por y en nombre de los demás, acaso puede servirle de inspiración o de consuelo el ejemplo del filósofo. Si el filósofo es verdaderamente el necio de la razón, el intelectual será entonces el necio de la crítica. Y debo agregar: de la crítica del poder. El intelectual debe ser el crítico tenaz y feroz del poder, incluso si forma parte de ese poder, un crítico cuya lucidez sensata y combativa lo convierta en un necio a los ojos de los necios, en un disidente a los ojos de los poderosos. En tiempos donde todo el mundo calla y encubre, hay que asumir la crítica del poder hasta la necesidad.

No pretendo ahora elucidar la naturaleza o esencia del poder, cuyo análisis exhaustivo ha centrado la atención de pensadores tan agudos como Foucault y Deleuze. Me limito simplemente a definirlo como fuente de ejecutorias y toma de decisiones, como imposición y mandato, como ejercicio de la autoridad y la fuerza.

El reproche de guardar silencio frente al mal y la injusticia es el reproche supremo lanzado contra los intelectuales en todo el mundo. Lo curioso es que este reproche venga precisamente de otros intelectuales, que se consideran comprometidos y se promueven como ejemplo de responsabilidad. La acusación no carece de fundamento, pues bastante a menudo los intelectuales callan lo que deberían denunciar o criticar. Ese silencio existe, desde luego, y obedece a diversas razones. Pienso que en contextos como el nuestro (el de un pequeño país de la periferia occidental con escasa tradición de independencia intelectual frente al poder), una razón poderosa es la cuestión de la supervivencia. El intelectual debe sobrevivir en una sociedad que no está preparada para acogerle, que no reconoce y más bien considera inútil su trabajo y su esfuerzo.

Imaginémoslo por un momento, intentemos dibujar su perfil: es un individuo algo retraído, solitario y nada pragmático, que vive en un mundo de ideas, de conceptos universales y abstractos. Suele carecer de las cualidades necesarias para triunfar en esta vida. Torpe para los asuntos de la vida práctica, sólo sabe leer, escribir, pensar y crear. Vive presa de angustias y temores. Le aterran este presente demasiado precario y la amarga expectativa de un futuro incierto. Tiene que ganarse la vida haciendo un montón de cosas, a menudo muy ajenas a su oficio, tiene que dispersarse y vivir del pluriempleo. Cuanto más tiempo y energía dedica a la supervivencia, menos puede consagrarse a crear la obra que le justificaría y validaría ante el mundo. En un mercado laboral tan inseguro y estrecho como el nuestro, no le queda otra alternativa que venderse al mejor postor para seguir viviendo. Y el mejor postor suele ser el Estado.

El problema es que, tal como existe, esta sociedad no brinda muchas oportunidades de pensar críticamente y a la vez disfrutar de una vida decorosa y holgada, no permite vivir con cierta dignidad y mantener una posición independiente frente al Poder y sus instancias. El pensamiento crítico y la vida confortable parecen excluirse mutuamente. O el intelectual mantiene una actitud crítica y rebelde o se acomoda al desorden establecido. O disiente del poder o lo legitima. Enfrentado a este dilema, se ve obligado a elegir. Y no es difícil adivinar su elección. Casi siempre elige sobrevivir, elige la vida y no la razón, elige el orden y no la justicia. El poder le tienta y le seduce, y él se deja tentar y seducir. Trabajar –en su caso, pensar, crear, producir– para el desorden establecido le otorga el estatus y el confort tan anhelados, le libera de sobresaltos y precariedades materiales, pero también le obliga a guardar silencio y cautela. Entonces calla y otorga, asiente sumiso y reverente ante el poder de turno, que lo utiliza a su antojo para sus propios fines. El silencio sustituye a la responsabilidad.

El silencio de nuestros intelectuales es preocupante porque coincide con la insolidaridad de esta época neoliberal. Ese silencio –voluntario o forzado– delata apatía, indiferencia, veleidad. Pero sobre todo delata algo más profundo: el temor a ser, el miedo a arriesgarse, a tomar partido, aquí y ahora. Los intelectuales dominicanos temen ser hoy lo que



deben ser: intelectuales a secas, esto es, conciencias pensantes y responsables. Al mismo tiempo, pretenden ser algo más de lo que son: burócratas, funcionarios del Estado, asesores del gobierno o de la empresa privada. Pero no llegan a ser lo que son.

Sólo que se espera que el intelectual sea la voz crítica, la conciencia inquieta y despierta de su sociedad y de su tiempo (¿de nuevo esa pretensión de ser conciencia de los demás!), no un cómplice silente de la injusticia o las arbitrariedades del poder. Su silencio es una impostura ética y una defección moral: la verdadera traición a la sociedad civil y sus aspiraciones legítimas. Nos falta la tradición libertaria en la que se han formado tantos intelectuales en todo el mundo. Es verdad que, en el pasado, ha habido casos de intelectuales inconformistas, cuya integridad y osadía les ha llevado a correr riesgos, les ha costado el exilio o aun la vida misma. Pero estos casos no constituyen una tradición sólida de pensamiento independiente y contestatario frente al Poder. Recordemos que buena parte de nuestra intelectualidad conservadora y prohispanica apoyó la tiranía de Trujillo. Los intelectuales oficiales y no oficiales de hoy aún no han roto de manera definitiva con el pasado autoritario y despótico, ni con el culto al Poder. Temerosos y vacilantes, ambiguos, reproducen con sus actos y sus gestos el viejo orden. A lo sumo, se desgastan en polémicas estériles, en reproches mutuos sobre el silencio guardado por unos u otros ante determinados males bajo determinados gobiernos de determinados partidos del sistema democrático. Los que hoy hablan, ayer callaron; los que ayer hablaron, hoy callan. Los que ahora hablan, critican lo que antes callaron; los que antes criticaron, encubren lo que ahora callan.

Pienso en las "revoluciones" del año 1989 en Europa Central y Oriental, que se produjeron con la participación decisiva de la *intelligentsia*. Recuerdo cómo en Checoslovaquia, en el otoño feliz de 1989, los intelectuales y los artistas discutían, reclamaban y promovían los cambios políticos desde los teatros de vanguardia de Praga. Recuerdo la euforia, el entusiasmo, la atmósfera casi mágica, el fervor de ideas y emociones. Yo viví aquella revolución del pensamiento y la palabra encabezada por un escritor disidente que luego habría de convertirse en símbolo de la



resistencia intelectual: Václav Havel. No puedo evitar comparar situaciones. Nuestros intelectuales apenas han intervenido en los más recientes episodios de la historia dominicana. No sería justo decir que no han sabido estar a la altura de las circunstancias, porque las mismas circunstancias han sido bajas. En el país no ha sucedido nada que sea universal, nada que nos eleve ante los demás pueblos del mundo. Ningún intelectual ha inspirado o guiado un gran acontecimiento nacional. No podemos enorgullecernos de tener hoy un Havel, ni un Sartre, ni un Paz, ni un Chomsky.

En un país de escasas oportunidades laborales, el Estado es el principal empleador y creador de puestos de trabajo. Ese Estado es administrado por un partido gobernante, que hace amplio uso del clientelismo político. El intelectual suele ser un empleado del Estado y, por tanto, del poder político. Es cierto: en la República Dominicana todos los intelectuales son, de algún modo, asalariados del poder, de un poder determinado, no sólo estatal o gubernamental. Todos somos empleados del poder, ya sea del Estado o de la empresa privada. Pero no constato aquí nada nuevo: esto es así en todas partes. El problema no está ahí, sino en el tipo de poder del cual se es asalariado, del modo en que se ejerce y de la actitud que se asume frente a él: si es democrático o autoritario, legítimo o ilegítimo, tolerante o intolerante.

El silencio de los intelectuales frente al Poder remite al problema de la censura y la autocensura. Ambas se expresan de distinto modo —a veces sutil, a veces grosero— debido a la pervivencia de formas intolerantes de pensar y de actuar. Por un lado, la cultura autoritaria sigue hoy vigente, pues no ha sido enterrada con sus viejos artífices; por el otro, aún no afirmamos con vigor los valores de una cultura democrática. Existe censura cuando se impide que la obra de arte o de pensamiento toque a “vacas sagradas”, a personalidades prominentes de la vida pública, a instituciones intocables.

Tan grave como la censura es la autocensura. Existe a partir del momento en que, desde una función pública o un empleo en el Estado, no me atrevo a expresar lo que pienso si no quiero correr el riesgo de perder mi puesto. La autocensura no es más que la represión

interiorizada, practicada a sí mismo por miedo a la represión externa: un atentado a la libertad del sujeto. Es el sujeto mismo quien se reprime y calla por temor a ser reprimido o a perder algo que necesita y aprecia. Así, el sujeto es el primero que atenta contra el ejercicio de su libertad. Pero el pensamiento y el arte o son el espacio de la libertad total o no son absolutamente nada. Recuerdo ahora al Quevedo de la *Epístola satírica y censoria*: "¿No ha de haber un espíritu valiente? ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?".

\* \* \*

Sólo hay dos cosas, dos modernos fetiches que todo el mundo reconoce, respeta y reverencia en este país: el dinero y el poder. Todo lo demás carece de importancia, es prescindible y cuestionable. Se menosprecia el trabajo intelectual, considerado tan improductivo y tan inútil para la vida como la honradez pública y el decoro personal. El valor de la creación intelectual, lo mismo que el prestigio moral del ciudadano, se miden únicamente en función del éxito material obtenido, y este éxito depende mucho de la relación que se tenga con el Poder.

En un país donde los intelectuales son seres indigentes o ignorados, no puede haber mucho espacio para el espíritu crítico. Además, una parte de esta sociedad, que celebra y rinde culto a la impunidad, no quiere saber de nada que tenga que ver con cuestionamiento de valores, medios y fines. Cuestionar es fastidiar. Cuando no es un necio de la crítica, el intelectual es un aguafiestas, un fastidioso: estropea el brindis de la sociedad opulenta. De crisis en crisis, hoy se vive de prisa, inmerso en lo que los anglosajones llaman "a rush to nowhere", una prisa a ninguna parte, y en medio de la prisa no hay tiempo ni humor para reflexionar. Se vive en el vértigo de una carrera loca hacia ningún lado, enfrascado en una lucha tenaz y despiadada por el estatus, por alcanzar y mantener el bienestar material al precio que sea, por encima de quien sea, y en ello se va la vida. Cada uno lucha por salvar su propio pellejo en un mundo que ha disuelto los antiguos lazos de solidaridad entre los seres humanos. El resultado: hay una disminución notable de la savia crítica, una crisis del pensamiento y la producción de ideas entre los que piensan

y crean. Es preciso decirlo: hay muy pocas ideas verdaderamente novedosas en nuestro medio.

\* \* \*

El intelectual forma parte del sistema de poder. De hecho tiene un poder, nada despreciable, así sea pequeño. Enseña, escribe, publica; hace opinión pública, comparece en los medios masivos de comunicación, interviene en foros y debates, pronuncia charlas y conferencias. Todo ello le otorga cierto poder de persuasión sobre su audiencia o público, que es originalmente la sociedad entera. Pero este poder es más bien un contrapoder que le debe servir como contrapeso del Poder. Su poder se debe medir más en términos de *influencia* que de *autoridad*. El intelectual influye en la opinión pública con sus juicios, críticas, análisis y propuestas. Tiene un poder editorial y mediático (puede escribir y publicar libros, o artículos y ensayos en la prensa, o hablar por radio y televisión), un poder académico (puede enseñar e investigar en la universidad, el colegio o el liceo), un poder social (puede ser asesor o funcionario del gobierno en materia educativa, artística y cultural, o dirigir programas de publicaciones en instituciones privadas). Pero he aquí que, por efecto del trasiego de valores que afecta a toda la sociedad, este poder —o mejor, esta influencia— del intelectual se ha visto cada vez más disminuido. Puede publicar (pero está sujeto a las veleidades de editores y libreros, de dueños y directores de periódicos, emisoras de radio y canales de televisión), puede ejercer la docencia (pero en unos casos es mal pagado y no se le aplica la categoría profesoral, y en otros depende de la voluntad de los dueños de universidades), puede trabajar como funcionario público (pero entonces debe guardar más lealtad a su superior jerárquico que a su vocación crítica y el burócrata termina imponiéndose sobre el intelectual).

El intelectual nuestro se acerca peligrosamente a una situación en donde la sociedad ya no le reconoce más que como palabrero o figura decorativa, alguien que habla o escribe "bonito". La conciencia se reduce a la elocuencia, al "bien decir". Pierde cada vez más terreno de influencia, pierde su antiguo espacio de reflexión, especulación, creación y crítica; empieza a perder incluso su audiencia. Cuando decide hablar, nadie le



hace caso. Poco a poco se va quedando solo, aislado, perplejo. Su pensamiento crítico languidece.

Lo ideal es que el intelectual pueda vivir de su trabajo, de su producción, de sus ideas, sin tener que depender del Estado, en una genuina "sociedad del conocimiento" que desarrolle sus fuerzas productivas y su mercado editorial: de la cátedra universitaria, de la investigación, de los libros. Sólo así, libre de ataduras económicas para subsistir, libre de un empleo o cargo público que lo amordaza, podrá mantener una mayor independencia de pensamiento frente al Poder.

\* \* \*

Paso ahora a enunciar el contenido positivo de mi ponencia. La relación de los intelectuales con el Poder debe ser siempre de vigilancia crítica y nunca de sumisión o adhesión incondicional. Pero esta relación no se debe concebir como si fuese estática. Hace falta discriminar, pues no es lo mismo enfrentar con la crítica a un poder totalitario o autoritario que a un poder más o menos democrático. De ahí se deduce que, en una sociedad democrática, la responsabilidad del intelectual es ayudar a fortalecer el orden constitucional y sus instituciones; tratar de que el poder o los poderes, legítimamente constituidos, sean cada vez más democráticos, más transparentes, más abiertos y tolerantes a la crítica; procurar que el ejercicio del poder esté sujeto a la interpelación y el cuestionamiento. En un universo democrático, abierto y tolerante, una tarea mayor del intelectual será mantener la actitud vigilante frente al poder, confrontar a los gobiernos de turno con sus propias promesas de campaña electoral; emplazarlos a cumplir esas promesas y a respetar y hacer respetar las leyes y las reglas del juego democrático; defender la necesidad de reformas y cambios sociales y económicos; luchar por ampliar el limitado campo del ejercicio de la crítica y de la libertad de expresión del pensamiento.

Termino obedeciendo al deber ser kantiano. Frente al poder, el intelectual debe participar como ciudadano en la formación de una voluntad política de reformas. Debe persuadir por medio del lenguaje a los demás que los grandes cambios sólo se pueden lograr cuando un pueblo asume con plena conciencia su particularidad, su identidad cultural y su destino

histórico. Debe asumir que no es posible un proyecto de transformación de la sociedad sin democracia y sin libertad, sin afirmar los valores de una cultura auténticamente democrática: estado de derecho, libertades y derechos individuales, participación de la sociedad civil, pluralismo político, iniciativa privada, libre empresa, solidaridad, equidad, justicia social.

El intelectual, necio de la crítica, no será ya un mero críticón de todo lo malo que hay en el poder o el gobierno, sino un ciudadano atento y vigilante de su entorno. La necesidad de su ejercicio crítico se convertirá entonces en una necesidad, en un acto de sensatez cívica.

# Elaboración desde la comunidad para la construcción de las luchas populares

José Antinoe FIALLO BILLINI \*

"Nunca tengáis miedo a verdad... así son las luchas del deber, así son los combates de la conciencia: en lo hondo, en lo oscuro, en lo invisible"  
Eugenio María DE HOSTOS, 1884.

"Precisamente por haberse apartado de los principios científicos, por haberse pretendido inventar 'una política práctica' dizque adecuada a los dominicanos es que hemos sufrido tantas vejaciones y quebrantos"  
Américo LUGO, en "A punto largo", 1889

## 1. Para reflexionar introductoriamente

Al participar en este Coloquio me parecía interesante, cuando reflexionaba mi participación, situarme en una perspectiva poco común, de manera que pudiera colocarme en la posibilidad de contribuir intencionalmente con una dinámica que, quizás, y sólo quizás, estuviera fuera de este auditorio en lo fundamental.

Juan Bosch, en una carta enviada a Darío Suro y la cual el mismo autor puede no haber valorado en toda su dimensión decía que... "lo que

\* Santo Domingo, 1944. Doctor en Derecho, profesor de Educación Media o Secundaria desde 1966 y universitario desde 1969 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) y Universidad Iberoamericana (UNIBE). Fue consultor del Área Educativa del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) durante el proceso del Plan Decenal de Educación (1991-1994) e integrante del equipo de acompañamiento del Centro Cultural Poveda (1993-1996). Profesor de las áreas de Ciencias Sociales y Pedagogía tanto en los niveles de grado, postgrado y educación permanente, como docente e investigador. Ha publicado: *Educación para el socialismo* (1975); *Curriculum universitario y liberación nacional* (1976); *Cultura, ciencia, educación y construcción de conocimientos* (1994); *Filosofía de la Educación dominicana* (1994); *La formación de maestros y maestras en la República Dominicana* (1999); *Educación dominicana y construcción de conocimientos* (2000); *Democracia, participación popular y reforma constitucional* (2001).



busca el pueblo dominicano es su armonía histórica, ésa que sólo tuvo por escaso tiempo, por ejemplo, en los días de la lucha restauradora"<sup>1</sup>.

Esta insinuación del texto de Bosch nos ayuda, repito, a situarnos en una forma o manera de abordar lo que me interesa hacer hoy aquí. Emmanuel Mounier en uno de sus abordamientos nos sugería, creo que de manera acertada "que nuestro método no consistía en aplicar a la realidad principios inmóviles, sino en extraer las revelaciones de la historia a la luz de una dirección de pensamiento que sólo permanece, constante y vivo a la vez, si se nutre de la lección de los hechos"<sup>2</sup>.

## 2. Las lección de los hechos

Veamos, aún sea brevemente, como se desplaza mi intención, para tratar de dar respuesta adecuada a la misma.

2.1 Cuando los conquistadores europeos de potencias imperiales llegaron a esta Isla en 1492, a partir de su esquema elaborado de expansión mercantil, encontraron una población originaria de cerca de 300.000 habitantes y ya en 1570 probablemente no quedaban más de 1.000 de ellos y ellas. Cuando los y las estaban exterminando trajeron importados e importadas cerca de 20.000 pobladores y pobladoras originarios de otras islas de la región y luego cerca de 40.000 africanos esclavizados, que al igual que los otros y otras mencionados, fueron sometidos y sometidas a la más cruenta opresión social esclavista y colonial.

En ese contexto se producen rebeliones, alzamientos y construcción de comunidades insurgentes, tanto de pobladores originarios (indígenas) como de africanos esclavizados que elaboran estrategias de liberación y autonomía que atraviesan desde ataques y alzamientos (Fuerte de la Navidad), intentos de recuperación étnica de territorios (proyecto de Enriquillo), palenques y manieles como propuesta de territorios libres (culminación de las cimarronadas), variantes de nuevas

<sup>1</sup> "Carta a Darío Suro", Santo Domingo, *Listín Diario*, 25 de Agosto 1965.

<sup>2</sup> Cándido Moxix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, Ed. Estela. 1964.

resistencias de merodeadores aldeanos (leyenda del "comegente" o "negro insólito"), alzamientos con pretensiones de autonomía republicana (rebelión de Boca de Nigua), hasta conspiraciones e intentos de fuga (Mojarra y Mendoza, Chavón y Camba entre otras más) a los inicios del Siglo XIX.

- 2.2 La sucesión de este momento se caracteriza por la elaboración de proyectos de una cadena de dictaduras anexionistas, de protectorados, o de simple vocación neocolonial para garantizar la dominación de una sociedad predominantemente rural que se suceden desde la Junta Central Gubernativa encabezada por el oportunista y autócrata conservador Tomás Bobadilla y Briones en 1844, pasando por el general Pedro Santana, Buenaventura Báez, Ulises Heureaux, Ramón Cáceres, ocupación militar norteamericana de 1916 y Rafael Leonidas Trujillo de 1930 a 1961. Sucesiones de "pactos", "consensos" y "acuerdos nacionales" entre elites hateras y madereras, comerciantes importadores y exportadores, terratenientes y finqueros, azucareros, banqueros y prestamistas, cónsules y representantes de potencias imperialistas con las burocracias de diversos signos estatales, de facciones caudillistas y de pretensos partidos en formación. En ese contexto surgieron sociedades secretas político-militares (La Trinitaria y su Comité Militar Revolucionario o Insurreccional), alzamientos y situaciones de doble poder (Revolución cibaëña contra Buenaventura Báez, en 1857), guerras guerrilleras anticoloniales que generan autoridades políticas insurgentes y antillanistas (Guerra de la Restauración, 1863), insurrecciones regionales de desgaste (Guerra de los Seis Años contra Buenaventura Báez a partir de 1869), conspiraciones, luchas políticas de diáspora, de expresión de sociedades secretas (contra la dictadura de Heureaux) y de la sociedades políticas y culturales liberales para construir proyectos educativo-político (escuelas normales, ligas de la paz, etc.), nuevas formas de resistencia campesina territorial y de oposición urbana (guerrillas gavilleras y Juntas Nacionalistas durante la ocupación yanki de 1916-1924), modalidades de luchas clandestinas articuladas para estimular conspiraciones militares,

agrupamientos civiles para alzamientos o guerrillas urbanas y rurales, magnicidios, conjunción de esfuerzos con exilios y movimientos políticos caribeños y latinoamericanos (por ejemplo, conspiración del general Vázquez Rivera, Frente Nacional de Liberación (Frente Inter-no), Partido Revolucionario Dominicano, Partido Socialista Popular, Juventud Democrática, Movimiento de Liberación Dominicana, Movimiento Popular Dominicano (MPD) y Movimiento 14 de Junio). Son elaboraciones de proyectos democráticos y antiautoritarios centrados en rupturas políticas, liberación de territorios, bases de operaciones en redes extranacionales, agrupamientos político-militares con estrategias insurreccionales, movimientos sociales de luchas creativas y político-reivindicativas entre otras expresiones, pero centrándose en crear un conflicto agudo entre sociedad política (Estado y para-estados militarizados) y una sociedad civil clandestina o de construcción clandestina.

- 2.3 La contemporaneidad desde 1961 a este año de 2003 se ha caracterizado por una elaboración hegemónica estratégica que ha combinado la dictadura abierta y la dictadura... sutil en sucesivas transacciones y pactos que producen gobiernos colegiados, conservadores, (Consejo de Estado) intentos de democratizar sin rupturas (Bosch), regímenes de facto con dirección burguesa directa (triunviratos), dictaduras militares de ocupación (intervención yanki de 1965), autoritarismos de continuidad con la "bendición" de la geopolítica imperialista norteamericana (balaguerismo), democratización populista y "social demócrata" aguajera (perredeísmo) y pactos sin principios supuestamente modernizadores (pacto patriótico peledeísta); y en todos los casos, repito, transacciones sutiles o abiertas con participación del poder imperialista norteamericano, fracciones burguesas unas que sobreviven y otras que emergen, aparatos partidarios electoreros y clientelistas, componentes de la sociedad civil cooptados, militarizaciones del Estado y políticas contrainsurgentes y de seguridad en variadas versiones hasta concurrir a la antesala de una crisis sociopolítica cercana al colapso económico e institucional



como consecuencia de la acumulación de la economía extrovertida extractora y la crisis del estado transformado en "regulador" de nada y con vocación neoliberal del "libre comercio". En contradicción con esa elaboración hegemónica opresora surgen elaboraciones, creaciones y construcciones democratizadores, participativas e insurgentes desde comunidades, situaciones y acontecimientos: crecimiento de la sociedad civil desde abajo, clubes barriales, sindicatos obreros, ligas y movimientos campesinos, asociaciones estudiantiles y profesionales, organizaciones barriales, comunitarias y populares urbanas, comunidades de creyentes de base, organizaciones políticas revolucionarias y democráticas, territorios libres, agrupamientos militares democráticos, autonomías universitarias, ocupaciones de tierras urbanas y rurales, alzamientos militares democráticos, insurrecciones populares, poderes políticos alternativos en armas, creaciones estéticas y éticas críticas, paros, huelgas y levantamientos populares reivindicativos, protestas generalizadas por cuestiones de género, violencia, ambientes sanos, vida cotidiana adecuada y economía centrada en necesidades de las mayorías populares, entre otras.

### 3. Las implicaciones de una elaboración para una armonía

Cuando pasamos ese balance, asumiendo las recomendaciones metódicas de la lección de los hechos de Mounier y la sugerencia de Bosch de asumir la necesidad y urgencia de armonía histórica, nos colocamos de frente a la escogencia o decisión de opciones para la elaboración de alternativas de compromisos socioculturales y sociopolíticos transformadoras.

Decía con mucha razón Carlos Marx que "es en la práctica que el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento"<sup>3</sup>, y en este caso, poder demostrar su cercanía, vínculos, participación, con unos determinados intereses, que

<sup>3</sup> MARX, Carlos y ENGELS, Federico, en *Obras Escogidas*, Tomo I, Moscú, Ed. Progreso. 1974.

pueden expresar elaboraciones, creaciones, producciones, construcciones de dominación o hegemonías, o de transformación, liberación y contrahegemonías, como creo se evidencia a rasgos generales en el balance asumido. Y que ello emerge como una exigencia de "armonía" radical.

En ese sentido, la Revolución cibaëña de 1857 contra la dictadura de Buenaventura Báez en la convocatoria al Congreso Constituyente de Moca en 1857 nos propone que "... al reasumir los pueblos sus derechos deben darse instituciones que estén en armonía con sus ideas y necesidades"<sup>4</sup>. El protagonismo de los pueblos, de las comunidades, se refiere a superar la no correspondencia entre las relaciones sociales y políticas existentes e impuestas y las aspiraciones y necesidades de ellos y ellas; lograr la armonía supone una elaboración de respuestas que sintonicen, pueblos, comunidades, agrupamientos, clases, con la posibilidad de alcanzar satisfacciones materiales y espirituales de mayorías populares.

Es acercándonos aún más a la terrenalidad del pensamiento, para utilizar un acercamiento de Carlos Marx y Federico Engels "...las cosas han ido tan lejos que los individuos necesitan apropiarse la totalidad de las fuerzas productivas existentes, no sólo para ejercer su propia actividad, sino, en general para asegurar su propia existencia... la apropiación de una totalidad de instrumentos de producción es ya de por sí, consiguientemente, el desarrollo de una totalidad de capacidades de los individuos mismos"<sup>5</sup>.

La elaboración estratégica de estimular protagonismos, para generar creativities e innovaciones con sentido para sujetos y conglomerados, debe tener como un posible referente de la apreciación de Benigno Filomeno de Rojas cuando en 1848 nos indicaba que "la apatía que se nota en los pueblos es por la poca costumbre de gobernarse que

<sup>4</sup> "Soberano Congreso Constituyente de Moca. (1857-1858)", en *Documentos Legislativos II. Colección Centenaria de la Republica*, Ciudad Trujillo, Ed. El Diario 1944 (Colección Trujillo).

<sup>5</sup> MARX, Carlos y ENGELS, Federico, "La ideología alemana: Feuerbach. Oposición entre las Concepciones Materialistas e Idealistas", en *Obras escogidas*, op. cit.

tienen"<sup>6</sup>. Y esa urgencia de autogobierno desde pueblos y comunidades, esas necesidades de apropiación de sus circunstancias y procesos, es decir, esa armonización de sujetos, acontecimientos, situaciones y existencias, supone una transformación revolucionaria de las sociedades y no una conservación del "orden" capitalista, o quizás y sin quizás, del desorden burgués establecido.

Como planteó en una ocasión el mismo Federico Engels: "Ante todo, la administración de la industria y de todas las ramas de la producción en general dejará de pertenecer a unos u otros individuos en competencia.... En lugar de esto, las ramas de la producción pasarán a manos de toda la sociedad, es decir, serán administradas en beneficio de toda la sociedad, con arreglo a un plan general y con la participación de todos los miembros de la sociedad. Por tanto, el nuevo orden social suprimirá la competencia y la sustituirá con la asociación"<sup>7</sup>.

#### 4. Implicaciones de una opción de vida y de práctica social

Si acentuamos nuestro acercamiento en esta visión de la armonía, la apropiación, autogobierno y por tanto, la función transformadora de la elaboración de pensamientos, creaciones, innovaciones, instrumentos, situaciones, acontecimientos y procesos, necesitamos admitir también la necesidad de transformaciones sustanciales en roles y funciones. No debe extrañarnos, en esa dirección, la sugerencia de Antonio Gramsci cuando nos susurra, con toda intención que "el modo de ser del nuevo intelectual no puede consistir ya en la elocuencia, motor exterior y momentáneo de los afectos y pasiones, sino en el mezclarse activo en la vida práctica, como constructor, organizador y 'persuasor permanente' por no ser puro orador, y, sin embargo superior al espíritu abstracto..."<sup>8</sup>.

Situarse en ese contexto para elaboraciones y persuasiones permanentes transformadoras no resulta una construcción fácil como lo reconocía el

<sup>6</sup> CAMPILLO Pérez, Julio Genaro, *Benigno Filomeno de Rojas: política y economía*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1994.

<sup>7</sup> MARX, Carlos y ENGELS, Federico, "Principios del comunismo", *Obras Escogidas*, op. cit..

<sup>8</sup> *Antología*, México, Siglo XXI Editores, 1970.



mismo Gramsci al decir que "...suscitar un grupo de intelectuales independientes no es cosa fácil, exige un largo proceso, con acciones y reacciones, con adhesiones, disoluciones y nuevas formaciones muy numerosas y complejas... es la concepción de un grupo social subalterno, sin iniciativa histórica, que se amplía desorgánicamente..."<sup>9</sup>.

Dependiendo de la época histórica la situación será más o menos difícil, y en ese sentido y acercándonos a la coyuntura dominicana y mundial (hoy es un poco más difícil que el ayer cercano) en la medida en que la hegemonía dominante es cada día más "hegemonía coercitiva". Noam Chomsky opina algo que nos toca hoy muy en el terreno personal: "Si quieres mantener tu integridad, generalmente serás crítico, porque muchas cosas que suceden merecen críticas. Pero es muy difícil ser crítico, si se forma parte de los círculos de poder. Por lo general, la mejor posición para un intelectual es estar comprometido con las fuerzas populares que tratan de mejorar las cosas"<sup>10</sup>.

Decíamos que hoy es un poco más difícil, pero sin embargo y a pesar de ello, se abre camino progresivamente la elaboración vinculada a las fuerzas populares, a los movimientos sociales; en la fuerzas populares, en los movimientos sociales, de cara a una compleja transición que está anunciando que la humanidad, y en ella la sociedad dominicana, se acercan a definiciones importantes en la siguiente década, y quizás antes del cierre de esa década.

Mezclarse activo en la vida práctica, contribuir al surgimiento de una elaboración independiente, ser comprometido con las fuerzas populares es una opción urgente por la naturaleza de esta época y momento. En esta línea de reflexión Immanuel Wallerstein propone, y comparto este punto de vista, lo siguiente: "Un período de transición sistémico es un período dominado por la confusión y el miedo. El papel principal de los intelectuales es contribuir a reducir la confusión, aún, y sobre todo, entre los activistas comprometidos con una transformación progresista... De esa

<sup>9</sup> *Op. cit.*

<sup>10</sup> STEFAN, Heinz Dieterich, "Entrevista a Chomsky. Los intelectuales: críticos o servidores del poder", en revista digital *Rebelión*, septiembre de 2000.

forma se contribuye a reducir el miedo y sus reflejos impulsivos... Sin embargo esto no es fácil de lograr porque los intelectuales comprometidos comparten con los activistas la confusión y el miedo... por consiguiente se requiere de una larga conversación y discusión a nivel mundial entre los intelectuales y los activistas, sobre como imaginar una estructura social que sea fundamentalmente diferente de la actual, una estructura que sea relativamente democrática y relativamente igualitaria"<sup>11</sup>.

Se trata en gran medida de subvertir la relación entre elaboración —minorías elaboradoras y transitar a elaboración— articulación de esfuerzos para el surgimiento de masivos grupos crecientemente elaboradores críticos de alternativas sociales. Es la creación de un nuevo acto pedagógico que se expresa la contra hegemonía de fuerzas populares, y por ello el mismo Gramsci define la filosofía transformadora, filosofía de la praxis (y en ello se acerca a Benigno Filomeno de Rojas) diciendo que "es expresión de estas clases subalternas que desean educarse a si mismas, en el arte del gobierno"<sup>12</sup>.

Mientras más exista esa intención pedagógica de interrelación, intercambios, articulación, autoeducación, más poderosa es la práctica de cada sujeto individual o colectivo, siempre asociados a unas propuestas emancipadoras. Es por ello que el subcomandante insurgente Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) refiriéndose a estas problemáticas de intelectuales y movimientos acertadamente dice: "Nosotros preferimos escuchar y discutir con quienes analizan y reflexionan teóricamente en y con movimientos y organizaciones, y no fuera de ellos o, lo que es peor, a costa de esos movimientos. Sin embargo, nos esforzamos por escuchar todas las voces, prestando atención no en quien las habla sino desde donde se habla"<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> "El fin de las certidumbres y los intelectuales comprometidos", revista digital *Memoria*, México.

<sup>12</sup> ACANDA G., Jorge Luis, "El malestar de los intelectuales", en *Temas* No. 29, La Habana, abril-junio 2002.

<sup>13</sup> "Siete pensamientos en mayo 2003". en *Rebeldía* No. 7, México, edición digital del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

En efecto, desde donde se habla, desde donde se pronuncia la palabra, desde donde se hace la incursión, desde donde decidimos actuar, permanecer y participar. Esos lugares probatorios del compromiso porque allí están los que son oprimidos, explotados, excluidos, y con los cuales hay que identificarse para construir democracias, igualdades, autogobiernos, transformaciones sociales. Pedro Francisco Bono polariza los lugares sociales y nos dice: "La clase directora, ésa que no ha sido tan feliz con sus progresos... Descendiente de aquélla que todo lo esperaba de la metrópoli obedece a esta fatal tradición y todo lo pide al extranjero...", mientras que para él pedía en 1884: "déjeseme pobre y luchando con mi trabajo para probarme a mí mismo... esa ha sido mi vida y así conozco mejor el mecanismo del trabajo del hombre sobre todo del hombre pobre"<sup>14</sup>.

## 5. Conclusiones para el ahora mismo

Esas palabras de Bonó, coincidentes con Mounier cuando decía que "de ahora en adelante no tenemos más que un programa: Estar presente en los que sufren y en todo lo que se crea... hombres curtidos que se sienten en guerra espiritual..."<sup>15</sup>.

Esta actitud insurgente sistemática y permanente tiene especial valor ahora en este momento neoliberal, de la dictadura global de pretensión occidentalizadora que usa tropas imperialistas y hegemonías más coercitivas para "abrir mercados" y hacer "revoluciones democráticas" teniendo como eje el imperialismo norteamericano. No es casual que Peter Drucker, nos diga que "el hombre instruido del mañana deberá hacerse la idea de vivir en un mundo globalizado que será un mundo occidentalizado..."<sup>16</sup>, proponiendo una alianza estrecha entre gerentes o managers e intelectuales y afirmando que "...cada uno necesita al otro... el intelectual si no se completa con el manager, crea un mundo en que cada uno

<sup>14</sup> RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio, *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, 2da edición. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1963.

<sup>15</sup> *Esprit*, No 14, noviembre de 1940. *op. cit.*

<sup>16</sup> *La sociedad postcapitalista*, Barcelona, Apostrofe, 1993.



hace lo que quiere pero donde nadie está sin hacer nada... el mundo del manager, si no se completa con el intelectual, se convierte en una burocracia, en una rutina embrutecedora donde reina el hombre de la organización"<sup>17</sup>.

Esta propuesta de racionalidad instrumental que sitúa la elaboración en un rol o función suplementaria del orden capitalista, es decir, una especie de "musicalización" del ambiente de los constructores del orden, de los sostenedores del orden, para poner a hacer lo que quieren las elites burguesas a todo el mundo, es, como dicen, el escenario que reta las conciencias para decir ¡No! Porque, como en una ocasión apuntaba Albert Camus, "La rebelión no nace solamente, y forzosamente del oprimido, sino que puede nacer también ante el espectáculo del otro que es víctima"<sup>18</sup>. Por cierto de esta elite burguesa nacional, transnacional y sus "managers" o gerentes.

Y ahora se trata de eso, de si se va a elaborar, producir, crear, innovar, construir, desde abajo, situados allí, o desde el escenario de las elites burguesas y sus estructuras corporativas y políticas centradas en sus ejércitos de "managers" que se asocian a "intelectuales" para formar equipos de dominación más efectivos. Es el nuevo "estado" redefinido, alianza de burocracias corporativas, políticas e intelectuales, un "estado de la seguridad", para el "libre comercio", la "competitividad", "consenso", "globalización", "sociedad del conocimiento", "dolarización" y las recetas del Fondo Monetario Internacional (FMI), Organización Mundial del Comercio (OMC), el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y etc.

O, repito e insisto, ir a la práctica desde las comunidades populares, entendida la comunidad como "el espacio del tejido (tramado) de relaciones sociales y personales de naturaleza igualitaria y fraternal donde predomina el ser humano o persona como sujeto" y como nos sugiere Marx sin "pragmatismos" de no se puede o es imposible, cuando el

<sup>17</sup> *El hombre rebelde*, 10ma Edición, Buenos Aires, Ed. Losada, 1981.

<sup>18</sup> *Educación dominicana y construcción de conocimientos*, Santo Domingo, Santo Domingo, INTEC, 2000.

hombre real "haya reconocido y organizado sus propias fuerzas como poderes sociales de tal modo que no se separe ya su poder del mismo poder político"<sup>19</sup>.

Y para ello es que debemos elaborar desde abajo, desde las comunidades, para las luchas populares y por tanto hacer orgánico el trabajo de elaboración como creación colectiva de participantes de una conciencia activa, consecuente, no asociada al pragmatismo transador y si a las demandas de las nuevas luchas sociales liberadoras que surgen, están pasando y están por venir.

<sup>19</sup> MARX, Carlos y ENGELS, Federico, "La cuestión judía", en *Obras Escogidas*, Tomo III, *op. cit.*

# La supervivencia de la mentalidad totalitaria

Manuel NÚÑEZ\*

¿Tienen derecho los intelectuales a respaldar a un gobierno o a inscribirse en un partido político, sin al mismo tiempo abjurar de la condición que otros, que se han aureolado como un sanedrín o como jueces marciales, le atribuyen? La idea central que se insinúa tras bastidores es que los intelectuales no tienen derecho a respaldar a ningún gobierno, *so pena* de ser despojados de su honra y de su gloria por un supuesto tribunal moral. Un consistorio de individuos que se ha atribuido el monopolio de las buenas intenciones y de la honestidad y la facultad para juzgar las actitudes de todos los demás. Porque, por lo visto, se consideran a sí mismo inmaculados, impolutos, incontaminados. En resumidas cuentas, una oligarquía de amigos y asociados, que se ha llamado a sí misma la sociedad civil o la "conciencia nacional" o la opinión pública.

La primera víctima de todo ese tejemaneje es la tolerancia. Si para que estos buenos señores consideren a alguien como intelectual y para conservar una buena reputación hay que renunciar al derecho de poder

\*Santo Domingo, 1957. Licenciatura y maestría en literatura y lingüística en la Universidad de París VII (1984). Posteriormente concluyó sus estudios de doctorado en lingüísticas aplicadas a la enseñanza de la lengua, 1993. Es profesor de literatura y lingüística en la Universidad Tecnológica de Santiago (UTESA) y en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ha sido profesor, igualmente, de la maestría de lingüística aplicada del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC). Fue editor de Lengua Española de Editorial Santillana. Es autor y editor de *Lengua y Literatura* (I, II, III, IV) (1995-1999), y de otros manuales concebidos para la enseñanza de la lengua. Ha publicado ensayos de literatura, análisis del discurso, historia y lingüística aplicada en revistas y en libros en colaboración. Entre sus obras figuran: *La apertura del huerto sellado* (1988), *La esencia gráfica* (1989). Estuvo a su cargo la edición de *Novelas cortas, artículos y ensayos* (2000) de Manuel de Jesús Galván. En 1990, se dio a la estampa la primera edición de *El ocaso de la nación dominicana*.



proclamar abiertamente sus preferencias políticas. Derecho, por demás, que la sociedad le concede sin pugnas ni discusiones a todos los ciudadanos, hay que presuponer que esa presunción de deshonestidad por el sólo hecho de inclinarse a favor de una que otra opción política es una clara manifestación de intolerancia.

Si nos atenemos a estas reglas y normas morales establecidas por un grupito de ciudadanos cuyo narcisismo, petulancia y sobreestimación personal los ha llevado a considerarse próceres, estaríamos obrando en un mundo en el que no operaría la libertad de conciencia ni la libertad de expresión. Porque, entonces, los intelectuales estarían al servicio de unos supuestos sacerdotes que elegirían, por ellos, cuál debería ser su comportamiento político. En definitiva, lo que se quiere es despojar a los intelectuales de sus derechos civiles y convertirlos en instrumentos de esas oligarquías. Menuda manipulación.

Desde el punto de vista de la tradición intelectual hay dos concepciones fundamentales que empalman con las mancuernas de la manipulación. La creada por Jean-Paul Sartre, del *intelectual comprometido o engagé*, referida únicamente a los gobiernos y a los partidos totalitarios. Se trataba de un compromiso para defender a las sociedades de partido único, a los partidos universitarios que tenían concepciones similares a estos regímenes, y se concebía como oposición permanente al pluralismo político. En segundo lugar, de pareja prosapia es la concepción de Antonio Gramsci del *intelectual orgánico*, que concebía al intelectual como una ruedecilla de la organización de la sociedad, y que presentaba el compromiso no como una elección sino como una función. En ambas concepciones se concibe al intelectual como instrumento de un partido, de un sindicato o de un gremio. Dicho monda y lirondamente: como un Prometeo encadenado a la dominación establecida por los que detentan el control de la opinión, del mercado y del poder.

Tal es la concepción que proclama que todos aquellos intelectuales que militan en la acera contraria deben ser desacreditados, vapuleados con una salva de insultos zafios y humillados porque no opinan, con arreglo al Santo Oficio de la sociedad civil. El espíritu de Savoranola o de Torquemada se conoce a leguas. Primero se establecen unas inviolables

normas morales, de las cuales, los censores se proclaman custodios; luego se procede a la aplicación selectiva de esas normas. Y, finalmente, se expide un certificado de limpieza moral.

Pero, ¿quién puede en este país expedir un certificado de limpieza moral?

- ¿Los periodistas y comentaristas de la radio y la televisión? cuyas palabras se hallan condicionadas por los que les pagan la publicidad y por los grupos propietarios de los medios de comunicación. O constreñidos por la falta de probidad, o por la incapacidad en el ejercicio de sus funciones. Si metemos recónditamente el escalpelo y examinamos a fondo las encuestas sobre la credibilidad de los mass media, veremos que su reputación nunca ha sido cimera.
- ¿Los elegidos por el pueblo en los distintos cargos del Ejecutivo y del poder legislativo pueden ser dechados de limpieza moral? Desde luego que no. Porque los representantes han corrompido la propia función de la representación, y su reputación como la de todos los políticos, anda de capa caída.
- ¿Los intelectuales de la oposición política? tampoco. Porque sólo son capaces de una indignación selectiva; ponen en sordina sus propias lacras y practican la amnesia de su propio ejercicio de poder en el Estado, o en sus grupúsculos, en los sindicatos y gremios.

El argumento que yace en el hontanar de la reflexión parte de la falacia de que las únicas adhesiones políticas desinteresadas y pulcras son las propias, y que las ajenas carecen de principios, de ética, de pulcritud, y representan el envilecimiento intelectual. Es un ataque al pluralismo. En democracia la mayoría gobierna o se impone a los deseos de la minoría. Pero las mayorías no son estáticas; y las minorías pueden, a su vez, transformarse en mayorías. La descalificación o el linchamiento moral de una y otra sólo puede explicarse por la intolerancia de las mentalidades totalitarias.

Atribuirle semejantes dones a un grupo de la sociedad constituiría, en puridad, un fraude ideológico. Pero, además, si partimos del hecho de que el principio de la libertad política para todos los ciudadanos, incluyendo

los intelectuales, no ha desaparecido en este país, mal podríamos exigirle un certificado de limpieza moral a los intelectuales por manifestarse a favor de una opción que disguste a los que presumen tener el monopolio de la compasión y de la honestidad.

En todos los cenáculos, en todos los mentideros y tertulias se habla *urbi et orbi* de la existencia de una cultura autoritaria. Se ha convertido en un tópico del cual se echa mano cada vez que se quiere dar explicación de las más estrambóticas truculencias institucionales. En realidad, hay un trasfondo autoritario que comienza mucho antes de la proclamación de la Independencia. Luego de veintidós años de dictadura haitiana, de aplicación de un despotismo descarnado, comienza un ejercicio autoritario en los gobiernos de Buenaventura Báez y Pedro Santana por casi treinta años. El siglo decimonono concluye con la dictadura de 13 años de Ulises Heureaux y con el magnicidio del dictador en 1899. El siglo xx se inicia con gobierno de fuerza, con la dictadura de Ramón Cáceres en 1906 y el magnicidio del hombre fuerte en 1911; como paréntesis de los gobiernos autoritarios se impone el caos y la inestabilidad en el mando que provoca la ocupación norteamericana de 1916-1924. Los ocho años de intervención son una muestra ejemplar de dominación autoritaria. Los treinta y un años de tiranía trujillista son un ejemplo grandilocuente de una tradición que halla su cenit en ese período histórico que se confunde con el desarrollo del Estado dominicano. En los años sesenta, los gobiernos de fuerza, que, por los usos podría llamarse la dictadura constitucional de Joaquín Balaguer mantienen un ejercicio del poder autocrático. Todo ese pasado podría haber servido para apuntalar la idea de la supervivencia en nosotros de una cultura autoritaria. De las mancuernas de ese pasado, no han de redimirnos aquellos que han pasado los veinte y treinta años de sus vidas defendiendo desde las universidades, desde los partidos totalitarios o desde los partidos universitarios, sociedades de partido único, dictaduras celestiales, justificadas por la aplicación de una ideología milagrosa, destinada a salvar a la humanidad. No son, pues, los padrinos de esas dictaduras que han fracasado radicalmente en toda la tierra; los que han aplaudido los fusilamientos, las encarcelaciones, la supresión de elecciones, la eliminación del pluralismo político, la supresión



de la libertad de asociación y de la libertad de expresión las personas para libertar a la sociedad dominicana de la llamada tradición autoritaria.

Los que han sido doctrinalmente autoritarios, no pueden erigirse en profesores de una democracia que despreciaban, que desacreditaban con toda guasa y horror y, menos convertirse en tribunal que expide un certificado de democrático o de autoritario.

Cada vez que se toca el tema de "los intelectuales y la política", se hace con el espectro de las teorías del compromiso asumidas por Sartre o con el sambenito del intelectual orgánico de Gramsci. Hay un trasfondo de acusación en el tema de esos coloquios. A los intelectuales se les critica, se les censura, se les apostrofa, se les descalifica porque no se ponen al servicio de un compendio de normas y reglas inventadas por intelectuales de mentalidad totalitaria que desprecian el pluralismo político, que creen tener el monopolio de la honestidad, de la verdad y de la ciencia y, en nombre de esas ilusiones, quieren erigirse como jueces cuando, en realidad, son verdugos al servicio de una ideocracia.

Afortunadamente, los intelectuales no son una asociación. Ni un grupo homogéneo ni pertenecen a un partido único, sino una sociedad variopinta, sustentada por las amistades y por las enemistades, por los amores y por los desamores, necesarios para que obre el pluralismo de las ideas, sin el cual la propia democracia quedaría amputada de un pulmón esencial.

La política de la tolerancia empalma con el pluralismo político. Pero históricamente el gobierno de los intelectuales o el poder de los intelectuales se asocia en nuestro país con prácticas totalitarias.

Hacia 1930, cuando Rafael Trujillo asume el mando del Estado, imperaba en el mundo la idea de que el despotismo o las dictaduras totales podían transformar las sociedades y eran preferibles a los poderes democráticos, refrendados por el pueblo. En Europa sonó el clarín del fascismo en Italia, bajo la batuta del duce Benito Musolini; en Francia, durante la ocupación, se instaura el gobierno del mariscal Petain; en España, luego de la guerra civil de 1939, con el ascenso del general Franco; en Portugal, con Salazar; en Alemania, Hitler y los nazis, en la Unión Soviética, José Stalin; en América Latina con las dictaduras de Rojas Pinilla, en

Colombia; Machado y Batista, en Cuba; Odría, en Perú; Francia y Stroesner, en Paraguay; y un oropel de *dictablandas* y de regímenes de fuerza, nos hace ver que probablemente, en esa época, como en ninguna otra, era palmaria la idea aceptada en el fascismo, en el nazismo e incluso en el comunismo de que las sociedades debían suprimir el pluralismo político, y ser dirigidas por redentores que asumieran en nombre del pueblo, sobre todo, de sus marginados; o de la raza aria o de una supuesta ideología milagrosa, el control de toda la sociedad.

El régimen que comienza, en febrero de 1930, en la República Dominicana se propuso controlar todos los medios de comunicación: radio, televisión, periódicos; todos los mecanismos de instrucción y aparatos ideológicos; escuelas, universidades, iglesias, asociaciones, sindicatos, gremios; y aun cuando no tuvo el control de los medios de producción, porque se mantuvo el respeto de la propiedad privada, Trujillo que llegó a ser el hombre más rico de República Dominicana, mantenía, parejamente, el control de toda la riqueza que se producía en el país, y era, prácticamente, imposible que un desafecto de su régimen pudiese ser empleado por una empresa particular. Podría decirse sin alardes de hipérboles que el régimen tenía, igualmente, el control de los empleos y con ello quedaba consagrada su dominación sobre las familias, sobre las personas y sobre el territorio. Sus mecanismos de control, se hacía manzana por manzana, mediante una organización civil, llamada *caliesaje*. No existía siquiera libertad de circulación en el propio territorio de la nación. No se podía recorrer las provincias libremente, sin ser olfateado por los sabuesos del régimen. Tampoco se podía escapar de la Patria Nueva sin poner en peligro a las familias y allegados. La población estaba obligada a asistir a las grandes manifestaciones, desfiles, ceremonias y celebraciones que se hacían para honrar al dictador. El dictador inventó un pasado oficial y convirtió su permanencia en el poder en un catecismo para toda la población, colocando a los esbirros de esa ignominia a la altura de los próceres nacionales. No había lugar para los indiferentes; el intelectual que no mencionara en sus charlas o en sus escritos la figura egregia del dictador se exponía a las horcas caudinas: pérdida del empleo; exclusión de las sociedades profesionales, de las cuales el dictador era el



miembro más prominente, con todos los títulos y órdenes de la tierra. Y, en algunos casos, la desobediencia podría ser castigada con presidio y hasta con la pérdida de la vida. No pocos fueron asesinados, encarcelados y torturados por imprudencias verbales, hijas de una borrachera o de la provocación. El régimen de Trujillo viene como colofón de una larga etapa de desorden institucional. Las generaciones intelectuales que entraron en liza en 1930 quedaron atrapadas en el totalitarismo.

Tenían tres opciones. O permanecían sin colaborar, sin trabajar en ninguna actividad que dependiera del visto bueno del dictador, rebeldes y en algunos casos, prácticamente, en arresto domiciliario por treinta y un años. O, en caso de que lograsen obtener un pasaporte y pudiesen penetrar en un descuido de las autoridades la sede de una embajada extranjera y se exiliaran y entonces, aunque no en todos los casos, podían ejercer la crítica al régimen. Pero aun fuera del país, Trujillo mantuvo en sordina a muchos exiliados. Porque las familias de estos corrían el riesgo de represalias. Verbigracia, el caso de los padres de Juan Bosch. El escritor dominicano había vertido acerbas críticas al régimen, acusándolo de criminal y el régimen, en represalia, acusó por todos los medios de comunicación y a los cuatro vientos, al padre de Bosch de ser un proxeneta y a la madre de celestina. En esos momentos, la vida de estos ancianos pendía de un talud. El régimen carecía de escrúpulos; practicaba una maldad sin límites. En otros casos la dictadura pagaba directamente a matones para eliminar a los críticos, tal como acaeció con Mauricio Báez en La Habana o con Andrés Requena, en Nueva York.

Pero la servidumbre al régimen tuvo sus particularismos. Algunos le sirvieron como funcionarios y ejercieron sus faenas con probidad como don Víctor Garrido, Ramón Emilio Jiménez, Manuel A. Peña Batlle, Julio Ortega Frier; otros se dedicaron a la defensa moral del régimen como Francisco Prats Ramírez, Tomás Hernández Franco, Rafael Vidal Torres, Joaquín Balaguer; otros se dedicaron a labores de denuncia de los desafectos, como aconteció con casi todo el servicio diplomático de Trujillo; no se conocen casos de intelectuales que trabajasen directamente para los servicios de seguridad como acaeció con las modernas dictaduras de izquierdas.



En *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Andrés L. Mateo ha descrito en toda su menudencia el funcionamiento de la dictadura, en lo que respecta al culto a la personalidad, el manejo de la mentira servida como información general, el control del folclore: los cuentos, las canciones, los merengues y la literatura, la historia y el ensayo para adoctrinar con el credo totalitario a toda la población. ¿Qué nos queda de ese pasado?

Suponemos que muchas de las intolerancias y usos se mantienen vivos en las costumbres, en los sindicatos, en los gremios, en los partidos, como una supervivencia de tres decenios, y acaso más tiempo si incluimos las dictaduras decimonónicas, de manejo autoritario y antidemocrático.

Pero sería injusto atribuirle a ese pasado la responsabilidad de que a la muerte del dictador, en 1961, no adviniera una intelectualidad auténticamente democrática.

En esos momentos la cultura dominante empalmaba con la creencia de que los totalitarismos de izquierda, en sus diferentes versiones, la soviética, la cubana, la china, la albanesa, eran la llave para acceder al futuro al que debía propender el dominicano. Según esto, para estar en la vanguardia de la historia había que suprimir el pluralismo político e implantar una sociedad de partido único, dirigido por un comité central, que a su vez depende de un politburó, que a su vez depende del líder máximo.

Una porción de la oposición a la dictadura de Trujillo, lo hacía para suplantarlo por otra dictadura. Dicho más claramente: en el corazón de la sociedad pluralista, surgen de repente individuos cuya misión era suprimir el pluralismo, implantar una sociedad de pensamiento dirigido y un régimen de autosubsistencia; importar por porciones o totalmente las sociedades totalitarias, columbradas en ese punto y hora, como las señales de los progresos de la humanidad.

Esta adscripción voluntaria a esa mentalidad totalitaria hizo que se reprodujera, en ese micro poder, que fue en su día la Universidad Autónoma de Santo Domingo, los castigos económicos, las exclusiones, los fusilamientos morales y todo el ejercicio totalitario de que se ha hecho gala en las instituciones surgidas de las ruinas de los partidos universitarios: gremios, sindicatos, ONG.

Lo que resulta intolerante es que individuos que ya peinan canas, porque han pasado más de treinta años de sus vidas en esas prácticas, quieran ahora presentarse como profesores de democracia. Que aquellos que han manifestado una total indulgencia con las dictaduras de izquierdas, que no han condenado sus fusilamientos recientes y antiguos, ni la supresión de la libertad de asociación y de reunión, ni la eliminación del pluralismo político ni la implantación de sociedad de pensamiento dirigido, quieran ahora erigirse en tribunal moral para expedir certificados de democráticos, en jefes de seminarios, conciencias nacionales de un Estado que ellos intentaron suprimir.

¿De qué viven los intelectuales?

1. De las universidades, y en este caso, sus opiniones se hallan encorsetadas por los partidos universitarios, por el mando de la rectoría del grupo que controla la cátedra y las materias y que puede, en caso de que las opiniones del intelectual lo conviertan en un desafecto, suprimirle el pan y la sal. Así ha acaecido con un grupo de colegas que intentaron fundar una asociación de profesores en la UTESA, fueron despedidos con cajas destempladas.
2. De los grupos económicos, asociaciones bancarias o conjuntos de empresas de comunicación, con la misión de proteger los intereses ideológicos del grupo y de los patronos que pagan sus salarios o les sirven de sombrilla.
3. De los cargos burocráticos del Estado, y en tales circunstancias, no importa el régimen en el cual se hallen, sus voces se hallan encastilladas por las obligaciones políticas.
4. De las ONG y en tales casos, el intelectual obedece a los propósitos de los gobiernos o de las instituciones extranjeras que financian sus planes y pagan sus salarios. Hemos visto, por ejemplo, que los Estados Unidos ya no necesitan para influir en la política dominicana al "americano feo", personaje de triste recordación, inmortalizado en el cine por el inolvidable Marlon Brando. Porque cuentan con boys dominicanos y programas ejecutados por sus agentes cipayos, que tienen el mal gusto de disfrazar sus opiniones como voces independientes.

¿Puede decirse que existe una frontera infranqueable entre los intelectuales "oficialistas" y los que se proclaman como "independientes?". Para algunos podría resultar más digno servirle a los propósitos de la Embajada de los Estados Unidos al través del programa PIB que al propio Gobierno dominicano. Para otros ha de ser más honroso servirle a un grupo económico como escudero o alabardero de un gran señor que hacerlo en una secretaría de Estado. ¿Hay razones para pensar que aquellos que son empleados de estos poderes fácticos, ataviados con la librea de banqueros, con el atuendo de consultor internacional o como alcahuete de los grandes señores de la empresa o de las finanzas son más independientes que aquellos que sirven directamente y a cara descubierta al Estado? Desde luego que no.

Vistas así las cosas, nos percatamos que el poder viene de todas partes. Del Estado, de las empresas, de los grupos financieros, de las universidades, de los grupúsculos de la sociedad civil... Pero más allá de las fronteras establecidas, de las lindes que no pueden franquearse sin pagar un alto precio, lo que se pide a un intelectual es que proclame las ideas y no la brumosa terminológica. Que no fundamente sus tesis en la descalificación del adversario, sino en la argumentación, en el dato, en el conocimiento. Que no se comprometa con el relajo, con la sorna, con el sarcasmo sino con un espacio plural en el que amigos y enemigos podamos coexistir, sin que sintamos la íntima necesidad de eliminarnos físicamente y de librar una guerra a muerte y definitiva.



## Debates

### **Padre SANTIAGO DE LA FUENTE**

Tengo la impresión de que los intelectuales ganan poco en la opinión pública. Mi pregunta sería: ¿Qué puede y qué debe hacer el intelectual dominicano para que sea más comprendido y más respaldado por la opinión pública?

### **Luis BREA FRANCO**

Mi pregunta va dirigida a Manuel Núñez. Manuel, tú nos has descrito, prácticamente, el mismo país de don Alejandro Woss y Gil, es decir, una gran plasta de mierda bajo un cielo azul turquí. ¿Cuál es el criterio entonces? porque el intelectual tiene que dar criterios. Tu has dicho: "Todos estamos sucios. Nadie puede hablar." Pero no has dicho cuáles son los criterios para entonces identificar al intelectual. Gracias.

### **Simón GUERRERO**

Quería hacerle una pregunta a José Antioe Fiallo a propósito de su intervención pues cita como la elaboración de un fallo democrático a los partidos y organizaciones que eran explícitamente partidarios de una dictadura, de la dictadura del proletariado, por ejemplo, y al mismo tiempo elogia el surgimiento en las organizaciones de las democracias capitalistas, de las organizaciones populares independientes del poder político y de las instituciones convencionales, una especie de autogobierno. Por otro lado también plantea que es ingenuo un ensayo democrático apoyado en el eje del imperialismo. Me gustaría algo un poco más claro. Quisiera saber si ese ensayo democrático debe partir del eje de la revolución cubana y si lo que se propugna son organizaciones populares

independientes, un poder popular que finalmente asalte el poder político o sencillamente que quede abajo gobernando o gobernando con el poder político; y, finalmente, si ese tipo de actividad que él elogia tanto en estas sociedades sería posible en regímenes como el de Cuba.

Hago esta pregunta porque resulta impresionante la agudeza crítica de los intelectuales de izquierda cuando se trata de enjuiciar las instituciones en las democracias capitalistas, y la cándida ingenuidad que muestran al analizar la misma situación en los regímenes en los cuales imperan "dictaduras del proletariado". Paradójicamente, los "intelectuales de izquierda", con esta dualidad ética que los induce a la crítica incisiva y sistemática, han contribuido al mejoramiento de las democracias capitalistas. Es una lástima que los regímenes socialistas no hayan podido beneficiarse de esta práctica, pues este tipo de intelectual es producido en esos países únicamente para fines de exportación, ya que el consumo interno está prohibido.

Karl Popper, en *Las sociedades abiertas y sus enemigos*, que es la crítica más contundente a las ideas político-filosóficas de Marx y que no han leído millones de marxistas en todo el mundo, plantea la imposibilidad de verificar las hipótesis de Marx, ya que las mismas están formuladas en términos tales que no es ni siquiera imaginable un hecho que las refute. Son hipótesis "capicúas" cuya predicción se confirma siempre, ocurran o no los hechos que predicen. Popper vivió lo suficiente para presenciar el desplome pacífico de la Urss y constatar que para millones de partidarios del socialismo ese hecho contundente no probaba el fracaso del sistema. "Fue el estalinismo, no el socialismo el que fracasó" —afirman los trotskistas. "El entierro del socialismo es un entierro sin muerto" —claman los estalinistas. "Lo que fracasó fue el revisionismo por apartarse de los lineamientos de Stalin". Curiosamente, el camarada Stalin parece ser, para bien o para mal, la única causa eficiente explicativa del descalabro socialista.

### **Edgar PIMENTEL**

Mi pregunta está motivada por la intervención de Fidel Munnigh, quien hablaba sobre la necesidad de la supervivencia del intelectual, sobre

cómo vive, cómo tiene que someterse a ciertos poderes para poder hacer su obra, lo cual mediatiza sus opiniones. Entonces, ¿por qué el intelectual dominicano se preocupa tan poco por el mercado, por la situación económica? Los intelectuales no dicen nada, no dicen nada sobre el endeudamiento o sobre la desconfianza, por ejemplo, que es un tema propio de intelectuales, filósofos y cuentistas sociales. ¿Por qué el intelectual dominicano no se expresa en torno a esos temas?

### **Clodoaldo MATEO**

Esta segunda parte del evento nos deja un sabor medio frustrante. Esta mañana quedó prácticamente decidido que no existía un "espíritu de cuerpo" de la inteligencia dominicana, que prevalecía el individualismo natural de los intelectuales, que no son orientadores. Además, si miramos cuarenta años atrás, para empalmar con la disertación de Manuel Núñez, cuando la dictadura de Trujillo, o se estaba con el régimen o se estaba preso o se estaba en el exilio, sin olvidar a los que fueron asesinados. Por ejemplo, para recordar intelectuales españoles, como Galíndez, que pagaron con sus vidas también y los consideramos parte nuestra pues muchos de ellos hicieron grandes aportes a la cultura dominicana, así como el caso de Marrero Arísty. Pero al desaparecer la dictadura los intelectuales comprometidos con el régimen callaron. Entonces surgió una especie rarísima, una suerte de trujillistas de izquierda, como Juan Francisco Sánchez, Sánchez Cabral, si no recuerdo mal.

Yo era un muchacho, apenas comenzaba mis estudios en la universidad cuando llegó un grupo del exilio maravilloso, con ideas de izquierda. Llegó Corpito Pérez Cabral, Dato Pagán, Pedro Mir, para mencionar algunos. Pero qué frustración con otros intelectuales que regresaron, como me sucedió específicamente con Jimenes Grullón. En esa época asistí en el Ayuntamiento de Puerto Plata a una conferencia de Jimenes Grullón. El 99% de los allí presentes, les garantizo, no entendimos nada de la conferencia que duró dos horas. Sin embargo tuvo sus resultados. Si luego tuve inquietudes humanistas fue motivado por esa conferencia, pues me dije: "¿Cómo va a ser que alguien me esté hablando en castellano y no entienda nada de su disertación?". Lo digo con toda honestidad. Pero qué



frustración para los intelectuales dominicanos que regresaron del exilio y luego se comprometieron con los que derrocaron a Juan Bosch en septiembre de 1963. Sobre todo aquellos que hablaban de libertad y se comprometieron con el retroceso. Eran antitrujillistas de derecha que también fueron responsables de los miles de muertos de los años posteriores. En esos intelectuales golpistas hay frustración. Hoy día hay los que hablan, y aquí voy a ser un poco reservado, de democracia, hacen todo en aras de la democracia, se presentan como mediadores de conflictos nacionales desde hace décadas, una suerte de bomberos nacionales. Son los que, sin inmutarse, se reeligen siempre en sus respectivas universidades. Entonces, ¿qué democracia es ésta? Existen también los que están en organizaciones no gubernamentales y no le dan oportunidad a otros. Por más buenos y eficaces que sean, la rotación, la alternabilidad es buena y hasta necesaria.

Ahora bien, si los intelectuales no tienen un criterio de unidad ni vocación de orientadores, ¿a quién le estamos dejando esta función? ¿a un periodismo comprometido, vendido por apartamentos, viajes, etc.? ¿a los pseudoperiodistas de la mañana, de la tarde, que se la dan de intelectuales? Eso es lo que se vende, lo que la gente escucha. Una vulgaridad que se ha generalizado, desde el poder, en todas las instancias del país, pues la solemnidad de la representación se ha perdido. Entonces si los intelectuales no se ponen de acuerdo para decir. "Por ahí es por donde debemos ir, esta es una alternativa." ¿Qué nos espera?

### Lucas VICENS

Pienso que deberíamos felicitar a Guillermo Piña Contreras por haber iniciado esta polémica con varios artículos en *El Caribe* que seguí con mucha atención. Luego, el poeta y escritor Enriquillo Sánchez publicó un ensayo en el que decía que ya los intelectuales no existían. A mi entender, y es mi planteamiento, aquí se ha dicho en las exposiciones magistrales de tres jóvenes que una vez, como decía Sábato, pensaron cambiar el mundo, y hay uno que todavía persiste en transformarlo y persiste en decir: "Cito a Marx y cito a Engels, y no tengo miedo"; pero los otros dos también vienen de esa escuela o estuvieron muy cerca de ella y de esas

opciones prácticas, fácticas. Sin embargo, a lo que me voy a referir ahora es a una transición epocal por la que ha atravesado el mundo como ha pasado en otros estadios históricos de la civilización y que por supuesto los períodos de transición en la historia han sido más largos que los períodos de vigencia, que los períodos de modos de producción. Esa es una tesis probada. Por ejemplo, la transición del feudalismo al capitalismo fue bastante larga; por igual, la transición hacia las sociedades post-capitalistas es algo que nos va a llevar mucho tiempo, pero el capitalismo que conocemos hoy es muy distinto al que estudio Marx.

Ahora bien, mi pregunta es muy concreta y dirigida a los tres últimos expositores, pues Piña Contreras nos ha dado la enorme posibilidad de mandar, con nuestra opinión sobre las ponencias, una carta o un CD a la Universidad APEC, en la Máximo Gómez 85: ¿Qué rol han jugado las universidades en la pobreza? En la pobreza y en la muerte, como dice Enriquillo Sánchez o como Guillermo Piña Contreras se ha preguntado desde que llegó de París: ¿Dónde están los intelectuales? Guillermo decía esta mañana que cuando era embajador en Francia no le tocó Irak, que le tocó un período más suave. Es cierto, le tocó la época de oro de Clinton y de la economía norteamericana. ¿Hubo debate? Por eso repito: ¿Qué rol han jugado las universidades en la extinción, en la muerte, en el miedo, en la desaparición, el silencio, en la huida o en el cambio de oficio del individuo? Es legítimo que una persona decida cambiar de oficio un día. Una persona pudo haber sido intelectual en una época y en otra cambiar de oficio. Orlando Inoa, por ejemplo, decidió ser editor de libros, ser impresor. Eso es legítimo. Manuel Núñez hacía una defensa brillante de su derecho a ejercer un cargo público sin ser deshonesto. Sin embargo vuelvo a las universidades. ¿Qué rol han jugado las universidades en ese papel? Me parece que ni el Estado ni los poderosos son culpables de eso. Este evento se está desarrollando en el salón APEC, y aquí se ha dicho de todo. Y creo que las citas que ha hecho José Antinof de Marx no han derribado el edificio ni la policía ha entrado. Hoy, 29 de noviembre de 2003, eso nos parece curioso. Vivimos el momento más increíble y hasta paradójico. Yo escribí artículos incendiarios durante el gobierno de los doce años de Balaguer y durante los primeros años del

gobierno de Antonio Guzmán en 1978. Sin embargo, a pesar de la aparente libertad de expresión, hay una serie de gente que graban conversaciones telefónicas con la finalidad de coartar la libertad de expresión por la vía de los impuestos, por ejemplo. Hay un departamento que se llama: Dirección de información y prensa o algo así, que graba y que persigue. Entonces, el intelectual que muestra independencia en sus ideas sabe que tiene que sufrir las consecuencias de su independencia para sobrevivir en este mundo como cualquier otro que no se preocupa por generar ideas ni quiere transformar el mundo. Finalmente, ¿qué rol han jugado las universidades en la huida o en la muerte o en el suicidio de los intelectuales? El suicidio no es sólo físico, puede ser también metafórico. Yo me suicidé una vez como profesor universitario. Esa era la actividad que más amaba, y decidí suicidarme, con el dolor de mi alma. Lo hice porque no podía vivir. Tenía una hija y no podía vivir. Tenía que decidir entre educar a mi hija o dejar la universidad, y la dejé. Pero no he abandonado mis ideas y me considero intelectual. Esas son mis preguntas.

### **María Jose ALVAREZ**

Mi pregunta va dirigida a Fidel Munnigh. Me pareció entender que no tenemos grandes intelectuales porque no hemos tenido grandes problemáticas en nuestro medio de magnitud universal. Si ese no fue su planteamiento podría desarrollar un poco más ese aspecto.

### **Miguel DECAMPS**

Después de escuchar a mi muy querido José Antinoe Fiallo con una exposición totalmente desfasada de la realidad, tal vez para escudar la irresponsabilidad de tomar posiciones, es verdaderamente descorazonador. Escuchar al señor Munnigh que dijo que efectivamente todos teníamos a quien obedecer porque dependemos de quién nos pague. Y luego, por colofón, a don Manuel Núñez del cual no voy a hacer mayor comentario que exclusivamente lo que él dijo. Mi pregunta es: ¿Tenemos que llegar real y efectivamente a la conclusión de que el intelectual depende de quien le pague?



### José Antinoe FIALLO

En mi ponencia, como se podrá observar, para no individualizar no me metí mucho en el concepto de intelectual. Preferí el de elaboración. Cuando me puse a estudiar la insurgencia de Sebastián Lembá en el siglo XVI, me di cuenta de que no había pasado por la universidad ni había hecho cursos de postgrado, así como tampoco ningún clérigo lo había orientado y, sin embargo, realizó uno de los alzamientos de esclavos más importantes. Eso implicaba una elaboración, implicaba una estrategia. Entonces uno se pregunta si Sebastián Lembá y los que se alzaron con él eran intelectuales, para utilizar ese concepto. O sea, nos metemos en una discusión, para usar el lenguaje dominicano, pendeja, porque indudablemente el tipo, el grupo que se alzó con Lembá, como muchos alzamientos cimarrones, hicieron una elaboración, construyeron una visión, un pensamiento y una estrategia.

Como decía esta mañana el padre Santiago de la Fuente, estamos asistiendo a un proceso bien interesante de agotamiento histórico. Me parece que toda la sociedad dominicana lo está percibiendo. Hay un agotamiento del manejo de la política que tiene que ver con la vida cotidiana de la gente, estamos asistiendo a un agotamiento generalizado que abarca todas las áreas importantes de la sociedad, y por tanto estamos asistiendo también al agotamiento de los que se llamaban, de lo que nosotros llamamos, intelectuales, esa suerte de remanentes de los años 50, 60, 70. Estamos asistiendo a un agotamiento intelectual, entre comillas, tanto en la capacidad creativa como generacional. Lo mismo que sucede entre padres e hijos con respecto a los gustos artísticos, por ejemplo. Es un problema de generación. En ese sentido le diría al padre Santiago de la Fuente que estamos en una fase de agotamiento y todavía no aparece claramente de qué manera se va a producir la sucesión de la creación y de la producción intelectual, no de manera individual viendo al intelectual como un ser aislado que está por ahí, sino como un fenómeno mucho más complejo y más articulado al proceso social. Eso es lo que está pasando. Las razones por las que el Padre formulaba la pregunta, no las conozco. Sin embargo, le podría responder que el agotamiento de ese tipo de intelectual es el mismo por el que están pasando los cuadros

de comedia en la televisión, los programas de variedades que hay al mediodía y en la noche también. Padre, creo que hay un agotamiento y esa es la clave para responder a su pregunta.

Por otro lado, para responder a Simón Guerrero, le diría lo siguiente: al hacer el razonamiento histórico, pasé un balance para buscar estrategias de elaboración, fórmulas de elaboración desde perspectivas conservadoras y desde perspectivas de transformación de la sociedad. Mi respuesta es directa y no crea que le vaya a evadir la pregunta. En 1984 escribí *La izquierda en la historia política dominicana contemporánea*, publicado en octubre de 1985. Mi respuesta es extraña, pero puede ser inteligente. Resulta que la izquierda dominicana, en sentido general, es una izquierda conservadora, mejor dicho, una izquierda reformista. Ese trabajo mío se centra precisamente en esa crítica. Aparentemente analizo una izquierda que planteaba transformaciones de fondo y que, sin embargo, terminaba de manera práctica en sistema de transacción de reforma. Eso pasó en la década del cuarenta. En la década del cuarenta teníamos el Partido Socialista Popular con un esquema aparentemente, vamos a decir, stalinista, pero cuando uno busca la intención y la propuesta se da cuenta de que hay planteamientos básicamente de reformas de las condiciones sociales. Y eso va a pasar después del sesenta, setenta, ochenta y está pasando todavía en 2003. Pudiéramos decir que estaban de acuerdo con una formulación política determinada, autoritaria, etc., pero cuando uno va a analizar el proceso histórico se da cuenta de que esa tradición de izquierda no era una tradición de transformación revolucionaria. Por eso es que yo hago énfasis en todo lo que se refiere a autogobierno. Me muevo entre una lectura de la tradición liberal y democrática dominicana y una tradición socialista que está centrada en la idea de lo comunitario, porque está planteada muy claramente en Marx donde se hace el acercamiento, mucho más si es sobre la Comuna, es decir, sobre la radicalidad del planteamiento de que la gente tiene que asumir sus propios procesos históricos. Eso significa situar la discusión en un terreno absolutamente radical. Se trata de una revisión crítica del planteamiento de la izquierda tradicional, de un acercamiento a las tradiciones que nos deja el proceso histórico dominicano, y cómo esas tradiciones del



proceso histórico dominicano se pueden trabajar en los aportes importantes que hizo y ha hecho el pensamiento socialista. Cosa que me parece sumamente importante. Diría incluso que el concepto de autogobierno, en primer lugar, viene tanto de la tradición de la elaboración del pensamiento liberal más radical dominicano como del pensamiento socialista y del poder popular. Éste, por cierto, es un concepto que utiliza Gregorio Luperón.

Efectivamente ese es uno de los problemas más frecuentes cuando hacemos la revisión del proceso histórico dominicano y es que no se ha hecho una reflexión adecuada sobre los aportes del pensamiento político dominicano. Cualquiera cree que la consigna "¡Patria o muerte!", por ejemplo, fue un invento de la Revolución Cubana. No. Esa consigna figura en los documentos oficiales del gobierno provisorio restaurador de 1864. Y la concepción de que debía producirse una democracia mucho más directa y participativa, está consignada en ese tipo de pensamiento. Sobre todo ese es un esfuerzo para que en la acción propositiva del presente y del futuro se tengan en cuenta la variedad de aportes que confluyen en esa visión de la participación democrática, de la elaboración participativa del tipo democrático y transformadora, para quitarle a la naturaleza la visión tradicional del intelectual de que es un fenómeno individual, de que anda por ahí elucubrando cosas, y que no está insertado dentro de un proyecto realmente transformador. Por mi parte he tratado, desde hace años, de moverme en ese terreno de cómo se recuperan las tradiciones democráticas desde la época colonial hasta lo que nosotros estamos viviendo en la actualidad. Cuando por ejemplo unos muchachos, en medio de una huelga general, se ponen a jugar baloncesto en el elevado del V<sup>to</sup> Centenario. La gente no se da cuenta de que se trata de una apropiación de los territorios, de una nueva forma de protesta generacional. Eso es muy importante tenerlo en cuenta y verlo en ese sentido.

En cuanto a la transición a la que hacía referencia Lucas Vicens, me parece sumamente interesante: la transición al capitalismo comenzó en el siglo xi, y ¿hasta cuándo duró perfilándose el capitalismo? Hasta el siglo xvii, xviii. ¿Cuándo comenzó la transición? Comenzó a principios del siglo xix y estamos en el siglo xxi. Y gente que se dedica a estudiar profundamente la



problemática dice que esta transición puede durar 50 ó 60 años. Cincuenta o sesenta años por la naturaleza de los conflictos que se están produciendo en el mundo. De manera que lo que dice Lucas Vicens es importante tenerlo en cuenta. Estamos en una transición y, como dice Immanuel Wallerstein en *El papel de los intelectuales en la transición actual*, tenemos mucha incertidumbre y tenemos miedo. Entonces la función de la elaboración es tratar de esclarecer un poco el curso de la humanidad y de la sociedad dominicana para ver como nosotros nos vamos a manejar en los próximos veinte o treinta años. Eso es sumamente importante. Con relación a esto es importante leer la obra de Samir Amín, *El capitalismo senil*. Estados Unidos, por ejemplo, tiene un crecimiento económico por encima del 8% en el último trimestre sin creación de empleos. Todo el mundo habla de eso. Y eso es lo que está pasando en el mundo: menos empleos, más recursos tecnológicos para las ganancias corporativas y cada día menos empleos. Entonces quiere decir que si va a haber menos empleos estaremos viviendo, en última instancia, una crisis estructural de la economía muy seria, porque no se está incorporando a la gente, entre comillas, como fuerza laboral en la creación de riquezas artesanales, manufactureras e industriales ni tampoco se está incrementando el ingreso de la gente. Es importante que lo tomemos en cuenta así como cuál es el papel de la gente que se dedica a elaborar y a pensar. Alguien se puede encerrar en su casa para escribir libros y hacerse un nombre, pero también están los que se encierran a pensar y contribuyen a que los seres humanos no pervivan, porque los resultados de sus trabajos contribuyen a la destrucción de la atmósfera y de la humanidad. Teilhard de Chardin, el gran teólogo e investigador, sostiene que nosotros podemos terminar liquidando la tierra como receptora de una especie. Eso también hay que tenerlo en cuenta, porque eso abre la mente para uno ver las cosas con bastante complejidad. Ustedes saben que hay una buena discusión sobre la problemática del pensamiento complejo. Lo interesante es que este proceso es como usted va transformando su visión de los procesos y lo va haciendo radicalmente efectivo tomando en cuenta las nuevas condiciones. Considero la intervención de Lucas Vicens importantísima. Estamos en una transición y eso define el papel que debemos jugar. Para

dónde quieres que vaya esa transición. Es una opción. Entonces te dices: "quiero aquel orden". Hay muchas maneras sutiles de defender el orden. Se puede desear que se reforme esto o aquello o te planteas seriamente: "Esto hay que cambiarlo a fondo porque no tenemos posibilidades de salir a flote."

En cuanto a las universidades, supongo que alguno de ustedes leyó la revista, ya desaparecida, *Universitas*. Pues bien, en *Universitas* me hicieron una entrevista y en esa ocasión dije, y eso me trajo problemas, que aquí no había universidades. Parece que le dieron cierta importancia a mis opiniones, pues hubo un periódico que dio cuenta de mis opiniones y tituló: "Profesor José Antinoe Fiallo dice que no hay universidades". No hay universidades, a pesar de que trabajo en dos universidades, en la UASD y en INTEC, y ahora estoy hablando en una universidad; pero digo y sostengo que en la UASD y en INTEC no tenemos universidad en tanto centro de producción y de construcción de conocimiento. Hay quienes están trabajando en programas que llaman investigación sobre tal o cual cosa, pero la universidad como estructura y como proceso educativo y pedagógico constructor de conocimiento, producción de conocimiento, no existe. ¿Sobre quién recae la responsabilidad de esa situación? Sobre las universidades, porque tienen compromisos ideológicos. Pueden tener compromisos corporativos, además del problema de la incertidumbre y de la presencia del miedo. Pero, las universidades no han tenido una participación protagónica en toda la problemática de develar los procesos que hemos estado viviendo en los últimos años, y eso hay que decirlo responsablemente. Eso, como les digo, le trae problemas a quien lo señala en las universidades. En cuanto a lo que dice Lucas, no comparto eso de que vivimos aparentemente en democracia, que las citas que he hecho de Marx no han derribado el edificio ni han hecho ronchas, quisiera exponerles una experiencia personal: el 28 de diciembre de 2000 se me hizo una entrevista en el *Hoy* sobre la reforma constitucional con la finalidad de introducir la reelección. Dije entonces, y lo sostengo hoy, 29 de noviembre de 2003, que no estaba de acuerdo con la reforma constitucional para favorecer la reelección ni para nada que significara una reforma constitucional chapuceada. Y agregaba que si se adoptaba la



reelección teníamos derecho a la desobediencia civil. Eso fue publicado el 28 de diciembre de 2000. ¿Saben lo que le pasó al profesor Fiallo? Bueno, el sábado 13 de enero de 2001 su casa fue allanada. ¡Mi casa! ¡Fue allanada, supuestamente, buscando armas y explosivos! Así como lo oyen. Como el profesor Fiallo no vive en las nubes y además tiene un buen nivel básico de información sabía de dónde venía esa intención. De manera que como había dicho que teníamos derecho a la desobediencia civil cuando se actuaba injustamente desde ese poder que está al exterior de uno, se me respondió con eso. No hay nada que garantice mis derechos ni mi privacidad; mi teléfono, por ejemplo, está intervenido. Es cierto que mis citas no destruyeron el edificio, pero nadie me puede asegurar que lo que se ha dicho hoy aquí no será informado a los organismos de seguridad del Estado.

Por último, en cuanto a Miguel Antonio Decamps, me alegro de que usted haya dicho eso, porque quiere decir, en cierta medida, que no estoy tan desconectado de la transición. Es decir, cuando a mí me dicen que estoy desfasado, me siento muy bien porque eso me está diciendo a mí de alguna manera que voy bien, porque ahora ya los que pueden usar el término desfasado se están dando cuenta de que lo que se estaba advirtiendo en República Dominicana desde hace bastante tiempo ha estado sucediendo. Hay que hacer un esfuerzo por romper el miedo a las transformaciones. Comprendo que las personas tienen intereses y se prestan a las transformaciones dependiendo de sus intereses. Soy profesor universitario y recibo ingresos salariales de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y de INTEC, no tengo certificado de banco, no tengo apartamentos alquilados, tengo un carro Skoda, que no hay forma de que el mecánico lo arregle. De manera que si vienen transformaciones grandes que van a afectar el modo de vida cómodo de otros, no me sentiría concernido. Entonces, como dijo Bonó, déjeseme pobre, con mi pequeño salario, no necesito más nada. Creo que estamos en el camino, Miguel Antonio, lo que pasa es que las lecciones anteriores de todo lo que ha estado pasando últimamente es que se requiere una asociación más directa con la problemática que tiene la gente y no pretender ser ni jefe ni líder ni orientador ni iluminador ni



persona que traza el camino para que sigan. Simple y llanamente, un poco influenciado por Bonó, sólo quiero ser ciudadano. Debemos responder siempre así, como persona común y corriente que tiene sus ideas, que quiere ayudar, que quiere intercambiar, que quiere ser cooperativo, que quiere ser dialógico. Eso es sumamente importante. En ese sentido podemos avanzar. Estamos en busca de una reformulación del papel tradicional de los intelectuales o de los llamados intelectuales en una condición específica.

### **Fidel MUNNIGH**

Descorazonador, deprimente, Miguel, para nosotros. No se trata de lo que acabamos de decir aquí sino que el intelectual dominicano no tenga precisamente las condiciones, en una sociedad que valora el conocimiento, de vivir de su producción, de sus ideas, de su crítica, y que tenga que adocenarse a un empleo del Estado, del gobierno, para subsistir. Simplemente he descrito una situación, no he legitimado ni justificado esa situación. Esa es la situación real que afecta a la mayoría de los que hoy piensan y crean en este país. No hago una defensa de ello. Hago sencillamente un "status cuestiones", una descripción de la situación. En cuanto a aquello de la supervivencia que ha mermado la producción intelectual, lo de la relación con el Estado... Si tengo un empleo público o soy funcionario o empleado, no es cierto que vaya a pensar radicalmente, subversivamente, en el sentido de ir a la raíz de las cosas. No puedo decir todo lo que pienso. Tengo que callar. Tengo que moderar mi pensamiento. No puedo ser un crítico del desorden establecido. Esa es la realidad. El intelectual nuestro que está en esa situación, que se emplea en el Estado, está desgarrado. Es una contradicción viva y además ambigua. Manuel Núñez acaba de pronunciar un discurso de defensa de su respaldo a un partido de gobierno, tiene todo su derecho y Piña-Contreras ha hecho defensa de su posición también. Pienso que el asunto está en ir más allá en la toma de postura, de la toma de partido, es decir, de la adscripción a un partido político. El intelectual que está en el gobierno, en el partido de gobierno, o que apoya un proyecto de gobierno o del Estado, de reforma del Estado,

tiene que saber que su papel no se agota ahí precisamente, en ser el intelectual político, el burócrata, que debe ir más allá. Lo suyo es el pensamiento, la crítica. Y la crítica dentro de ese mismo poder. Tratar de que ese poder sea cada vez más democrático, más tolerante, más abierto, más transparente y que pueda abrazarlo, que pueda recibirlo y que pueda acoger su crítica.

No hay grandes intelectuales en la República Dominicana de hoy, no encuentro grandes intelectuales y no porque no haya habido grandes acontecimientos. Hay intelectuales, pero no tenemos un Chomsky, no tenemos un Sartre, no porque sean extranjeros sino porque no los hay, no los hay sencillamente. Hay intelectuales de cierto nivel pero ninguno trasciende, y lo digo frente al público. No tengo que ocultar nada. Cuando decía que en la República Dominicana no se había producido ningún acontecimiento de validez universal, lo decía comparando, basándome en mi experiencia. Viví la movilización liberal en los países del Este y del centro de Europa, y mientras el mundo cambiaba, aquí vivíamos crisis electorales, escándalos que nos avergonzaban ante el público. Nuestra transición democrática, incluso la garantía de elecciones libres y transparentes siempre ha sido un trauma, entonces no hemos estado a la altura de las circunstancias y el intelectual ha estado marginado de esos procesos. Mientras la sociedad dominicana no desarrolle las fuerzas productivas necesarias, mientras el intelectual no pueda vivir en una sociedad de conocimiento, no tenga que vivir de los empleos del Estado, mientras no pueda vivir de la cátedra, de una cátedra universitaria bien pagada, con una categoría profesoral aplicada, bien aplicada, justamente aplicada, o no pueda vivir de la investigación o no pueda vivir de los libros, porque aquí nadie vive de los libros, tendrá que emplearse o en el Estado o en la empresa privada, tendrá que dedicar tiempo a subsistir, tendrá que ser menos crítico y adocenarse al orden y dejará de ser intelectual entonces para ser un empleado, un burócrata. Es lo que he querido decir en mi planteamiento. Creo que ese es un conflicto que desgarró a todos los que están aquí, a todos los que hoy piensan, escriben y crean en la República Dominicana.



## Manuel NÚÑEZ

Comenzaré respondiendo a la observación que hacía mi amigo Brea Franco sobre el carácter, según él, apocalíptico de mi ponencia. En realidad, lo que he planteado es el funcionamiento de una sociedad democrática como tal, que no ha surgido de manera natural en República Dominicana. He dicho que muchas de las personas que luchaban, en el pasado, en contra de regímenes que podrían parecer antidemocráticos o que eran efectivamente antidemocráticos, no lo hacían para instaurar una democracia sino para instaurar ellos mismos una dictadura. Históricamente, para desgracia nuestra, los gobiernos que más intelectuales han integrado a su administración han sido las dictaduras: la dictadura de Trujillo, la dictadura de Fidel Castro que creó muchísimos intelectuales de manera organizada. No desearía nunca que hubiera en el país un gobierno de intelectuales, porque evidentemente estaríamos al borde de una dictadura. No soy platónico. Creo que lo que conviene justamente es que haya una polaridad. Entonces mi reflexión iba en el hecho de que lo que se le pide al intelectual es que sea un buen especialista en su área y, al mismo tiempo, que mantenga una comunicación con la población. Como decía el nunca olvidado y siempre querido Pedro Henríquez Ureña, el intelectual debe renunciar a la brumosa terminología con la cual muchos ocultan su oscuridad o su pedantería, pero que muchas veces no hay ideas sino mucho ruido de sonajero. Debo recordar que los sonajeros abundan en la vida pública dominicana. Muchos egos edulcorados con prosa de güireros. Entonces, para evitar ese tipo de cosas es menester que haya una comunicación.

No creo, contrariamente a lo que ha dicho Fidel Munnigh, que no haya intelectuales importantes en la República Dominicana. Los hay y los ha habido también. Lo de grande depende de la talla de lo que uno considere grande. Es una cosa totalmente subjetiva, pero diría además que en las sociedades nunca hay vacíos de ideas. Nosotros vivimos de ideas viejas, antiguas. Decía Keynes, un gran intelectual de la economía, que cuando estábamos haciendo una economía espontánea estábamos haciendo la economía de economista muerto. Lo que quiere decir que no hay un vacío intelectual ni de ideas. Lo que uno aspira es a que el



espacio se pueda preservar sin necesidad de que tengamos que ir a la guerra civil para imponer nuestras ideas o arrancarle la cabeza al vecino, porque no opina como nosotros o matarle o encabezar un régimen de dictadura.

Me parece que la primera idea debe ser la de la preservación del ágora, del espacio público. A partir de esto habría varios roles posibles para el intelectual: los que hemos visto expresarse como analistas de la sociedad y que hacen los sociólogos, es en cierto sentido lo que hacemos; y los que hacen de profetas, los que profetizan sociedades nuevas que quieren redimir a las sociedades de su ostracismo, de sus errores, de la opresión en que viven los dominicanos, porque viven bajo la gran opresión de un régimen político y de ahí viene justamente el rol de los profetas. Algunos asumen el rol de profetas, de redentores, y consideran que el papel del intelectual es salvar a la humanidad. No creo que los intelectuales vayan a salvar a la humanidad. No la han salvado. Han servido para muchas cosas, incluso para fabricar la bomba atómica, pero no creo que sea su papel. Pueden ayudar a concebir un nuevo humanismo, una fraternidad social nueva que reconcilie a los dominicanos con el régimen político que viven, acorde con una transformación necesaria.

También tenemos el papel del intelectual como pedagogo que es un segundo rol. El papel como pedagogo está de capa caída, y coincido en esto, aunque parezca extraño, con lo que planteó José Antinoo Fiallo en torno a las universidades, en cuanto a que el sistema de instrucción está destruido y en gran parte eso dificulta también la comunicación del intelectual con su país y el surgimiento de nuevas camadas de intelectuales. En un sistema estragado como el nuestro no hay posibilidades de producir intelectuales. Luego está la función del intelectual como especialista, cuyo auge es cada vez más importante. No creo que haya disminución del número de especialistas que había antes. Hoy hay más especialistas en todas las áreas. Otra de las funciones que asumía el intelectual es la función que asume José Antinoo, la función del portavoz de las masas. El portavoz de los grupos desfavorecidos que entienden que deben encontrar una expresión política en el conocimiento. Pienso que en lo

que debemos felicitarnos es precisamente porque haya polaridad. No veo como una decadencia el hecho de que estemos separados. La separación es buena. La unidad ha sido fatal cuando se ha producido en las dictaduras, y considero que justamente la lucha del intelectual de hoy debe ser por el pluralismo político, por el pluralismo ideológico, por el pluralismo de escuelas y por la diversidad. La defensa de la diversidad, la defensa misma de la ecología, de las especies de intelectuales en la República Dominicana.

Muchas Gracias.

## Balance de un coloquio

Guillermo PIÑA-CONTRERAS

En sus palabras iniciales, Dennis Simó, rector de la Universidad APEC, señalaba que el debate sobre los intelectuales y el poder en República Dominicana es reciente. En efecto, la historia de las ideas en nuestro país no registra, antes de 1961, ninguna discusión ni coloquio sobre la posición de los intelectuales dominicanos frente al poder. Las razones son evidentes: un tercio del recién finalizado siglo xx fue dominado por un régimen totalitario en el cual, como en todo sistema de ese género, la libertad de expresión es inexistente.

Los intelectuales dominicanos de los inicios de la República, durante el siglo xix, hicieron pronunciamientos y tomaron posiciones en tanto militantes políticos, no como intelectuales. Manuel Rodríguez Objío, entre otros, fue fusilado por sus posiciones políticas contra el presidente Báez, pero no por su posición intelectual frente al poder, aunque él fuera uno de los pensadores más sobresalientes de su tiempo. Es durante la ocupación militar de Estados Unidos en República Dominicana (1916-1924), que la historia de las ideas registra tomas de posición intelectual frente al ejército de intervención. En guisa de ilustración es menester citar, entre otros, al ilustre poeta Fabio Fiallo quien, además, fue objeto de prisión durante la ocupación militar, así como la labor realizada por Pedro y Max Henríquez Ureña en Estados Unidos en contra de la presencia de las tropas estadounidenses en su país. De esa protesta nos queda, de Max, *Los yankis en Santo Domingo*.

El poeta Fabio Fiallo había seguido el ejemplo de Emile Zola, el conocido novelista francés, quien, el 13 de enero de 1898, en una carta pública al Presidente de la República le lanzó el hoy conocido "J'accuse" en defensa del capitán Alfred Dreyfus, injustamente condenado por alta



traición a Francia. Zola, con su famosa carta, había dado un nuevo cariz al intelectual el cual, desde entonces, era visto por la opinión pública como el crítico de los desmanes del poder y capaz de asumir, con responsabilidad, una posición de principios frente a regímenes y situaciones consideradas injustas. Anatole France, en su panegírico al autor de *La bête humaine*, le definió como un momento de la conciencia humana. Y así era visto el intelectual hasta poco antes del final de la Guerra Fría (1945-1991).

En República Dominicana, aún después de la salida de las tropas de ocupación estadounidenses, siguió el nacionalismo como una suerte de "leit motiv" de los intelectuales criollos. Sin embargo, la accesión de Rafael L. Trujillo al poder en 1930 y la dictadura que encabezó hasta su muerte, el 30 de mayo de 1961, pusieron fin a la libertad de expresión en República Dominicana. Y esto, para los intelectuales que permanecieron en el país, significó una tragedia, pues algunos se vieron obligados, para sobrevivir o simplemente para evitar la cárcel, a colaborar o guardar silencio. Los que lograron salir al extranjero se agruparon entonces en organizaciones políticas con la finalidad, justa por cierto, de derrocar la odiosa tiranía que oprimía a los dominicanos. A la caída del régimen trujillista, en 1962, fue elegido Presidente de la República Juan Bosch, un escritor de renombre. Sin embargo, el papel jugado, de grado o de fuerza, por numerosos intelectuales en la dictadura, como señala Simó, había sembrado la desconfianza en el sector frente al poder político. Así lo plantea igualmente Manuel Núñez en "La supervivencia de la mentalidad totalitaria en los intelectuales dominicanos": "históricamente el gobierno de los intelectuales o el poder de los intelectuales se asocia en nuestro país con prácticas totalitarias" (p. 115). La desconfianza se prolongó hasta la elección a la Presidencia de Antonio Guzmán en 1978. Fue en ese momento que muchos aceptaron cargos públicos de importancia y, desde entonces, se plantea de nuevo cuál debería ser la posición del intelectual dominicano en lo que concierne al poder político en un régimen democrático, más o menos, respetuoso de las libertades públicas. En ese sentido los expositores y participantes en el coloquio "Los intelectuales y el poder en República Dominicana", desde diferentes puntos de

vista, naturalmente, analizaron la actitud de los intelectuales dominicanos frente al poder político, sin olvidar que también les concernía el económico.

Si se admite que desde 1978 la desconfianza de los intelectuales ante el poder es menor que en años anteriores, eso no impide que el intelectual sea juzgado, por un lado, con la vara que estableció Emile Zola a finales del siglo XIX. Por otro, con la referencia que dejaron los pacifistas alemanes y europeos de las guerras mundiales. Y, más tarde, siguiendo la casi regla de conducta lanzada por Jean-Paul Sartre, en *Les Temps Modernes*, de que el intelectual "está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones"; con esto dejaba establecido el famoso compromiso, "l'engagement", contra la injusticia y los desmanes del poder.

Entre los múltiples postulados emitidos en el curso de las exposiciones y discusiones durante el coloquio sobresale en particular aquel de que la relación del intelectual con el poder es, en fin de cuentas, peligrosa. Para el poder político, según planteaba Rafael Toribio en su ponencia "Los intelectuales y el poder: algunas reflexiones", el intelectual es necesario en la medida en que no entre en contradicción con ese poder: "cuando los nuevos administradores llaman para la colaboración a quienes comparten sus ideas, es bajo el entendido de que esa colaboración debe ir acompañada de una lealtad que imponga siempre la defensa o el silencio, nunca la crítica" (p.22). Así pues se dejó sentir, durante las primeras discusiones de la mañana, que desde antes del final de la Guerra Fría y después de la guerra de Vietnam la influencia de los intelectuales en la opinión pública había disminuido tanto que ya era imperceptible. Entre los argumentos salió a flote el poco eco que tuvo la protesta de algunos intelectuales de fama internacional en la agresión de grandes potencias militares a países más débiles, verbigracia Afganistán e Irak.

Fidel Munnigh, en "El necio de la crítica", reconoce que para Michel Foucault y Gilles Deleuze el intelectual ha dejado de ser el portavoz de la sociedad del mundo desarrollado, pero sostiene que "en la periferia tercermundista, en donde la conciencia como saber aún no ha sido adquirida por las masas y tampoco la conciencia como sujeto ha sido tomada por la burguesía, es sensato pensar que el intelectual (ciudadano privilegiado en



estas sociedades atrasadas y aquejadas por males seculares como la ignorancia y la incultura) debe asumir la esperanza de un pueblo o una comunidad en un porvenir mejor, más justo y digno. De ahí la crítica a este presente miserable, injusto e indigno. En todo caso, si el intelectual ha dejado de ser una conciencia que habla por y en nombre de los demás, acaso puede servirle de inspiración o de consuelo el ejemplo del filósofo. Si el filósofo es verdaderamente el necio de la razón, el intelectual será entonces el necio de la crítica. Y debo agregar: de la crítica del poder. El intelectual debe ser el crítico tenaz y feroz del poder, incluso si forma parte de ese poder, un crítico cuya lucidez sensata y combativa lo convierta en un necio a los ojos de los necios, en un disidente a los ojos de los poderosos" (p.91). Y luego propone que en las sociedades tercermundistas el "silencio sustituye a la irresponsabilidad" (p.92).

Esa pérdida de influencia en los movimientos de opinión, como en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se debe, entre otros factores más sutiles, a la recuperación que ha hecho el poder de los intelectuales, pues grandes figuras del mundo de las ideas han ocupado puestos importantes en sectores de poder que les disminuye la capacidad crítica y el carácter contestatario que les caracterizaba durante la Guerra Fría. También quedó implícitamente descartado, durante los primeros debates, el viejo cliché de que el intelectual era necesariamente de izquierda. Los que han colaborado con regímenes totalitarios como los de la Unión Soviética y de Cuba, para sólo citar dos ejemplos de regímenes de izquierda, han jugado el mismo papel en el poder que los que lo hicieron y hacen en los de derecha.

De manera que los intelectuales del mundo de hoy no tienen, como lo había consignado la izquierda revolucionaria, que ser necesariamente de izquierda. Esta última, luego de los atropellos de la Urss, China, Cuba y demás países socialistas, ha perdido el monopolio del corazón. Los regímenes totalitarios de izquierda, de partido único, actúan de manera semejante a los de derecha. Ante estos hechos fue unánime que el intelectual debía guiarse por la ética de la convicción y de la responsabilidad, de las que hablaba Weber, ante el poder y la vida en general.



Otro aspecto que salió a relucir durante las discusiones fue la falta de "esprit de corps" de los intelectuales. Su actividad misma se lo impide. Igualmente se resaltó como inconveniente para la independencia intelectual en República Dominicana la ausencia de carrera administrativa en el Estado. Si ésta existiera los intelectuales que se desempeñan en cargos de la función pública estarían más o menos protegidos en sus respectivos empleos. Los que se refugian en el sector privado tienen, aparentemente, más independencia de criterio que los que van al sector público, con excepción de los que han ejercido la docencia en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), refugio natural de los intelectuales desde 1961 hasta 1978.

Desde los primeros debates se estableció una suerte de diálogo de sordos entre el público y los participantes. Muchos de los asistentes, como sucede por lo general en este tipo de evento, se limitaban a exponer sus puntos de vista y no se referían a una ponencia en particular; pero, ante las pocas preguntas concretas y las argumentaciones del público, los participantes ampliaron algunos criterios expuestos en sus comunicaciones; así, mal que bien, respondieron a lo que se les preguntaba. No obstante, a pesar de esos inconvenientes, se reconocía la desigualdad de fuerza del poder intelectual frente al económico y político. El poder intelectual es metafísico, de convicción y de responsabilidad. Sin embargo, no quedó claro en las discusiones hasta qué punto la convicción y la responsabilidad les permiten al intelectual participar en determinado poder, económico o político, por ejemplo. ¿Hasta qué punto su colaboración se compromete con un Estado, y cuándo sus principios entran en conflicto con ese Estado? Es ahí donde entra de nuevo el tan evocado factor económico. En ese sentido, como dijo Rafael Toribio, el poder político exige lealtad incondicional, aspecto éste que destruye automáticamente el sentido crítico del pensador.

Hoy día las ideologías han perdido la vigencia que tuvieron desde principios del siglo xx hasta poco después de 1975, cuando terminó la guerra de Vietnam. Esos fueron años de esplendor del poder ideológico de los intelectuales y de su influencia en la opinión pública, pero hay que convenir que se trataba, a pesar de esa influencia en la opinión pública, de un poder frágil.

No necesariamente el intelectual tiene que enfrentarse al poder político, aunque todo discurso, en eso coincidían Odalís Pérez, José Rafael Lantigua y Mu-Kien Sang Ben, es político. Esta última abunda al respecto y recuerda durante el debate que la "función del intelectual comporta una opción política. Es una posición política si lo hace para defender sus propios intereses o porque considera, desde la óptica de su conciencia y de su ética, que debe asumir una posición. En ese sentido creo que hay que establecer una diferencia. Por ejemplo, son opciones que se toman" (pp.87-88). Para el poder, los intelectuales son útiles o no, aunque Odalís Pérez rechaza esta clasificación y argumenta que en nuestro país "no hay intelectuales útiles. ¿Por qué? Porque no han demostrado capacidad y no han demostrado realmente destreza para trabajar en el Estado. Por eso rechazo esa tipología, porque además carece de fundamento y se considera como intelectual útil solamente a aquél que puede trabajar en el Estado, lo cual es falso" (p.81).

En realidad, el poder se ha dado cuenta de que los intelectuales tienen, hoy día, poca incidencia en la opinión pública y por ende no representan la fuerza de presión de los años de posguerra mundial. Existe, en cambio, la confusión entre la crítica al gobierno y la crítica al poder político: "Normalmente el intelectual liberal o neoliberal dominicano", dice Pérez en su ponencia 'Los intelectuales y el poder político en República Dominicana', "ha creído, en su arrogancia, que toda la crítica al poder ha sido y debe ser la crítica a un gobierno de turno. Participa gran parte de nuestra intelectualidad de esta falsa creencia, no sabiendo que la razón política no surge de un acuerdo, sino de la diferencia. Pues sabemos que en el mundo de ayer y en el mundo de hoy existen hombres que tienen poder y hombres sin ninguna posibilidad de poder" (pp.45-46). Al tiempo que señalaba precisamente que se podía estar en el gobierno sin estar en el poder. De modo que frente al poder el intelectual va al fondo del problema, frente al gobierno su discurso se confunde con el de los partidos políticos.

El poder, sin tomar en cuenta que haya intelectuales útiles e inútiles, trata de recuperarlos. Muchos han oído el canto de sirena y han perdido



el espíritu crítico. Hubo quienes quisieron levantar la vieja tendencia de los intelectuales como opositores permanentes del poder sin pensar que para eso era necesaria la independencia económica. Una independencia económica con aspecto de navaja de doble filo, porque los intelectuales tienen entonces que someterse a otro poder, aún más permanente y duradero que el político, el económico.

Entonces ¿para qué sirven los intelectuales? se preguntaba Mu-Kien Sang Ben en "Una elección sin dudas". El intelectual puede ser, como decíamos antes, crítico, cómplice o indiferente al poder. Estas son las principales actitudes que le caracterizan. Se distinguen los que siempre se han enfrentado, como una suerte de conciencia del mundo, los que se han limitado única y exclusivamente a la escritura de una obra sin importarles lo que pasa a su alrededor, los que han sido cómplices de los desmanes del poder, incluyendo científicos creadores de sistemas y bombas de destrucción masiva, sin olvidar poetas y escritores colaboradores incondicionales de regímenes totalitarios como el de Hitler en Alemania, el de Trujillo en República Dominicana, el de Stalin en la URSS y el de Fidel Castro en Cuba, entre otros no menos férreos. La indiferencia de los intelectuales, por su parte, es un acto de irresponsabilidad frente a acontecimientos que les conciernen directamente, como su silencio ante los atropellos a la libertad de expresión. En fin, entre sus funciones se discutió su rol de orientadores así como otras propuestas, en particular las evocadas por el italiano Norberto Bobbio, que fueran el eje central de la comunicación de José Rafael Lantigua, "De Wright Mills a Norberto Bobbio: la conducta intelectual". Lantigua conviene, como casi todos los expositores, en la debilidad de los intelectuales frente al poder político y económico.

Es notorio señalar que sólo Manuel Núñez se hizo la pregunta tabú: "¿De qué viven los intelectuales?": de las universidades, de los grupos económicos, del Estado y de las ONG, se respondió. En apariencia son las universidades y las ONG las que conceden, en primera instancia, más independencia al intelectual en su actitud de crítico vigilante del poder político, pero tanto en unas y otras interviene ese poder político, a través del Estado (gobiernos extranjeros, por ejemplo), y el económico, principalmente en



las universidades privadas y en las ONG patrocinadas por grupos económicos nacionales e internacionales.

Sólo al final del debate, durante la intervención de José Antinoe Fiallo, salió a flote el tema de la Universidad como promotora de ideas, de pensadores, de intelectuales. La Universidad de hoy también ha cambiado. No es la que daba prioridad, al mismo tiempo que a las ciencias, a las humanidades. En la actualidad las humanidades han cedido un espacio importante al mundo de los negocios. Han cedido proporcionalmente el mismo terreno que han cedido las ideologías. Se puede decir que desde la Edad Media, pasando por el Renacimiento y el Siglo de las Luces, hasta el final de la Guerra Fría en 1991, las humanidades conservaron cierta primacía en el mundo de las ideas.

En República Dominicana, hasta en una institución como la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la que durante los años del postrujillismo sirvió de sustento económico a la mayoría de los intelectuales dominicanos que mantuvieron una postura de rechazo al poder político, se habla incluso de que existe el peligro de que se supriman las carreras de Letras y Filosofía, entre otras de las que corresponden a las humanidades. Es posible que se trate únicamente de una denuncia de un candidato a rector de la más vieja Universidad del Nuevo Mundo, pero es una señal de que la idea comienza a germinar en un mundo cada vez más globalizado y orientado a los negocios.

Si tuviéramos que encontrar un punto común entre todos los participante en el coloquio "Los intelectuales y el poder en República Dominicana" que se celebró el sábado 29 de noviembre de 2003 en el Salón José María Bonetti Burgos de la Universidad APEC, habría que convenir en que el poder es indiferente a los intelectuales y que, como sugería el padre Santiago de la Fuente durante el primer debate de la mañana, ahora habría que reformular el tema e inclinarnos por el de "El intelectual y la democracia en República Dominicana", pues desde 1978 los intelectuales dominicanos son, a pesar de una que otra agresión a la libertad de expresión, menos desconfiados ante el poder político y otros han sido recuperados por el económico. Habría que ver entonces cómo

debe conducirse el intelectual dominicano en la actual democracia en que vivimos: ¿cómo el crítico de turno? O simplemente como un individuo, tan evocado a todo lo largo del coloquio, que actúa por convicción y con responsabilidad frente a un poder que, en realidad, no lo toma en cuenta.

## Apéndice



# A propósito de los intelectuales y el poder

Guillermo PIÑA-CONTRERAS

## 1. Sartre, un intelectual contra el poder\*

De Jean-Paul Sartre, al margen de su monstruosa obra literaria, filosófica y dramática, se tiene la imagen del provocador. Nada más falso. En realidad no era el personaje que muchos pensaban. Era simplemente un hombre coherente con sus propias ideas, sin hacer concesiones a los cantos de sirena que, desde su primera novela, *La náusea* (1938), trataron por todos los medios de seducirlo y hacer de él, como repetía a menudo, un escritor recuperado.

Siempre se piensa que el título de su primera novela, por ejemplo, era en sí mismo una provocación, un reto al lector de su época. En realidad, *La náusea*, cuyo título original era *Melancolía*, fue cambiado por el editor Gaston Gallimard por el que hoy se conoce, pues *Melancolía* no le parecía favorable al lanzamiento de la obra. Antes de esa sugerencia, Sartre había propuesto: *Las aventuras extraordinarias de Antoine de Roquentin*, el cual fue derrotado por la acertada proposición del reconocido editor francés. Gallimard tenía razón. Esa novela y *El ser y la nada*, iban a transformar la mentalidad francesa de *l'après-guerre*, e iban a formar parte, junto con *Huis clos*, de las obras capitales del existencialismo.

Hay que aceptar sin embargo que ese título, *La náusea*, es una provocación. Hubo quienes no sólo nunca lo leyeron sino que nunca tuvieron la obra en sus manos y que manifestaron un rechazo irracional al texto y, por ende, a su autor. Asociaban la novela a la acción que la palabra designa, y señalaban a Sartre como un enfermo sexual cargado de fantasías estrambóticas. Hubo incluso periódicos de extrema-derecha que dejaban

\**El Caribe*, 28 de julio de 2002, p.11.

publicar en sus páginas ataques ridículos e infantiles sobre el ya conocido filósofo y novelista. Entre esos ataques sobresale aquel de que Sartre llevaba jovencitas a su habitación de hotel con el fin de que olieran un pedazo de queso Camembert viejo de varias semanas. Cosas sin sentido que hoy provocan risa.

Para Sartre *La náusea* no había alcanzado los límites que él se había propuesto a causa de su timidez intelectual. En diferentes ocasiones, y sobre todo cuando fueron publicadas las dos primeras novelas de la trilogía *Les chemins de la liberté*, decía que hubiera querido escribir *La náusea*, como esas novelas. Pero lo que vale decir es que sus obras correspondían a cada una de las épocas en que las concebía y elaboraba.

Esos eran los tiempos de Saint-Germain-des-Près. Junto a Sartre se distinguían Simone de Beauvoir, a quien le había dedicado *La náusea* y *El ser y la nada*, Albert Camus, y otros intelectuales como Michel Leiris. El Saint-Germain-des-Près de esos años se parece al que describe Julio Cortázar en *Rayuela*. El existencialismo superó los límites de una teoría filosófica y se transformó en un modo de vida, de existencia, valga la redundancia. Era ya algo más que una corriente filosófica y un grupo de intelectuales que, ante el poder y su fascinante seducción, se mantenían vigilantes y críticos. Eran los tiempos de la Liberación de la ocupación alemana de 1940-44 y, también, de la recuperación del humillado orgullo francés. Fue también la época de la recuperación de intelectuales conocidos por su rebeldía. El caso de André Malraux es la mejor ilustración de un rebelde recuperado por el Estado.

En esa misma época, *Les Temps Modernes*, la revista que iba servir de vehículo a esa filosofía, publicó su primer número en octubre de 1945. En su primera entrega tenía el aspecto de un manifiesto, de profesión de fe, de política cultural: "El escritor, escribe Sartre en su famosa presentación de la revista, está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones. Cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna, porque no escribieron una línea para impedirlo. Eso no les concernía, podría decirse. Pero el proceso contra Calas, ¿le concernía a Voltaire? La condena de Dreyfus,

¿le concernía a Zola? La administración del Congo, ¿le concernía a Gide?". En estas palabras queda definitivamente planteado el compromiso de los intelectuales con el ser social y, al mismo tiempo, su desconfianza ante el poder, ante el Estado. El compromiso con el Estado implica silencio, y el silencio no está lejos de la complicidad.

A través de las páginas de *Les Temps Modernes*, escribe Annie Cohen-Solal en su magistral biografía *Sartre, 1905-1975* (Ed. Gallimard, 1985), se difundiría toda la concepción del mundo de Sartre: "transformar al mismo tiempo la condición del hombre y la concepción que éste tiene de sí mismo; dar a la literatura lo que no debió perder nunca, una función social".

Todo cuanto había escrito en ese texto de presentación se convirtió en su divisa intelectual durante los años siguientes. El existencialismo como moda perdió vigencia en Francia, pero Sartre se convirtió en una figura de renombre internacional. Esa fama la utilizó para jugar un papel importante durante la Guerra Fría entre el Este y el Oeste. Es decir, entre la Unión Soviética y los países socialistas, de un lado, y los Estados Unidos y las potencias occidentales, del otro.

Sus posiciones durante la Guerra Fría son discutibles. El había pensado, sin ser comunista, que la defensa de la Unión Soviética era de rigor en esos momentos. Su apoyo casi incondicional y su coqueteo con los comunistas franceses daban a entender que Sartre había perdido la independencia de pensamiento que lo caracterizaba. Esas relaciones con los partidos comunistas y sus frecuentes viajes a la URSS le costaron algunas enemistades intelectuales y personales. Pero, tan pronto se enteró de la represión soviética en Budapest su condena fue inminente, así como también su ruptura con el Partido Comunista francés. Sartre no hacía concesiones porque no tenía compromiso con el orden establecido. Los acontecimientos de Budapest en 1956, lo devolvieron al mundo de la libertad de pensar. Y rompió con la URSS.

Con esa ruptura Sartre volvió a ser el lúcido crítico de su época. Un intelectual comprometido, pero no con el poder. Un intelectual que supo siempre reconocer cuando sus posiciones fueron erradas. Una suerte de autocritica que sólo la permite la libertad de pensar y escribir.



## 2. ¿Tiene Sartre actualidad?\*

Se me ha reprochado que, el domingo 28 de julio pasado, escribiera sobre Jean-Paul Sartre. Se me ha argumentado que Sartre está *demodé*, no sólo en Francia sino también en el mundo. Es cierto. Hasta el mismo filósofo se dio cuenta de eso durante la Revolución de Mayo del 68. Estaba consciente de que los acontecimientos de mayo de 1968 en París habían cambiado la mentalidad francesa.

Sartre no es actual para los intelectuales, por ejemplo, porque su lucha constante contra el poder no figura en el programa de acción que los escritores e intelectuales se han trazado, porque no desean ensillar a Rocinante y comenzar a luchar contra molinos de vientos y enderezar entuertos, como lo hizo el reconocido filósofo y escritor francés durante toda su vida. Tomó posiciones acertadas, pero también se equivocó como reconocía él mismo públicamente. Sin embargo, fue siempre intransigente con el poder. Me permito reproducir de nuevo un fragmento de sus palabras de presentación de *Les Temps Modernes* en 1945: "El escritor está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones. Cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna, porque no escribieron una línea para impedirlo. Eso no les concernía, podría decirse. Pero el proceso contra Calas, ¿le concernía a Voltaire? La condena de Dreyfus, ¿le concernía a Zola? La administración del Congo, ¿le concernía a Gide?"

Durante la guerra de independencia de Argelia, la extrema derecha francesa vociferaba en las calles de París: "*Fusillez Sartre!*", nadie, ni siquiera durante los años de apogeo del existencialismo, había osado hacerlo explícito. Hasta ese momento, las ideas, las piezas de teatro y ensayos de Jean-Paul Sartre no habían superado los límites de la provocación ideológica. Ni siquiera su campaña contra el colonialismo francés en Indochina ni su apoyo militante en favor de Henri Martin (un marino francés que se oponía a la guerra de Indochina), habían provocado semejante reivindicación.

\**El Caribe*, 4 de agosto de 2002, p.11.

Eran los tiempos de la guerra de Argelia. La sociedad francesa estaba dividida. Varios años de combates habían dejado un saldo doloroso en la más importante colonia francesa de África del Norte. En agosto de 1960, ante la situación, 121 intelectuales franceses habían decidido hacer un llamado en favor del derecho a la insumisión en la guerra de Argelia. Entre los firmantes, como era de esperarse, figuraba Sartre.

De todos esos hombres de letras que tomaron posiciones importantes en favor de la independencia de Argelia, Sartre fue el único señalado durante la manifestación de ex-combatientes en apoyo al general De Gaulle y a la Argelia francesa en octubre de 1960. Se pedía expresamente su fusilamiento: *Fusillez Sartre!* Pero De Gaulle no permitió que esa consigna fuera más allá de un simple slogan y, con una frase: "No se puede apresarse a Voltaire", colocó a Sartre entre las personalidades intocables de Francia.

Sin embargo, la consigna había tenido eco. La Organisation de l'Armée Secrète (OAS), una fuerza clandestina pro Argelia-francesa, dinamitó, en dos ocasiones, su apartamento de Saint-Germain-des-Près. Al margen de los daños materiales y la mudanza de Sartre, ese atentado no tuvo otras consecuencias. En 1962, Argelia fue declarada independiente.

En 1964, poco tiempo después de la publicación de *Las palabras*, una especie de autobiografía sobre su infancia y que muchos críticos consideran como su última obra literaria y su madre como un acto de incompreensión de su infancia, Jean-Paul Sartre rechazaba el Premio Nobel de Literatura. Acto considerado, por muchos malintencionados, como una provocación más. "Por razones que me son estrictamente personales, dice Sartre en su carta a la Academia Nobel, no deseo figurar en la lista de posibles laureados; sin que se pueda poner en duda mi alta estima por la Academia Sueca y por la distinción que ella concede, no puedo ni quiero, ni este año ni en el futuro, aceptar el Premio Nobel". A pesar de su rechazo, el Premio le fue atribuido.

Sartre tenía razones personales y políticas para rechazar la distinción de la Academia Sueca. De su actitud, lamentaba Sartre, lo que más le atormentaba era el dinero del Premio, porque con esa suma "se puede apoyar organizaciones o movimientos que se consideran importantes: por mi parte, pensé en el Comité anti-Apartheid de Londres".

En su constante lucha por la libertad, Sartre sacrificó una gran parte de su obra. Viajó a Egipto e Israel en busca de un entendimiento entre árabes y judíos. Presidió el Tribunal Russell que condenó los crímenes del ejército americano en Vietnam y apoyó sin reservas a los estudiantes durante las manifestaciones de mayo de 1968, sin tomar la actitud de un *maître à penser*: "No somos nosotros quienes debemos darles [*a los jóvenes franceses*] consejos pues, incluso si hemos protestado durante toda la vida, siempre estaremos comprometidos con esa sociedad".

Luego, durante los años posteriores a la Revolución de Mayo del 68, sin ser maoísta, sirvió de garante a numerosas publicaciones de tendencia pro China: *La cause du peuple* y *Tout*, por ejemplo. Su nombre, incluso sin su consentimiento, figura en numerosas revistas ultra-izquierdistas. Sartre se había convertido en el garante de la libertad de expresión en Francia.

Entre manifestaciones, consejos de redacción, protestas públicas y una intensa actividad intelectual, Sartre publica *L'idiote de la famille*, su monumental análisis de la vida y la obra de Gustave Flaubert. Una obra en varios volúmenes y sin embargo inconclusa. En 1974, unos meses después de haber perdido la visión, Sartre decidió abandonar la redacción del cuarto tomo de su trabajo sobre el autor de *Madame Bovary*. Pero su labor de intelectual al servicio de la libertad no tuvo descanso hasta su muerte el 15 de abril de 1980.

Ya nadie vociferaba: "¡Fusilad a Sartre!" La Revolución de Mayo de 1968 había trazado otras orientaciones en la vida intelectual y política francesa. El estaba consciente de ese cambio, y como dice él mismo en el film de Alexandre Astruc y Michel Contat, *Sartre par lui-même*: "Mi obra ha sido recuperada". Sin embargo, para Herbert Marcuse, "aunque no quisiera serlo, Sartre es la conciencia del mundo".

### 3. El intelectual no se calla\*

Desde hace años los intelectuales se vienen interrogando a propósito de quién se sirve de quién: si los políticos de ellos o ellos de los políticos.

\*El Caribe, 15 de mayo de 2003, p.11.



Todo parece indicar, se puede adelantar, que la autonomía del pensamiento no existe para el poder que reacciona según el momento y no toma en cuenta, para actuar, a los intelectuales cuyos principios de verdad son, en última instancia, otros.

En República Dominicana, a pesar de que no es un fenómeno nuevo sino una suerte de tartamudeo histórico, la reelección es traumática desde los tiempos de Santana, Báez, Heureaux, Trujillo y, más recientemente, desde Balaguer cuyas múltiples reelecciones no tienen nada que envidiarle a las de sus colegas y compatriotas de los siglos *xix* y *xx*. A los intelectuales dominicanos del siglo *xix*, sin embargo, no se les puede exigir que actuaran como Emile Zola, el novelista francés que salió en defensa de Alfred Dreyfus, un militar francés de origen judío injustamente acusado de traición. Zola, en su famoso "J'accuse", publicado en *L'Aurore* el 13 de enero de 1898, atribuye una nueva función, además de la de producir ideas, a los intelectuales: la de vigilantes activos no sólo contra las exacciones del poder sino también contra toda injusticia. Desde entonces, con sus altas y bajas, los intelectuales han jugado un papel activo en defensa de la verdad.

La Era de Trujillo fue para los intelectuales que permanecieron en el país una tragedia. Se sometieron o guardaron silencio. Durante los años de Balaguer, los del "gobierno de los doce años", muy pocos fueron seducidos por el canto de sirena del poder y mantuvieron activas las cornetas de la denuncia. Durante esos años no dependían del poder. Eran críticos acerbos del régimen porque podían sostenerse en base al amor, las ideas y el agua fresca.

La situación cambió a partir de 1978, Antonio Guzmán, del Partido Revolucionario Dominicano, había sido elegido Presidente de la República. Muchos intelectuales escucharon el canto de sirena del Estado, perdieron independencia a cambio de un bienestar que en el futuro podía silenciarlo o, lo que es peor, hacerlos cómplices del poder. Cuando el poder pensó que los había recuperado, que su silencio era ya mutismo, que pasaron los gobiernos de Salvador Jorge Blanco, Joaquín Balaguer de nuevo por diez años, la voz "independiente" de muchos intelectuales se hizo sentir de la manera más crítica que conozca la historia del

pensamiento dominicano durante el gobierno de Leonel Fernández. De esos intelectuales vigilantes, algunos fueron nombrados en la administración de Hipólito Mejía y desde el 16 de agosto de 2000 la lupa de la verdad ha sufrido una suerte de avería y muchas cosas han pasado desapercibidas para los que ocupan funciones del Estado.

Para muestra, además del silencio ante el monumento de Constanza a los soldados de Trujillo caídos en junio de 1959, sobre el cual ninguno de los intelectuales funcionarios ha formulado críticas expresas contra el Presidente y el Secretario de las Fuerzas Armadas responsables de la burla histórica que significa ese monumento, tenemos la repostulación de Hipólito Mejía a la Presidencia de la República. Al margen de los pocos que se han manifestado favorables a la reelección, los demás, como el avestruz, esconden la cabeza y optan por el silencio, cuando sabemos que el intelectual puede equivocarse, pero nunca callarse.

#### 4. El silencio de los intelectuales\*

Hubiera podido titular "La desaparición de los intelectuales" como la exposición que hizo Enriquillo Sánchez el pasado 1 de julio en la tertulia que animan Mariá Jose Álvarez y León David en el restaurante Salón de Te, porque me parece muy acertada su reflexión sobre los que, desde el siglo XIX, tienen un gusto pronunciado por las cosas de la inteligencia e inflúan en la opinión pública. Un tema que, más que una provocación, es un llamado a la reflexión y a que aceptemos una realidad aparentemente inadmisibile: los intelectuales, los que siguieron los pasos de Emile Zola, han desaparecido. El fin de la Guerra Fría se los llevó de encuentro.

"El escritor", escribe Sartre en su famosa presentación de la revista *Les Temps Modernes*, "está en situación con su época: cada palabra tiene repercusiones. Cada silencio también. Considero a Flaubert y Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna, porque no escribieron una línea para impedirlo. Eso no les concernía, podría decirse. Pero el proceso contra Calas, ¿le concernía a Voltaire? La condena de

\**El Caribe*, 6 de julio de 2003, p.10.

Dreyfus, ¿le concernía a Zola? La administración del Congo, ¿le concernía a Gide?". En estas palabras queda definitivamente planteado el compromiso de los intelectuales con el ser social y, al mismo tiempo, su desconfianza ante el poder, ante el Estado. Es también ese intelectual, el "engagé", comprometido, al que me refiero con respecto al silencio y al que, me parece entender, se refiere Enriquillo Sánchez.

Si hay provocación, que de hecho la maneja muy bien, en la ponencia de Enriquillo Sánchez hay que atribuírsela a la palabra "desaparición". En Occidente, desaparición se asimila a muerte. Y la muerte es la nada. Si echamos una mirada al papel que han jugado los intelectuales desde el famoso "affaire Dreyfus", a finales del siglo XIX, hasta poco más allá de la guerra de Vietnam, se nos haría un poco cuesta arriba refutar los planteamientos del escritor dominicano y reconocer que hemos reaccionado como los que asistieron a la tertulia del Salón de Te. Enriquillo Sánchez tiene razón: los intelectuales han vuelto a sus oficios de origen. Se trata de novelistas, poetas, dramaturgos, filósofos, etc. que ya no hacen opinión pública y se han escudados en el silencio y silencio es muerte.

A principios del siglo XX, los intelectuales europeos, al menos los que se consideraban de izquierda, hicieron un frente contra la Primera Guerra Mundial. No pudieron evitarla, pero dejaron sentir su voz. Entre la Primera y Segunda Guerras Mundiales, conscientes de la fragilidad del Tratado de Versalles y de la vertiginosa ascensión del Partido Nacionalsocialista (Nazi) en Alemania no perdieron tiempo en mantener su compromiso en la lucha contra la guerra que ya había dejado un saldo considerable de muertos en Europa, principalmente en Francia y Alemania, y se encaminaba por senderos más destructores aún. A esa amenaza había que agregarle las teorías racistas de los nazis y la puesta en práctica, a partir de 1933, de la exterminación de los judíos y de todas las "razas inferiores" que estaban a su alcance.

El papel opositor y anti nazi de los intelectuales en Alemania antes de 1933 fue tal que Heinrich Mann, el hermano de Thomas Mann, fue de los primeros escritores perseguidos por Hitler apenas un mes después de su nombramiento como canciller de Alemania. Había también una literatura



nacionalista, racista y bélica, pero la pacifista llevaba la voz cantante ante el mundo. No pudieron evitar la guerra y el exilio se encargó de disgregarlos.

Sin embargo, el rol jugado por los intelectuales europeos contra el fascismo y el nazismo dio fuerza a la tradición que se había iniciado con Emile Zola en su ya famoso "Yo acuso" en los últimos días del siglo XIX y que defendía a un oficial francés de origen judío, Alfred Dreyfus, acusado injustamente de traición a la patria. Luego, con la Revolución Rusa y el pacifismo enarbolado durante los primeros años de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), los intelectuales se fueron acercando al primer Estado socialista de la historia. La decepción se produjo cuando Stalin firmó en 1939 el pacto germano-soviético. Decepción porque, a juzgar por los intelectuales de entonces, los soviéticos sabían que Alemania iba a iniciar una guerra y la URSS se prestaba a ese juego. Pero la URSS no pudo evitar, a pesar de su estrategia, la avidez expansionista de la Alemania nazi y fueron invadidos en junio de 1941.

Después de la derrota de Alemania, Italia y Japón en 1945, y posteriormente con el inicio de la Guerra Fría, de un mundo dividido por los acuerdos de Yalta, los intelectuales se mantuvieron vigilantes frente a los conflictos que ponían en peligro la paz mundial y a la amenazante guerra nuclear. Vietnam, Corea, Hungría, Argelia, Cuba, Vietnam de nuevo, República Dominicana en 1965 y Checoslovaquia para sólo citar los más importantes. Ante esos conflictos, los intelectuales jugaron un papel de capital importancia ante la opinión pública frente a los desmanes de las grandes potencias mundiales encabezadas por Estados Unidos y la URSS.

Jean-Paul Sartre en Francia y su propuesta del escritor comprometido, Bertrand Russell en Inglaterra y la creación del Tribunal Russell para juzgar los crímenes perpetrados por el ejército estadounidense en Vietnam y, posteriormente, el Tribunal Russell II, constituido por intelectuales latinoamericanos para juzgar y denunciar los crímenes de la dictadura de Pinochet en Chile y otros atropellos a los derechos humanos en América Latina.

Pero los intelectuales no se limitaron únicamente a los conflictos bélicos. Tomaron parte activa en la lucha contra el uso de la energía nuclear.

Después de la Revolución de Mayo de 1968 en París, muchos de los intelectuales post-68, como se les conoce, formaron parte de los movimientos ecológicos que luego, a finales del siglo xx, se convertirían en fuerzas políticas llegando a ocupar escaños en el Parlamento europeo, así como en Francia, Alemania y otras naciones desarrolladas.

Sin embargo, después de la caída del muro de Berlín en 1989 y la caída de la URSS en 1991, la voz de los intelectuales se ha ido apagando. Se ha hecho inaudible. Los conflictos mundiales de los últimos diez años se han iniciado, desarrollado y terminado sin que los intelectuales hayan podido formar un frente para influir en la opinión pública internacional. Frente a la agresión del terrorismo integrista islámico de que fue objeto Estados Unidos el 11 de septiembre 2001, la voz de los intelectuales como frente de opinión pública no se ha oído, pero tampoco se ha oído cuando se inició la riposta de Estados Unidos contra Afganistán y mucho menos cuando se ha vuelto a hablar de la utilización del arma nuclear para terminar un conflicto que tendía, debido a la geografía del país, a eternizarse.

El siglo xxi, contrariamente al xx, se inicia con un silencio que hace suponer que los intelectuales, como dice Enriquillo Sánchez, han desaparecido. Las grandes potencias no les escuchan y su voz se pierde en un mundo súper conectado, en el de las autovías de la comunicación en el que nos ha introducido, sin pedir permiso y muy a nuestro pesar, el internet. Una prueba de su desaparición es que esa fuerza de ley en la opinión pública, cuando los medios de comunicación eran más rudimentarios, hoy forma parte de un pasado que nos parece lejano.

En República Dominicana el tema de los intelectuales es cada vez más actual, pero por otras razones. Me refiero a los intelectuales como una manera abreviada de agrupar a escritores y artistas en el sentido tradicional del término: con influencia en la opinión pública e independiente del poder y del Estado. En nuestro país hoy día, los intelectuales funcionarios han perdido el sentido crítico y no quieren darse cuenta de que el compromiso con el Estado implica silencio, y el silencio no está lejos de la complicidad.

## 5. Los intelectuales, el poder y el pudor\*

En República Dominicana hay términos que crean confusiones. Durante los meses que precedieron y sucedieron a la conformación en 1997 de la Suprema Corte de Justicia se desató una polémica para determinar si "inamovilidad" era sinónimo de "vitalicio". No hubo conclusión y aparentemente —tal vez para bien de nuestra Justicia y su anhelada independencia—, la acepción de vitalicio ganó la partida. Lo mismo sucede hoy con el término "poder". Desde que los intelectuales fueron incorporados, en cantidad considerable, en cargos de importancia en el Estado, y más aún después de que fuera creada y puesta en acción la Secretaría de Estado de Cultura, se ha puesto de moda la polémica de los intelectuales y el poder; pero "poder" visto únicamente como el del Estado. No nos hemos detenido a pensar que también, además del tangible poder político y del Estado, existen otros más abstractos, pero con la fuerza del tan aparentemente palpable poder del Estado y, en un país sin carrera administrativa como el nuestro, de los partidos políticos.

Todos los poderes, es ciertos, funcionan como una suerte de vasos comunicantes: el poder político se sirve del económico y viceversa. Con la diferencia de que los que detentan el poder político llevan la máscara de lo efímero, la de la corta duración. En cambio, el poder económico es más duradero y con mejor memoria que el político que tiene, y le conviene, la retentiva corta. Entre esos poderes se deslizan, viéndose también como poseedores del poder de las ideas, los intelectuales. Pero como lo importante no es lo que uno es sino como se percibe, los intelectuales se han llegado a creer, incluido el que suscribe, que deben fijarse una estrategia frente al poder (del Estado u otro) cuando en realidad lo que deben plantearse es una estrategia de pudor frente al poder.

En la Europa de finales del siglo *xix* y del *xx* los intelectuales jugaron un papel de mucha importancia con sus tomas de posición frente a acontecimientos políticos. Emile Zola, el conocido novelista naturalista, frente a la injusticia que se cometía contra un oficial francés de confesión judía, Alfred Dreyfus, dejó de lado su obra de ficción y escribió en una carta

\**El Caribe*, 12 de octubre de 2003, p.9.



pública, en 1898, al Presidente de la República su memorable "J'accuse" que todavía hoy se recuerda como un modelo de toma de posición frente a la injusticia por parte de un intelectual. A Zola le siguen, y le preceden aunque sin la misma fama, numerosos ejemplos del mismo tipo.

Antes de la Primera Guerra Mundial, los intelectuales alemanes que se opusieron al conflicto son legión; lo mismo los que se opusieron al nazismo y al fascismo en Europa. Esos escritores no lo hacían en nombre de tal o cual partido político. Se presentaban como pacifistas, antirracistas y todo lo que esas ideologías representaban. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética y los partidos comunistas se dieron a la tarea de considerar intelectual a los que estaban con ellos. Muchos cayeron en la trampa y en la de "escritores comprometidos" (con la izquierda, evidentemente) como propuso Sartre. En una palabra, según la óptica izquierdista, no podía haber intelectuales de derecha.

André Gide, por ejemplo, uno de los "maîtres à penser" más importantes del siglo xx, fue maltratado por el Partido Comunista francés porque criticó a la Urss cuando el pacto germano-soviético de 1939. Pero había sido muy elogiado cuando publicó, dos años antes, su *Retour de l'Urss*, un panfleto laudatorio sobre la Unión Soviética. El totalitarismo, de uno u otro bando, no admite disidencia. Gide, como Sartre, era un escritor independiente y con el suficiente pudor para no entrar en polémica inútil con los políticos que sólo les interesa poner a los intelectuales al servicio de su ideología. Ahora bien, esos escritores y pensadores tenían una ventaja sobre los intelectuales dominicanos: ellos dependían de sus obras y de sus casas editoriales, al margen de que en Francia y Alemania, desde hace mucho, se accede a la administración pública por oposición y no por simpatía o afiliación política con el partido en el poder. El desarrollo de Europa es más propicio para el enfrentamiento entre los intelectuales y el poder que en República Dominicana en particular y América Latina y el tercer mundo en general.

A la luz de esta situación y ante la realidad que deben vivir los intelectuales dominicanos que ocupan cargos en el gobierno, me parece injusto exigirles una posición de principios ante ciertos atropellos de que ha sido objeto la libertad de expresión en varias oportunidades en los últimos tres

años, por ejemplo. Me parece injusto igualmente solicitarles que protesten contra el apresamiento de un periodista porque haya publicado un comentario sobre la casa de verano que se construye el Presidente de la República en Constanza o Jarabacoa, poco importa. Me parece exagerado pedirles también que se expresen sobre el monumento que el Presidente de la República autorizó en honor a los soldados de Trujillo que cayeron en Constanza en 1959. Me parece fuera de lugar asimismo verles protestar contra la corrupción desvergonzada que nos corroe. Es mucho pedir a novelistas, poetas, filósofos, ensayistas, etc. que ocupan cargos de mayor o menor importancia en el Estado que dejen oír su voz de protesta, pues de sus palabras depende su función en el tren administrativo. Sin embargo, se les puede exigir pudor. Nadie está obligado a perjudicarse económica y políticamente; nadie está obligado a propiciar su destitución; pero ningún intelectual puede pretender tampoco que el gran público no tenga registro de sus actuaciones políticas e intelectuales así como de sus obras.

Durante el gobierno de Leonel Fernández, muchos de los intelectuales que hoy se desempeñan en funciones oficiales, y a sabiendas de que todo cuanto escribían se tomaba como una posición frente al poder, no descuidaron sus críticas al gobierno y no dieron tregua a la pasada administración hasta poco más allá de la toma de posesión de Hipólito Mejía el 16 de agosto de 2000. Sus artículos representaban más una toma de posición política que una posición intelectual. Lo hacían como lo hubiera hecho cualquier militante político (alegando sin embargo su apartidismo), no como intelectuales, pues en ese entonces los atropellos que tanto indignaron a los intelectuales hoy funcionarios son menos indignantes que los que se han registrado en los últimos 36 meses: atentar contra la libre expresión, práctica de la censura, incentivar la beligerancia política de los militares y revivir el trujillismo, entre otros...

No critico a los que han optado por apoyar el proyecto reeleccionista del presidente Mejía, porque no entra en conflicto con la Constitución y las consideraciones de tipo personales no vienen a cuento. En cambio, considero impúdicos los artículos de escritores que fueron acervos críticos de la política de Fernández durante su Presidencia y hoy se deleitan en



los periódicos escribiendo artículos que no superan el ejercicio retórico y de estilo. Creo justo que se quiera conservar un cargo, sobre todo en momentos de crisis, pero sería más honesto fijarse una posición de pudor frente al poder antes de jugar con las palabras y aparentar una función de testigo vigilante de las actuaciones del Estado. Hay que reconocer también que el poder político y el económico constituyen el del Estado y en un país como República Dominicana en particular, los intelectuales funcionarios están prácticamente amordazados. Entonces, ante semejante situación y en vez de simular independencia, deberían asumir, al tiempo que reconocen la incompatibilidad que existe entre el crítico enderezador de entuertos y el empleado, el pudor como conducta ante un poder político que en realidad no los toma en cuenta.

#### 6. **Totalitarismo e intelligentsia\***

En 1933, cuando Adolf Hitler accedió al poder, Alemania era el país más culto de Europa. Era la patria de los más grandes filósofos del siglo XIX; de los novelistas más notables del momento; de los poetas más renombrados y de los políticos más preclaros de entonces. En una palabra, era la *intelligentsia* del Viejo Mundo. Con ese pasado resultaba un poco cuesta arriba entender el advenimiento de Hitler y sus nazis al poder. Sigmund Freud, entre los numerosos intelectuales que trataron de encontrar una explicación, se limitó a decir que la inteligencia tenía necesidad de la barbarie.

Estas palabras de Freud no dan realmente la clave de las razones que llevaron a Hitler y sus hordas al poder en Alemania. La República Dominicana no se podía comparar con la Alemania de entonces ni de ahora, pero en esa misma época comenzó en Santo Domingo una de las dictaduras más férrea que ha conocido la historia de la América Latina: la que inició en febrero de 1930, con el derrocamiento de Horacio Vásquez, Rafael L. Trujillo Molina. Era un país, comparado con el de los teutones, casi salvaje. Pedro Henríquez Ureña, a propósito de sus orígenes y que avala lo que precede, dice: "nacé en el siglo XVIII. En efecto, la

\**El Caribe*, 9 de noviembre de 2003, p.9.



ciudad antillana en que nací [*Santo Domingo*] a fines del siglo XIX era todavía una ciudad de tipo colonial, y los únicos progresos modernos que conocía eran en su mayor parte aquellos que ya habían nacido o se habían incubado en el siglo XVIII..." Sin embargo, a pesar de las diferencias en ambas naciones se instaló, con diferencia de tres años, un totalitarismo que iba a sacudir el mundo —el de Alemania—, y el Continente hispánico, como fue el de República Dominicana.

El totalitarismo tiene siempre la misma conducta: somete al individuo hasta la abyección. Los métodos utilizados por Trujillo en República Dominicana, a pesar de las diferencias culturales, políticas y sociales entre ambos países, no presentan diferencia con los de Hitler en Alemania. No se permitía independencia ni siquiera en la vida privada. Hubo una placa que debía colocarse en cada hogar dominicano que fue el colmo de la exageración: "En este hogar Trujillo es símbolo nacional" (y se dice que el texto original era el de "En esta casa Trujillo es el Jefe". No se utilizó este último, pero nadie hubiera protestado por temor a las consecuencias). Hubo quienes se negaron a adornar sus casas con la placa, pero fueron muy pocos. En un régimen totalitario la responsabilidad es, al mismo tiempo, de todos y de unos pocos. No se puede condenar a un pueblo en su totalidad porque la pasividad era una manera de preservar la vida.

La "intelligentsia" al servicio de la barbarie está presente siempre en todo régimen totalitario, de derecha o de izquierda. En República Dominicana, en donde el horror del totalitarismo tuvo mayor duración que el de Alemania, la "intelligentsia", los que pensaban también pusieron su capacidad de análisis al servicio del horror. Como los alemanes de a pie se defienden que no sabían nada de las cárceles ilegales que administraba el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) ni los incondicionales de Ramfis Trujillo en la base aérea de San Isidro. No "sabían", tampoco, del fusilamiento de los expedicionarios del 14 de junio de 1959. Pero ante semejante horror nadie, ni los que tenían el privilegio de ver más claramente que los demás, podían alegar ignorancia. Ellos estaban también de acuerdo con el régimen y tanto sus ideas como sus silencios les hacían cómplices de la sangre que, desde los tiempos de la 44 en los primeros meses

del régimen, se venía derramando en República Dominicana. Designar a quienes formaban parte de esa "intelligentsia" abyecta a la tiranía sería una labor de largo aliento, porque eran muchos. El papel de ese sector de la sociedad que comprende algo más de los que acostumbramos a definir como intelectuales, es una tragedia. Sus razones, más que de miedo, eran de convicción. Se habían unido a ese movimiento que había iniciado el dictador, a cambio de la vida humana, para "desarrollar" el país y luego, fascinados por el poder y el carisma del "jefe", habían caído en la trampa de la vida muelle y desempeñaban su labor para no "caer en desgracia" y ascender. Si hubiera que definir la vida y actividad política durante la Era de Trujillo de personalidades del mundo de las letras como Tomás Hernández Franco y Ramón Marrero Aristy, por ejemplo, habría que decir con piedad que fue una tragedia. Habían perdido los límites del discernimiento. Las actuaciones del régimen tuvieron siempre, frente al exterior, que ser justificadas por esos que pensaban, como generalmente supone el vulgo, mejor que los demás. En República Dominicana, a la caída de la dictadura, sólo hubo juicio para los que ejecutaron actos de sangre, pero no se juzgó al trujillismo ni a esa inteligencia que concebía la ideología totalitaria del régimen.

Los mecanismos de sometimiento no salieron sólo de la cabeza del sátrapa. El manejo de la propaganda fue la gran labor de la "intelligentsia" dominicana. Los periódicos, *El Caribe* y *La Nación*, las emisoras, La Voz Dominicana y Radio Caribe, por ejemplo, no estaban en manos de los asesinos del SIM. No. Y fue esa "intelligentsia" la que sirvió de instrumento para que la ciudadanía tomara conciencia de que el mínimo vital para sobrevivir estaba en juego y estrechamente relacionado con la integridad física del ciudadano. Fueron ellos los que contribuyeron a romper las barreras entre la vida privada y la pública; los que coadyuvaron a que los medios de subsistencia estuvieran controlados por un "jefe" y sus adláteres, y a que el derecho a desplazarse, a salir del país, fueran controlados por un sistema. Para lograrlo hubo que concebir, en una primera etapa, una ideología del sometimiento. Pero esa clase pensante que permaneció al servicio del régimen también fue víctima de su propia trampa; también tuvo que someterse y el sometimiento exige la abyección. El totalitarismo



exige que el individuo acepte dejar de ser él para convertirse en una pieza de ese engranaje total que es el Estado.

Ni los 12 años de Hitler ni los 31 de Trujillo, como tampoco los de los regímenes totalitarios de izquierda, reconocen al individuo como tal, sólo estiman la función que éste pueda desempeñar en la obtención del dominio total de la sociedad. Para tener éxito se utilizan los medios más bajos, se enarbola el nacionalismo, la superioridad racial (aunque se trate de una nación mestiza). Es una suerte de canto de sirena en que el individuo pierde su dignidad de manera tal que la vida se le convierte en un laberinto sin salida.

No hay diferencia en el totalitarismo. El desarrollo de un país o el subdesarrollo del otro no le preserva de este tipo de régimen. Cuando Allende asumió la Presidencia de Chile en 1970 se decía que estaba amparado por los militares mejor formados del Continente, y todo el mundo sabe lo que pasó tres años más tarde...

Es lamentable que más de cuarenta años después del ajusticiamiento de Trujillo, su figura y sus "anécdotas" (humillaciones), fascinen. Las desapariciones, los asesinatos, las torturas, el calvario de los desafectos no aparecen en las memorias de los que fueron protagonistas del inefable régimen.

## 7. Los políticos y la literatura\*

Carlos Andrés Pérez, ex-presidente de Venezuela, para ilustrar un episodio político de República Dominicana utilizó en cierta ocasión a la hoy conocida novela de Mario Vargas Llosa *La fiesta del chivo*. Con esa mención, Pérez ponía en evidencia que para los políticos la ficción literaria sólo es útil si le sirve a los objetivos que persiguen. Pero la obra literaria, por su ambigüedad, se convierte en una navaja de doble filo para ellos por la sencilla razón de que ésta, por más verosímil que pueda parecer el relato, siempre pertenecerá al mundo de lo imaginario. Sin embargo, a pesar de este casi axioma, el género que más les sirve a los dirigentes políticos, cuando les conviene, es la llamada novela histórica.

\**El Caribe*, 18 de julio de 2004, p. 16.



Y la obra de Vargas Llosa, aunque basada en un acontecimiento reciente como la muerte de Trujillo, podría entrar en la categoría de histórica, para unos, o de crónica periodística, para otros.

*La fiesta del chivo*, para seguir con el ejemplo de Carlos Andrés Pérez, parece tan real y tan apegada a la historia de la muerte de Trujillo que creemos estar leyendo un reportaje del *New York Times* o, más real aún, *Trujillo, la muerte del dictador* de Bernard Diederich. Pero hay una diferencia, Vargas Llosa no le debe fidelidad a la "verdad histórica" y el historiador o el periodista, en cambio, buscan acercarse, con métodos diferentes naturalmente, lo mejor posible a esa verdad con la que el novelista sólo tiene cierto compromiso.

En abril de 2000, cuando se puso a circular *La fiesta del chivo* hubo protestas por una serie de acontecimientos que aparecen en el relato que no tenían nada que ver con las diferentes historias que se tienen sobre la dictadura y la muerte del tirano. Vargas Llosa no tenía para que defenderse de los ataques a su obra porque él no pretendía, ni ha pretendido nunca, hacer una obra fiel a la realidad dominicana de la Era de Trujillo. Se trata de una novela y toda novela es ficción.

En *La fiesta del chivo* nos parece estar leyendo una historia real porque los personajes tienen nombres que todos conocemos. Antonio de la Maza, Estrella Sahdalá, García Guerrero, por ejemplo, participaron en el grupo de acción que puso fin a la vida de Trujillo y unos meses después a la dictadura. Pero no es cierto que en el régimen de Trujillo hubiera un alto funcionario que se llamara Henry Chirinos, como tampoco es cierto que un funcionario de la dictadura llamado Cerebritito Cabral le entregara su hija al "Jefe".

Ahora bien, el ingenio de la literatura permite crear un universo tan real como el que nos rodea. El novelista utiliza el mundo real para crear su universo imaginario. Utiliza lo que se llama efectos de lo real y crea la ficción. Una suerte de espejismo que busca engañar al lector y hacerle creer que todo cuanto se relata ha sucedido realmente. Chirinos, personaje grotesco, alcohólico, pusilánime, cínico, se asemeja más a Enrique Chirinos, el político peruano, que a uno de los nuestros, pero no se puede descartar que en la dictadura de Trujillo hubiera uno o varios funcionarios

con las características de este personaje ficticio. Igualmente se puede decir de Cerebritito Cabral, pues fueron muchos los funcionarios que entregaron sus hijas al "Jefe".

Son numerosos los episodios y personajes de la novela de Vargas Llosa en que pensamos que estamos leyendo un hecho real y resulta todo lo contrario. Pero sucede también que estamos leyendo un acontecimiento como ficticio y se trata paradójicamente de un hecho real. Esa es la buena novela histórica, la que logra que no se pueda discernir entre el hecho histórico y la ficción.

En la literatura dominicana tenemos otra novela que desde el siglo XIX ha venido ocupando el lugar de la verdadera historia: *Enriquillo, leyenda histórica dominicana* de Manuel de Jesús Galván. El universo que el ilustre escritor dominicano creó en torno al cacique taíno sigue siendo tomado todavía como la verdadera historia de Enriquillo. Hasta su nombre indígena, Guarocuya, una creación de Galván a partir del nombre de Guaroa, es tomado como real.

Las obras de Alexandre Dumas son el mejor ejemplo del espejismo que puede crear la novela histórica. Hay quienes detestan, por Dumas, al Cardenal de Richelieu. Pero *Los tres mosqueteros* no es la historia de Francia. Todo eso es ficción y ningún político, a menos que quiera hacer valer una ironía o una burla, utilizaría esa novela como referencia histórica.

Cuando Carlos Andrés Pérez "consideró que el fenómeno de Trujillo no se había examinado a fondo en el país y por eso *La fiesta del chivo*, de Vargas Llosa, le parecía aleccionadora" (Hoy, 16/8/01), se refería al país de la tiranía y recordaba también que el presidente en aquel entonces era Joaquín Balaguer quien, todavía en 2001, tenía vigencia política. La ironía en semejante opinión es importante, pero lo que le resulta útil de la novela al ex presidente venezolano, en su visión utilitaria de la literatura, es la actualidad que conserva, tantos años después, la figura de Trujillo en República Dominicana.

De la presente edición de  
*Los intelectuales y el poder en República Dominicana*  
COLOQUIO

se imprimieron, por cuenta de la  
**Universidad APEC (UNAPEC),**  
en ocasión del 40 aniversario de su fundación,  
mil ejemplares en los talleres  
de la Editora Amigo del Hogar,  
el veintinueve de enero de dos mil cinco  
en Santo Domingo  
República Dominicana.





Guillermo PIÑA-CONTRERAS (Santo Domingo, 1952). Escritor, periodista y traductor. Director del Departamento de Español de la Universidad APEC. Ha publicado: *Doce en la literatura dominicana* (Santo Domingo, 1982), *Enriquillo: el texto y la historia* (ensayo, 1985), *Juan Bosch: un hombre de siempre* (Santo Domingo, 1989), *Juan Bosch: un hombre de su tiempo* (documental, Santo Domingo, 1986), *Fantasma de una lejana fantasía* (novela, París, 1995), *Le Revenant* (roman, París, 1995), *Cronología de Juan Bosch* (Santo Domingo, 1995), *Juan Bosch: el camino de la historia* (documental, Santo Domingo, 1999), *Un lugar de honor en el mundo, la visita oficial a Francia, Italia y el Vaticano del Dr. Leonel Fernández Reyna, Presidente de la República Dominicana* (Santo Domingo, 1999), *Juan Bosch: imagen, trayectoria y escritura* (2 tomos, Santo Domingo, 2000), *En primera persona, entrevistas con Juan Bosch* (Santo Domingo, 2000), *Huellas de amor* (2003).

"Intelectual" evoca siempre todo cuanto esté relacionado con el mundo de las ideas. Nos refiere a aquellos que son capaces de crear mundos fabulosos, sistemas y máquinas que superan nuestra imaginación. Intelectuales son pues los escritores, los científicos así como aquellos cuya creatividad nos lleva a considerarlos por encima del común de los mortales. Los intelectuales tienen, sin lugar a dudas, el don de la fascinación. El poder, en el sentido amplio de la palabra, también fascina y, como el encantador de serpientes, significa para los intelectuales una suerte de trampa en la que, de una manera u otra, pueden caer. En ese sentido, algunos intelectuales, en momentos determinados de la historia, se han enfrentado sobre todo al poder político, el del Estado, mientras otros, como sucedió en la Alemania nazi de 1933-45, para citar un ejemplo reciente, han sucumbido a la fascinación del poder.

Dennis R. SIMÓ  
Rector **UNAPEC**



**UNIVERSIDAD APEC**